

Bajo vigilancia

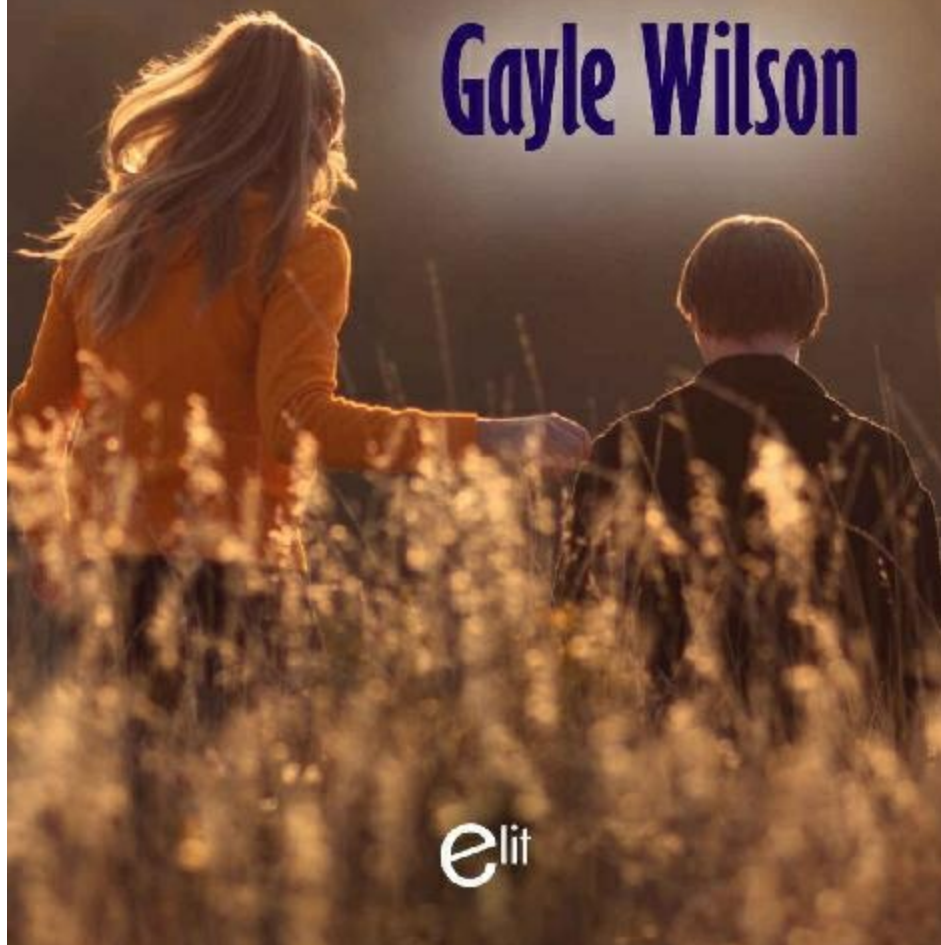
Gayle Wilson



e^{lit}

Bajo vigilancia

Gayle Wilson



elit

BAJO VIGILANCIA

Gayle Wilson



Índice

[Bajo vigilancia](#)

[Argumento](#)

[Personajes](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Epílogo](#)

[RESEÑA BIBLIOGRÁFICA](#)

Argumento

Ser el guardaespaldas de una niña rica y mimada había resultado ser una misión

peligrosa

El trabajo del agente John Edmond estaba en peligro. Tenía sólo una oportunidad para

demostrar que podía trabajar en equipo. Tenía que vigilar de incógnito a Kelly Lockett,

heredera de una fundación benéfica sospechosa de estar relacionada con el terrorismo. El

hermano de Kelly había muerto en un “accidente” y estaba claro que el asesino iba ahora

tras ella. Entre la inesperada atracción que había surgido entre los dos y la amenaza que se cernía sobre Kelly, la operación era mucho más que una simple vigilancia. ¿Podrían ambos descubrir la verdad antes de que se les acabara el tiempo?



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2003 Mona Gay Thomas. Todos los derechos reservados.
Bajo vigilancia, N° 66 - noviembre 2017
Título original: Under Surveillance
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises Ltd.
Estos títulos fueron publicados originalmente en español en 2004.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV. Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-9170-706-6

Personajes

Kelly Lockett: Heredera de la fundación de carácter benéfico que había creado su difunto hermano. El único problema era que, junto con la fundación, había heredado también sus enemigos.

John Edmonds: Antiguo agente de Seguridad del Estado, el recién llegado a Fénix quería ocuparse de un caso serio, algo verdaderamente importante. Pero no estaba preparado para ocuparse de aquella dama de la alta sociedad.

Griff Cabot: No había podido imaginarse que el caso menor que le había asignado al último de los agentes en llegar a Fénix pudiera sacudir los cimientos de Washington e incluso de todo el país.

Bertha Reynolds: Le había advertido a Chad Lockett que la fundación de la que era cabeza visible estaba en peligro, pero él no le había prestado atención. ¿Podría ese descuido haberle costado la vida?

Mark Daniels: Tras la muerte de Chad, había asumido el papel de hermano mayor de Kelly, pero la relación que quería mantener con ella era de naturaleza bien distinta. ¿Hasta dónde estaría dispuesto a llegar para conseguir su objetivo?

Hugh Donaldson: Nadie sabía más del funcionamiento de El Legado que el

responsable de sus finanzas. ¿Qué más podía saber?

Leon Clements: Oveja negra de una de las familias más importantes de Maryland, Leon anidaba una amargura que podría empujarlo a tomar medidas desesperadas.

Trevor Holcomb: Él era el responsable de seguridad la noche de la subasta. ¿Mala organización, u otra motivación quizás?

Prólogo

Estar encerrado en la celda de castigo de Griff Cabot, estaba empezando a ponerlo de los nervios. Eso podría confirmarlo cualquiera que conociese un poco a John Edmonds.

—Más vigilancia.

No había sido una pregunta, pero el hombre que estaba al otro lado de la mesa alzó la mirada y clavó sus ojos en los de él.

—Eres un experto en ella —contestó Griff.

—Y en otras cosas también.

Había trabajado durante varios años para la Agencia Nacional de Seguridad y Cabot

era perfectamente consciente de las otras habilidades que había aportado a su

organización. Y los dos sabían bien por qué no le permitía emplearlas.

—Vigilancia es lo que se necesita en este caso.

Griff volvió la mirada a la documentación en la que estaba trabajando. Quizá por su

puesto anterior como asistente de uno de los directores de la CÍA, Cabot hacía un

meticuloso seguimiento de todos los casos. Cada uno de sus operativos se describía

ampliamente al finalizar la misión.

En realidad, aunque Fénix era una organización privada, funcionaba de un modo

similar al equipo de seguridad exterior que Griff dirigía en la agencia. John no había formado parte de ese equipo, e incluso había llegado a preguntarse si eso no sería parte del problema. En cualquier caso, nada más enterarse del trabajo que Fénix llevaba acabo, se había dirigido a Cabot para ofrecerle su colaboración, y de hecho, al principio lo habían utilizado en la amplia variedad de casos que el grupo aceptaba. Hasta que ayudó a Elizabeth Richards a escapar. Era obvio que esa decisión iba en contra de la opinión de Griff. Sin embargo, le había parecido que ayudar a Elizabeth a llegar junto a Rafe Sinclair era lo bastante importante como para asumir el castigo que de esa acción pudiera derivarse. Aunque no se había podido imaginar que el castigo durase tanto, la verdad.

—¿Tienes idea de cuándo se me permitirá hacer algo más que vigilar? Cabot volvió a mirarlo a los ojos, pero el director de Fénix no contestó.

—Si quieres que me vaya —le dijo John sin pestañear—, no tienes más que decírmelo.

—No pretendo echarte.

—Pues perdóname si parezco un poco idiota, pero ¿se puede saber qué es lo que pretendes?

Griff tardó un poco en contestar, pero cuando lo hizo, dijo exactamente lo que John

esperaba.

—Estoy intentando decidir si eres capaz de cumplir órdenes. Especialmente si es una orden que no te gusta.

—Si no hubiese ayudado a Elizabeth, Rafe estaría muerto —respondió—. ¿Preferirías que hubiera ocurrido eso?

—Tú crees que el fin justifica los medios, ¿no?

—En aquella situación, sí. Rafe estaba operando en unas condiciones que nadie

conocía. Tú le habías dado tu palabra de no interferir, pero yo no. Y me pareció lógico que

Elizabeth me dijera que Rafe no debía enfrentarse a aquella clase de peligro él solo. Al

final...

—La cuestión es —le interrumpió—, que yo había dado mi palabra de que Fénix no

intervendría. Eso era lo que Rafe quería. Me había comprometido a respetar sus deseos a

cambio de que él realizara un trabajo que nadie más podía hacer. Tú lo sabías, y sin

embargo decidiste actuar por tu cuenta.

Todo era cierto.

—No es algo personal, créeme —continuó Griff tras unos segundos de silencio—.

Soy responsable de la gente que trabaja para mí, y tengo que saber que cuando envíe a

alguien, cumplirá mis órdenes.

—No me habías dado orden alguna, al menos en lo concerniente a Elizabeth.

—Y esa es precisamente la única razón por la que sigues aquí. Porque te he

concedido el beneficio de la duda. Pero no volveré a hacerlo. Y si por ello decides que no

quieres participar en Fénix, lo comprenderé.

John se había sentido tentado de presentar su dimisión varias veces en los últimos

meses, pero al enfrentarse abiertamente a la posibilidad, se dio cuenta de que no quería

rendirse.

Y si esa era la decisión que iba a tomar, no le quedaba más remedio que esperar a que

se le pasara a Griff. Porque creía en la organización que él, Hawk y Jordán Cross habían

creado hacía ya cuatro años. Fénix era una agencia privada creada con el fin,

de utilizar las
formidables habilidades de Griff como miembro del equipo antiterrorista de
la CÍA, para
obtener justicia para aquellos que no podían obtenerla de otro modo.

—No estoy dispuesto a renunciar —le dijo.

Tras otro instante de silencio, Cabot buscó algo entre los expedientes que
había en un
rincón de su mesa. Sacó uno y lo deslizó sobre la pulida superficie de la
madera de nogal
del escritorio.

—Vigilancia, pero no del tipo que has estado haciendo hasta ahora.
Puede que la
encuentres más de tu gusto —añadió.

—¿De qué se trata?

John no quiso abrir el expediente. Siempre le había servido mejor la
información que
le ofrecía Cabot que lo que leía en el expediente.

—De un detalle que llamó la atención del radar mental de Ethan
Snow durante su
último encargo. Un nombre que se pronunció donde no se debiera. Lo
único que tienes
que hacer es investigar un poco, y muy discretamente. Muy
discretamente, insisto. No
quiero que salten las alarmas. Se trata de una organización muy respetada.
Por un momento se temió que hablase de Fénix. Era poco probable, sí,
ya que la
mayoría de sus clientes sabían de ellos por un discreto boca a boca. Pero si no
se trataba
de Fénix...

Abrió el expediente, y al leer el encabezamiento en la caligrafía
perfecta de Snow,
supo que Cabot no hablaba en balde. Un silbido suave confirmó el nivel de
respetabilidad
de la organización.

—Exacto —dijo Griff—. Supongo que tendrás esmoquin, ¿verdad?

Pues no, pero no iba a admitirlo ante Cabot, que seguramente tenía media

docena.

—Por supuesto —mintió.

¿Cuánto tiempo le costaría que se lo hicieran a medida?

—Entonces, te sugiero que empieces con la invitación.

John sacó del sobre un rectángulo de grueso papel color crema y leyó.

—Está bastante bien conseguida, te lo aseguro. Y nos ha costado un dinero

—añadió.

Seguro que tenía razón. Su crianza le permitiría ser invitado a cosas así—. Te permitirá

franquear la puerta, pero sólo para observar, por supuesto.

—Una vez dentro, ¿qué tengo que buscar?

—No estoy seguro. En el expediente tienes lo que le llamó la atención a Ethan. Puede

que no sea nada, pero he aprendido a lo largo de los años a confiar en el instinto de mi

gente, y muy especialmente en el de Ethan. Si algo le hace desconfiar, basta para ponerme

en movimiento. Además, la comida suele ser magnífica en esas cosas.

Si a alguien como Griff, la comida que se servía en algún evento le parecía magnífica,

es que debía serlo.

—¡Ah...! Y hay una subasta —añadió cuando John se levantaba ya—.

Así que

cuidado con tu lenguaje corporal. No tenemos presupuesto para cubrir compras

inesperadas.

—¿Y qué se subasta?

—Ropa de famosos, creo, pero no te preocupes —añadió, volviendo la mirada de

nuevo a los documentos que tenía ante sí—, que dudo que tengan algo que sea de tu gusto.

Capítulo 1

Aunque Kelly Lockett conocía hasta a la última de las personas congregadas en el

salón de baile del hotel, apenas podía ver a nadie. Sus rostros

quedaban perdidos en la
oscuridad que se extendía detrás del brillo de los focos que alumbraban el
podio. Esperó
un instante a que cesaran los aplausos, y alzó una mano pidiendo
silencio, casi como si
llevara toda la vida haciendo aquello.
Pero la verdad era que siempre había intentado evitar esa clase de
actos. Por el
contrario, a Chad le encantaban, así que siempre se los había cedido
gustosa.
Afortunadamente, se le daban de maravilla.
Tanto, que seguramente ella no iba a ser capaz de hacerlo igual de
bien, pensó con
cierta ansiedad. Entonces se recordó que no estaba allí para ocupar el lugar de
su hermano.
—En nombre de mi hermano... —comenzó, hablando por encima de
los últimos
restos de aplausos.
Antes de que hubiese terminado de pronunciar la última palabra, la audiencia
volvió a
aplaudir en cerrada ovación. Primero los hombres de esmoquin, y
luego sus elegantes
acompañantes fueron poniéndose de pie por todo el salón.
Los ojos comenzaron a escocerle ante la duración de aquel tributo
espontáneo y se
mordió el labio para no llorar. Hasta el momento había conseguido
mantener en privado
sus lágrimas, y aquella noche no quería hacer de su dolor un espectáculo
público.
Esperó a que el ruido de los aplausos desapareciera y sólo quedara el de las
sillas que
volvían a ocuparse. Sus ojos habían empezado a acostumbrarse al brillo
de los focos,
porque empezaba a identificar algunos rostros de aquellos sentados en
las mesas más
cercanas y que la miraban expectantes.
Había intentando hablar con todos ellos antes de la cena, y aunque lo temía,

tendría
que mezclarse de nuevo con ellos después de la subasta. Ese era otro de los talentos que
poseía Chad. Hacer que todo el mundo se sintiera bienvenido.
Conseguir que quisieran
participar y que se sintieran bien por lo que hacían.
—Gracias —dijo—. Como decía antes, en nombre de mi hermano
quiero darles la
bienvenida a la octava subasta anual de *El Legado Lockett*. Como ustedes ya
saben, Chad
era incansable en su tarea de recaudar dinero para distintas causas,
además de ser un
verdadero filántropo. Y este evento, ocupaba siempre un lugar muy
especial en su
corazón. Por un lado, ésta es la única de las muchas organizaciones entre las
que repartía
su tiempo y su energía, que lleva el nombre de nuestra familia. Por
otro, los actos
benéficos en los que ustedes han donado tan generosamente su dinero, eran
elegidos por él
personalmente, y esta fundación era su hija predilecta, por lo que les
agradezco
enormemente el que continúen apoyando las buenas obras en las que él tanto
creía.
Hubo otra ronda de aplausos.

—Como ya saben, este año les hemos preparado una subasta muy especial.
También
el tema lo eligió mi hermano, y trabajó incansablemente para reunir los
objetos que hay a
su alrededor —hizo una pausa para que la audiencia pudiera mirar una vez
más las vitrinas
que cubrían las paredes—. Sé que hubiera querido que diera una vez más las
gracias a los
donantes de estas prendas, y así lo hago. También quiero recordarles
que puesto que
pretendemos recaudar tanto dinero como sea posible, hemos aceptado unas

cuantas pujas
antes del inicio de la subasta de coleccionistas muy acreditados. Pero
les aseguro que
tendrán la oportunidad de abrir sus chequeras y superar con creces las
cantidades ofrecidas
por los objetos que llamen su atención.
Risas educadas respondieron a su comentario, tal y como se indicaba entre
paréntesis
en el escrito que iba dirigiendo su intervención. Pero en realidad, nadie
esperaba que las
pujas que habían llegado de todo el mundo y que se habían hecho sobre los
objetos más
raros y valiosos de la subasta, quedaran superadas por los presentes.
Tanto Kelly como
todos los demás que tenían que ver con *El Legado*, se habían quedado
sorprendidos por
esas cantidades.
—A mí personalmente, me gusta el vestido negro de cóctel que
perteneció a la
princesa Diana —continuó, siguiendo con el guión que le habían dado—.
Incluso pensé en
romper mi cerdito a ver si tenía bastante para comprarlo antes de que saliera a
subasta...
Más risas ante lo que sólo podía clasificarse como un chiste bastante flojo,
teniendo
en cuenta la fortuna de los Lockett. Y eso también estaba bien.
Se había tranquilizado un poquito tras decir aquella tontería, y la necesidad
de llorar
también había pasado. Lo único que tenía que hacer, era terminar con la
introducción que
le habían escrito y la subasta daría comienzo.
—Desgraciadamente, no me quedaba bien. Una cuestión de altura —
añadió. Más
risas, dada su corta estatura—. De hecho, no se ha tocado ninguna de
estas prendas, de
modo que las que esta noche vean en nuestros modelos son recreaciones de
los originales

que pueden admirar en las vitrinas. Como éste.

Salió de detrás del atril y avanzó por la pasarela que habían montado en el centro de

la sala, pero se detuvo un momento, más para calmar sus nervios que para mostrar el

vestido, que desde luego se lo merecía.

Aunque se sentía mucho más en su elemento con vaqueros y un jersey, tenía que

admitir que había algo tremendamente sensual en aquel vestido de noche en seda roja que

llevaba puesto, y que se ajustaba a sus caderas y su pecho como un guante.

A su espalda, la voz de un presentador profesional continuó donde ella lo había

dejado.

—Como cualquier profesional de la alta costura les diría, para comprender la magia

de un vestido es necesario verlo puesto. Y nosotros les hemos preparado un pase muy

especial.

Unos días antes habían estado ensayando el modo de desfilarse de las modelos

profesionales y Kelly comenzó su avance por la pasarela. El coro de exclamaciones que la

siguió fue prueba de que la habían aconsejado bien a la hora de elegir el vestido. Tanto el

color como el diseño dejarían a cualquiera con la boca abierta. O con la cartera abierta,

que era de lo que se trataba.

—La señorita Lockett luce una copia de un modelo de Givenchy con estola a juego.

El vestido fue creado para Audrey Hepburn, la estrella favorita del diseñador, para la

película *Funny Face*. Estoy seguro de que todos recuerdan la escena en la que la señorita

Hepburn desciende por las escaleras de Louvre con ese mismo vestido.

Según el guión, Kelly debería haber llegado al final de la pasarela, que

concluía justo
en el centro del salón. A sus pies, seis peldaños que la dejaban en el
suelo del salón de
baile. Igual que la actriz había hecho en la película, alzó los brazos hasta la
altura de los
hombros para mostrar la estola roja, y comenzó a bajar.

—En confianza les diré, que en este caso no se han admitido pujas
del exterior —

continuó el presentador con su voz de terciopelo—. Se lo hemos reservado a
ustedes.

A Kelly le habían advertido que debía elegir un par de personas entre
los asistentes

para sonreírles mientras bajaba, y había empezado a mirar a su
alrededor buscando una

cara conocida, cuando se tropezó con un perfil masculino. Sus rasgos,
perfilados contra las
luces del fondo de la sala, eran limpios y fuertes, de proporciones tan
clásicas como si

hubieran estado grabadas en alguna moneda antigua.

En aquel momento exacto, el hombre volvió la cabeza, y sus miradas se
encontraron.

No podría decir de qué color tenía los ojos. Lo único que supo con
certeza es que eran

oscuros, tanto sus ojos como su pelo. Un hombre atractivo de un modo muy
masculino.

Y al pasar por delante de su mesa para seguir el camino marcado que
seguirían todas

las modelos y que estaba destinado a que los invitados pudieran ver
más de cerca los

trajes, tuvo que resistir las ganas de volverse a mirar.

Y eso era para ella totalmente inusitado, especialmente teniendo en cuenta lo
que le

había pasado en los últimos meses.

Por fin, y gracias al cielo, llegaba el final de su actuación. Ante ella
estaban las

puertas por las que abandonaría el salón de baile para volver al anonimato,
que era donde

se sentía más cómoda.

A su espalda oyó al encargado de la subasta abrir la puja con el original de Givenchy

que ella llevaba puesto. A partir de aquel momento, el evento sería responsabilidad de otras personas.

Al mirar al guardia de seguridad de la puerta, éste hizo una leve inclinación de cabeza, y aquel gesto le recordó la extraña reacción que había tenido con el hombre sentado al pie de la escalinata.

De nuevo tuvo que contenerse para no dar la vuelta y buscarlo entre la gente. No es

que importase que lo hiciera, porque desde allí sólo vería la misma marea de gente que había visto antes. No podría distinguirlo. Y si volvía a encontrarse con él... Pues no podría reconocerlo. Lo ocurrido era una de esas cosas curiosas que pasan de

vez en cuando. Por ejemplo, mientras viajas en un taxi, encontrarse con la mirada de un

hombre guapo que espera a que el semáforo se ponga en verde. O en un ascensor. O en un restaurante. Nada importante.

Lo cual estaba bien, se dijo al salir al vestíbulo. No podía permitirse distracciones.

Eran más de las dos cuando por fin consiguió escapar del salón de baile por una puerta trasera.

Chad se habría reído de ella diciéndole que esa era la historia de su vida, pensó

mientras veía ascender los números del indicador del ascensor, pero no iba a sentirse

culpable por ello. La mayor parte de los asistentes se habían marchado ya. Había cumplido

con su deber. Había pagado su peaje. Había sido amable con todo aquel que tuviese una

cartera abultada. Y ahora se iba a casa.
No se había molestado en quitarse la copia de Givenchy que había
lucido. Ya lo
devolvería más tarde.
Las puertas del ascensor se abrieron y salió, arrebuajándose en la estola.
Después del
calor que hacía en el salón de baile, el aire de la noche le parecía fresco.
Le sorprendió ver que sólo quedaban un puñado de coches en aquella
planta. Al
parecer, y a pesar del remordimiento que le había producido escaparse
temprano, debía ser
la última en marcharse.
Sus tacones de aguja reverberaban en el suelo de cemento. Esperaba que el
guarda de
seguridad saliera de su garita al oír sus pasos, pero no fue así, y al
pasar más cerca le
pareció que la garita estaba vacía.
Miró el reloj, pero estaba demasiado oscuro para ver nada. A lo mejor
ya había
terminado su turno. Tendría que hacer ese comentario en la reunión que se
celebrara para
analizar lo bueno y lo malo de la velada. Sus clientes tenían derecho
a protección, por
tarde que se marcharan.
Su coche, que en realidad era de Chad, estaba aparcado casi en la rampa de
subida, y
al llegar al pie, se apoyó en la barandilla para subirse una de las tiras de la
sandalia que le
estaba molestando.
Sintió deseos de quitárselas, pero caminar descalza por aquel cemento le
destrozaría
los pies. Alzó la mirada para calcular cuánto le quedaba por andar,
cuando tuvo la
sensación de que una sombra se movía a su espalda. ¿Una rata?
¿Alguno de los gatos
salvajes que andaban sueltos por la ciudad? Había montones de ambas cosas
en D.C., pero

a pesar de su intento por encontrar una explicación razonable, sintió que el vello de la nuca se le erizaba y que un escalofrío le bajaba por la espalda. Volvió a mirar a la garita del guardia de seguridad, un oasis de luz en la oscuridad del aparcamiento, y de nuevo echó a andar hacia el coche. La oscuridad se hacía más densa en la rampa. Lo que tenía que hacer era volver al ascensor y que alguien la acompañase al aparcamiento, que era lo que debería haber hecho desde un principio. Fuera lo que fuese lo que había visto, no estaba de humor para enfrentarse a ello sola. Se dio la vuelta decidida a retroceder cuando la sangre se le heló en las venas. Entre ella y el ascensor había tres hombres. O mejor dicho, tres adolescentes, pero su juventud no resultaba ni mucho menos tranquilizadora, teniendo en cuenta su ropa y su actitud.

Como en respuesta a una señal invisible, avanzaron hacia ella. Su sentido de supervivencia se puso en marcha y lanzó una descarga de adrenalina en su sistema nervioso. Enfrentarse o huir. Menuda elección. A lo mejor se había equivocado respecto a lo que había visto junto a su coche. Quizás fuese en verdad una rata, y no aquel trío de chavales que se le venía encima. En un arranque de decisión, se quitó el bolso del hombro, lo abrió, sacó las llaves del coche y lo lanzó hacia ellos. Si pretendían robarle, estaba dispuesta a darles facilidades. Quizás el bolso los mantuviera ocupados el tiempo suficiente para poder llegar hasta el coche. Pensó seriamente en quitarse los zapatos, pero los tres avanzaban más

rápidamente.

El bolso quedaba en aquel momento a medio camino entre ellos y ella. No sabía si sería distracción suficiente para poder escapar. Seguramente dependería

de lo que quisieran. Pero si intentaba huir antes de que lo hubieran recogido, podían cambiar de idea y echar a correr tras ella.

Casi antes de que hubiera terminado el pensamiento, el chico del medio se agachó y

recogió el bolso sin apartar la vista de ella, sacó el monedero y lo abrió. Con un gesto grandilocuente, abanicó los billetes que había dentro. No recordaba cuánto podía haber.

No solía llevar mucho.

«¡Dios, que sea suficiente...!».

Entonces, sin molestarse en sacar el dinero, tiró el bolso y la billetera al suelo y dio

otro paso hacia ella. En cuanto lo vio hacerlo, ella salió a todo correr hacia el Jaguar de su hermano.

El sonido de las botas de sus perseguidores, acrecentado por los techos bajos, se

acercaba. Le estaban ganando terreno. Soltó la estola a la que sin darse cuenta se había

aferrado para usar ambas manos y levantarse la falda larga que le dificultaba el movimiento.

Al acercarse a su coche, una figura salió de las sombras y ella intentó evitarla

dirigiéndose hacia el lado más alejado de la rampa en lugar de hacia el coche. Corría todo lo que le permitían las piernas, pero aun así no pudo evitarlo. De un salto,

la sujetó por un brazo y sus uñas se le clavaron en la carne.

Tiró de ella con tal violencia que se golpeó contra él. Estaban tan cerca que su olor a

sudor rancio y tabaco la invadió. Con la otra mano la sujetó por el hombro desnudo,

apretándola contra la camiseta llena de manchas que llevaba.
Y al hacerlo, Kelly se dio cuenta por fin de por qué no habían hecho caso de su bolso.
Porque al parecer, el dinero no tenía nada que ver con lo que buscaban...

Capítulo 2

Empujada por el pánico y la furia, Kelly clavó el tacón de aguja de sus sandalias en el pie del tipo que la tenía sujeta. Afortunadamente llevaba deportivos y no botas como sus amigos, y gritando una obscenidad, aflojó las manos lo suficiente como para que ella pudiera soltarse y echar a correr de nuevo rampa arriba, con la intención de llegar al otro piso, que esperaba no estuviera tan desierto como aquel. Antes de que hubiese dado dos pasos, oyó el sonido de un coche y al alzar la mirada, vio sus luces al principio de la rampa. Echó a correr con todas sus fuerzas, moviendo los brazos para llamar la atención del conductor, que se detendría a ayudarla. ¿Y qué podían hacer? Suponiendo que fuese un hombre, claro. Aun así, seguían siendo cuatro contra uno. Cuatro contra dos, se corrigió con una ridícula sensación de triunfo por lo del tacón. La verdad es que lo más inteligente por parte del conductor del coche sería pasar de largo y desaparecer del aparcamiento cuanto antes. Si tenía suerte, llamaría a la policía, eso sí. Y si el conductor de aquel coche resultaba ser una mujer, eso iba a ser lo que ocurriría. Pero si era un hombre, a lo mejor aminoraba la marcha para dejarla subir. Eso si conseguía interponer la distancia suficiente entre ella y el tipo que la había sujetado, lo

cual era bastante dudoso.

En aquel instante, sintió que el crío aquel le agarraba el vestido y tiró hacia delante con todas sus fuerzas. La desesperación le prestó aliento y consiguió, sin saber cómo, soltarse de él. Luego miró hacia arriba, intentando calibrar lo lejos que le quedaba el coche.

No estaba avanzando, se dijo con desesperación. Entonces se dio cuenta de que el vehículo se había detenido y que iluminaba la escena que tenía lugar unos metros más abajo.

El corazón se le paró. O era otro más de la pandilla que llegaba con el coche en el que

huir, o un conductor que se estaba pensando si bajar o no.

«*No me abandones*», le rogó en silencio mientras corría. «*Por favor, no me dejes sola con ellos*».

El sonido de una puerta al cerrarse acabó con sus esperanzas. Nadie en su sano juicio,

o que fuera un espectador inocente, se bajaría del coche. Podía pasar a toda velocidad.

Podía dar la vuelta y subir una planta para esconderse en la oscuridad con la esperanza de

que aquellos canallas no le encontraran. Pero no bajarse del coche.

Mientras seguía corriendo, oyó los pasos del conductor acercarse.

Despacio, casi

como medidos, avanzaban hacia ella como si fueran el único sonido de todo el

aparcamiento.

Se volvió a mirar. Sus cuatro perseguidores se habían parado y al igual que ella,

escuchaban atentos los pasos que se acercaban.

No era uno de ellos. Aquello era algo... Alguien inesperado.

Cobró velocidad al echar de nuevo a correr, con la esperanza dándole vida a

sus ya
escasas fuerzas. No le quedaba aliento para pedir socorro. Tenía que confiar
en que aquel
desconocido hubiera valorado la situación correctamente.
—¿Qué pasa aquí?
La voz era profunda y parecía sorprendentemente tranquila. Demasiado
tranquila. A
lo mejor quería decir que no lo había entendido.
El hombre se detuvo en el centro de la rampa y entonces lo vio,
delineado por las
luces de su coche. Alto y corpulento, parecía capaz de responder a una pelea.
—¡Socorro...! —le pidió sin aliento.
Él no la miró. Parecía concentrado en los adolescentes que seguían mirándolo
desde
abajo.
—¿Está herida?
—No, pero...
—Métase en el coche.
Sin lugar a dudas, había sido una orden, dada en un tono que no admitía
discusión. Y
desde luego, ella no pensó discutirla.
Corrió hasta lo alto de la rampa y cuando iba a abrir la puerta de la furgoneta
negra
que conducía, se volvió a mirar.
Los cuatro parecían haberse recuperado del susto. O quizás se habían dado
cuenta de
que sólo había una persona en el coche y que no era ni policía ni guardia de
seguridad.
Empezaron a avanzar, y de pronto apareció de quién sabe dónde una barra de
hierro.
La llevaba el que había tirado su bolso, y con ella se golpeaba la palma
abierta de la mano
izquierda. Aquello parecía una copia barata de *West Side Story*, pero
no se sentía ni
mínimamente inclinada a sonreír.
—¡Súbase al coche! —le gritó al hombre—. ¡Vámonos!
No hubo respuesta. ¿Aún no se habría dado cuenta de lo que pasaba?

Como si se hubieran pasado una señal, los jóvenes cargaron rampa arriba, el que llevaba la barra blandiéndola por encima de la cabeza. Aterrorizada, los vio recorrer la distancia que los separaba de la figura solitaria que aguardaba en mitad de la bajada. Soltó la manilla de la puerta y se acercó. No tenía ni idea de qué podía hacer, pero no iba a permitir que se enfrentara solo a aquellos cuatro.

—Le he dicho que se meta en el coche —repitió, con la misma serenidad que antes.

Y de pronto, estaban allí. Vio alzada la mano que empuñaba la barra y supo cuál era

su objetivo. Estaba tan horrorizada que ni siquiera era capaz de mirar hacia otro lado, y la vio cortar el aire hacia abajo hasta que pareció quedarse detenida a medio camino.

El joven que la empuñaba salió trastabillado hacia atrás y con un grito de agonía se tapaba con ambas manos la entrepierna. Fue entonces cuando se dio cuenta de que ya no tenía su arma.

Era el conductor del coche quien la utilizaba. Aunque las luces del coche distorsionaban la escena, era casi como estar viendo una película muda, vio cómo la utilizaba contra otro de los críos, golpeándolo en las costillas y dejándolo doblado.

Los dos restantes decidieron atacar al unísono, antes de que el hombre tuviera ocasión de reaccionar, y los tres cayeron sobre el capó. Después de eso, y estando dentro del coche, no pudo ver muy bien lo que ocurría. Sólo que dos seguían tirados en el suelo y los otros tres intentando arrebatarse el arma al conductor del coche. Era su oportunidad de

escapar, pensó, mirando el ascensor.

El ruido de la barra de metal al caer al suelo la obligó a volver su atención a la pelea.

Se oían también los golpes del forcejeo, y como no podía distinguir quién era el que se estaba llevando la peor parte, y teniendo en cuenta que la barra ya no estaba en poder de

nadie, creyó saber quién estaba perdiendo. Pasara lo que pasase, no podía salir huyendo de

allí sin intentar ayudar al hombre que se había detenido para ayudarla a ella.

Se agachó para quitarse una de las sandalias, al no ocurrírsele otra cosa que usar

como arma, y al levantar la cabeza vio que los tres no estaban sobre el capó, sino

levantados e intercambiando golpes.

Con el escaso valor que le quedaba y con la sensación de que iba a hacer el idiota,

salió corriendo con el zapato alzado por encima de la cabeza. Antes de que llegara a su

altura, los dos cuerpos de menor envergadura salieron lanzados hacia atrás.

Al disponer de espacio para maniobrar, el conductor del coche, al que se distinguía

bien por la anchura de sus hombros y su estatura, comenzó con una serie de golpes rápidos

como centellas que eran difíciles de seguir. Casi esperaba verle encadenar un par de

patadas de artes marciales, pero no fue necesario. Uno de los dos muchachos que estaba

aún de pie salió corriendo rampa abajo. Cuando el segundo se dio cuenta de que iba a

tener que recibir él solo las atenciones del conductor, también puso pies en polvorosa.

Tras haberse deshecho de aquellos dos, el hombre avanzó hacia el primer par que

había despachado, pero éstos tampoco tuvieron la cortesía de esperar a que llegase. Como

podieron, se pusieron en pie, uno doblado por la cintura y sin dejar de

mirar al hombre
mientras se retiraba andando de espaldas, y el otro sujetándose las
costillas, que debían
estar rotas, aunque no le impidieron la retirada.
En cuestión de segundos, el aparcamiento quedó desierto. En el absoluto
silencio que
siguió pudo oír el jadeo de su respiración, pero aun así, daba la
impresión de estar
dispuesto y preparado para volver a enfrentarse a ellos si es que decidían
volver.
Kelly cayó en la cuenta de que se había quedado allí plantada, con la boca
abierta, y
avanzó hacia él.
O tenía una visión magnífica o un instinto asesino, porque el hombre
se giró

adoptando una posición defensiva, hasta que se dio cuenta de que era ella.
—¿Está usted bien?
—¿Qué es eso? ¿Un zapato?
Sólo entonces se dio cuenta de que seguía con el brazo alzado y
empuñando la
sandalia.
—¿Qué demonios iba a hacer con un zapato?
—Pues darle a alguno en la cabeza —admitió.
Avergonzada, bajó el brazo. El efecto de lo ocurrido empezaba a pasarle
factura. Las
piernas habían empezado a temblarle de tal manera que tuvo que apoyarse en
el capó del
coche mientras que las lágrimas amenazaban por primera vez desde que
empezó el asalto.
Cerró los ojos y respiró hondo.
«Ya pasó todo. Ahora no es momento de venirse abajo».
—¿Está usted bien? —le preguntó él.
Kelly abrió los ojos. Estaban entre los dos faros del coche y seguía sin poder
verle la
cara. Era sólo una sombra y una voz profunda y preocupada.
Lo cual era ridículo, porque la paliza se la había llevado él.

—Si tener más miedo que vergüenza es estar bien...

—¿Vergüenza? —repitió él en tono algo burlón.

—¿Se han ido?

Se merecía la burla, y la admitió sin ofenderse.

—No volverán —contestó él mirando hacia el final de la rampa—. A esos les gustan las...

—¿Presas fáciles? —sugirió ella al verle dudar.

—Es obvio que no sabían nada del zapato.

Parecía divertido, pero Kelly no podía enfadarse con él aunque se estuviera riendo de

ella, porque tenía razón. Aquella sandalia era un arma ridícula.

—Es que antes le clavé a uno de ellos el tacón en el pie y me soltó, y se me ocurrió

que a lo mejor si le daba a alguno en la cabeza...

¡Qué estupidez! Y qué estúpida se sentía.

—Gracias —dijo él, aquella vez sin burla—. No hay mucha gente dispuesta a

arriesgarse para ayudar.

—Usted lo ha hecho.

—Sí, bueno, es un defecto que tengo.

—¿Ayudar a la gente?

—A las mujeres en peligro. ¿Qué tal si salimos de aquí?

Al oírle usar el plural, no estaba segura de si quería decir individual o colectivamente.

Pero como no le vio hacer ademán de abrirle la puerta del coche a modo de invitación,

pensó que se refería a ambos coches.

Él miró hacia abajo y luego se fue hasta la puerta del conductor. Al hacerlo, pasó por

delante del haz de luz.

—Ha estado en la subasta —dijo ella, al darse cuenta de que iba de esmoquin.

—Pero no he comprado nada. Lo siento —añadió mientras recogía la barra que había

quedado tirada en el suelo durante la refriega—. Mucho arroz para poco

pollo.

Puesto que la lista de asistentes había sido confeccionada cuidadosamente teniendo en

cuenta lo abultado de sus talonarios, se preguntó si estaría de broma. Le habían presentado

a la mayoría de invitados durante el cóctel, pero no conseguía recordarlo.

¿Sería del personal de servicio? Por el tipo de coche que llevaba le parecía poco

probable. Entonces, ¿quién diablos era?

Le vio abrir la puerta trasera de la furgoneta y echar dentro la barra.

—Soy Kelly Lockett —le dijo, en un intento de obtener información.

Si había estado en la subasta, era evidente que sabía quién era. Se había pasado la

noche yendo y viniendo por el salón.

—Ya lo sé —contestó con tono otra vez burlón.

—¿Nos conocemos?

Ella nunca había sido particularmente consciente de la notoriedad de la riqueza y el

prestigio de su familia, pero por alguna razón aquel comentario le rechinó un poco.

—He venido con la invitación de un amigo. Me dijo que la comida sería buena.

—Y espero que se lo haya parecido —respondió ella con cierta frialdad.

Aquel hombre la había salvado y le estaba enormemente agradecida, pero estaba

empezando a dejar de considerarlo un caballero de brillante armadura.

Sabía bien que esa clase de caballeros no eran diestros en cortesías, sino en el campo

de batalla.

—¿Ha confeccionado usted el menú?

—Participé en el comité.

—¿Puedo hacerle una sugerencia?

—¿Sobre el menú?

Había algo surrealista en aquella conversación, teniendo en cuenta lo que acababa de

ocurrir.

—Menos fruslerías y más sustancia.

Kelly sintió ganas de sonreír. Desde luego, a un hombre de su talla la cena de aquella noche debía haberle parecido un aperitivo. El menú había consistido en tres langostinos, carne de cangrejo y un par de rodajas de aguacate, seguidos de un filete de lenguado

rodeado de una selección de verduras salteadas. Ella se había dejado comida en el plato,

pero desde luego aquella cena no se podía calificar de sustancial.

—Carne con patatas —respondió.

—Es difícil equivocarse con la carne. Sobretudo a ese precio.

—Le sugeriré al comité lo que me ha dicho —le prometió.

—Casi me dan ganas de asistir al guateque del año que viene.

Algo en su tono de voz le indicó que se estaba dando cuenta de que lo trataba con

cierta condescendencia, lo cual le hizo quedar como una estúpida.

—¿Qué ha sido de su chal?

—Estola —le corrigió.

Kelly miró hacia abajo, ni siquiera a la luz de los faros del coche se podía ver algo

rojo en el suelo. También su bolso había quedado allí. Y aún más importante: Su

monedero.

No había nada irremplazable en él, pero sería muy molesto perderlo. Además, seguro

que seguía allí. Aquellos tipos no se habrían parado a buscarlo.

—Mi bolso está abajo —le dijo—, entre el ascensor y el principio de la rampa.

Se volvió a mirarlo. Él seguía al otro lado del coche.

—¿Se lo han quitado?

—Yo se lo tiré. Pensé que así me dejarían en paz, pero... Creo que no buscaban

dinero.

Por alguna razón, no se sintió cómoda haciendo aquella admisión en voz alta. No a él.

—A lo mejor era eso lo que querían.

Había hecho un gesto hacia ella, pero Kelly tardó un momento en darse cuenta de a qué se refería. Inconscientemente se tocó la réplica del colgante de brillantes que Katherine Hepburn llevaba en la película. De haber sido una piedra de verdad, valdría un montón de dinero.

—Es bisutería.

—¿Y cree que ellos lo sabían?

Tenía sentido.

—Voy por su bolso —dijo, y cerró el portón trasero de la furgoneta.

Cuando lo vio bajar, se dio cuenta de que se iba a quedar sola. Aunque las luces del

coche iluminaban lo que tenían delante, la parte de atrás quedaba completamente a

oscuras, y se estremeció al recordar el contacto con el muchacho que la había sujetado por un brazo.

—Lo acompañaré hasta donde lo tiré.

Ya había dado un paso cuando se dio cuenta de que aún tenía una sandalia en la

mano. Tardaría más en ponérsela que en quitarse la otra, y haciendo equilibrios sobre un pie, se la quitó. Él ya avanzaba, y le llamó la atención que el tejido del esmoquin,

iluminado por los faros, realzaba los músculos de su espalda y de sus hombros. Dejó los

zapatos sobre el capó, y alzándose la falda, corrió tras él.

El hombre se detuvo a recoger la estola, que había quedado colgando de la barandilla,

y sin detenerse se la ofreció. El tejido parecía aún más delicado puesto en su mano morena

y de dedos largos.

Cuando llegó al final de la rampa, se volvió hacia el ascensor, donde había más luz, y

debió ver el bolso al mismo tiempo que ella.

Kelly miró con nerviosismo hacia el final de la planta, temiendo ver aparecer de nuevo a sus asaltantes. Y al volverse de nuevo, el hombre ya había recogido sus pertenencias y se las ofrecía. Por primera vez pudo verle la cara. Era muy moreno. Tanto, que la barba empezaba a ensombrecerle las mejillas. Una zona de otro color, que seguro que por la mañana estaría amoratada, seguía la línea de su mandíbula. Luego lo miró a los ojos. Tenía un corte que sangraba un poco sobre la ceja derecha, y el ojo comenzaba a hinchársele. A pesar de todo eso, volvió a sentir una especie de descarga eléctrica como la que había sentido al encontrarse con aquellos mismos ojos oscuros mientras descendía por la escalinata del salón de baile.

«Los mismos ojos. La misma mirada intensa. El mismo hombre».

Capítulo 3

—Por cierto... Me llamo John Edmonds.

—Kelly Lockett.

No hizo ningún comentario sobre su nombre, a pesar de que era la segunda vez que se presentaba. No le había gustado su broma de antes, y sinceramente, no podía culparla.

A juzgar por todo lo que había leído, y había sido bastante desde que Griff le diera aquel trabajo, aquella mujer nunca había llevado el estilo de vida del resto de la familia.

—Ya me lo habías dicho.

Verla ruborizarse habría sido muy divertido en otras circunstancias. El color partió desde el escote del vestido y subió hasta las mejillas. No era con pecas o manchas, sino

con un rosa suave que crecía bajo la porcelana de su piel.

Era cada vez más evidente por qué habían elegido para ella el vestido de la Hepburn.

Había un parecido en el pelo oscuro y brillante, recogido en un moño francés, y en sus enormes ojos castaños. Lo mismo ocurría con la elegancia pura de sus facciones.

La única diferencia no iba precisamente en detrimento de Kelly Lockett, que era delgada pero definitivamente femenina. Llenaba el cuerpo del vestido de un modo radicalmente más generoso que la actriz.

—Deberías asegurarte de que está todo —sugirió, ofreciéndole de nuevo el bolso y la billetera.

—No se han quedado nada —dijo—. Miró dentro del monedero y lo tiró tal cual.

Kelly repitió el gesto que había hecho el muchacho.

—¿No es interesante la cantidad?

—Pues eso pensaba yo, pero se me había olvidado que he cobrado un cheque. Hay un

par de cientos de dólares, bastante más de lo que suelo llevar.

—Aunque pretendieran quitarte el colgante, deberían haberse llevado el dinero. No es calderilla, doscientos dólares.

O quizás lo fuese para ella. Aun así, le molestaba que aquellos críos no se hubieran

llevado el dinero. No tenía sentido. Ni siquiera aunque pensarán que el collar era

verdadero. Ni siquiera si el motivo del asalto era el que ella había sugerido.

—Antes has dicho que no crees que el robo fuese el motivo del asalto.

—Es que el que me sujetó... No sé, tenía algo que... No sé...

—¿Te pareció que iba a violarte? —le preguntó sin rodeos.

Ella volvió a dudar.

—Pues no sé lo que iba a hacer. No me gustó que me tocara —se estremeció de tal

modo que incluso él se dio cuenta—. Puede que fuera mi imaginación.
—Ya se han marchado —le dijo, optando por consolarla, aunque la valoración
instintiva que había hecho del que la sujetaba seguramente estaba en lo cierto
—. ¿Quieres
que te acompañe a casa?
Las pupilas de ella se dilataron. ¿Sorpresa? ¿Anticipación? «*Sí, claro*», se
burló de sí
mismo. «*Ni lo sueñes*».
Era evidente que lo que estaba intentando era decidir si era digno de
confianza o no.
No quería decirle dónde vivía.
Pero lo que ella no sabía era que su dirección no era ningún secreto
para él. Como
tampoco lo eran los detalles de su vida personal.
Aun así, había muchas cosas que desconocía de Kelly Lockett. Y al parecer, a
partir
de lo que había dicho de su hermano, había unas cuantas cosas que él
sabía y que ella
desconocía por completo.
—Soy de toda confianza —le dijo.
—No es eso —confesó ella—. Seguramente me has salvado la vida. O al
menos me
has evitado una experiencia que habría sido tremendamente desagradable.
¿Cómo no iba a
confiar en ti?
—Fácil: Porque no me conoces. No sabes nada de mí.
Inconscientemente, se echó mano al corte que tenía sobre la ceja y
que le estaba
escociendo. Cuando se miró la mano, tenía los dedos manchados de
sangre. Y la
mandíbula le dolía horrores al moverla, se dijo, probando a hacerlo.
—Sé que te has hecho eso defendiéndome —dijo, mirando la marca de la
mandíbula.
—Un acto reflejo.
—Gracias —le dijo con suavidad y mirándolo a los ojos—. No todo el
mundo se

habría parado a ayudarme. Has tenido suerte de que no llevaras armas.
—Ellos sí que han tenido suerte de que yo no la llevase.
De nuevo volvió a abrir los ojos de par en par. Seguramente era de esas personas que creían que nadie debía ir armado; ni siquiera la policía. Lo que hubiera ganado por quitarle a aquella gentuza de encima, acababa de perderlo.
—Que no la llevase yo, sí que ha sido una suerte.
Tardó un momento en comprender lo que había dicho, y luego se echó a reír. La sonrisa que ella le dedicó en respuesta fue espectacular. John se obligó a recordar las ventajas que había tenido ella, al poder contar con un buen trabajo de ortodoncia y con los mejores dentistas. Aun así, algo se despertó en su interior.
—Te agradecería mucho que me acompañaras a casa —dijo—. Y estoy segura de que habrá tiritas por algún lado.
De vez en cuando, las cosas le venían a uno a las manos en aquel trabajo. Incluso era

mejor tener suerte que ser bueno.
—Debería indicarte el camino por si nos separamos.
—No nos separaremos —le prometió—. Bonito coche —dijo al llegar junto al Jaguar.
Ella tardó un momento en contestar.
—Era de mi hermano.
—¿Del que has hablado esta noche?
—Sí, Chad.
—Lo siento.
Y él también. Más de lo que ella se podía imaginar. A pesar de sus intentos para no dejarse llevar por la emoción, en la subasta había quedado claro que el tributo que espontáneamente le habían dedicado a su hermana, la había conmovido. Y era igualmente obvio que seguía sufriendo por su muerte.
—Gracias —dijo.

Abrió la puerta del coche y su interior se iluminó. El coche tenía un ángulo extraño, y

John retrocedió para examinar la parte trasera. Tenía una rueda pinchada. Y otra de delante.

—Eso es lo que ese estaba haciendo aquí —dijo ella—. Deshincharme las ruedas.

Al parecer, sus atacantes no habían dejado nada al azar. Nada, excepto lo único que no podían controlar. Que alguien apareciese en escena. Y si él no hubiera estado

observándola toda la noche, no se habría dado cuenta de cuándo se marchaba. De hecho,

muy poca gente de la que quedaba en el salón se había dado cuenta de su marcha.

—Tendrás que llamar a una grúa para que lo remolque —le dijo él—. A menos que tengas dos ruedas de repuesto.

—No las tengo, pero soy socia de un club de automovilistas.

Apoyó una rodilla en el asiento de cuero del coche para alcanzar algo de la guantera.

La seda roja se ciñó a sus nalgas.

«Desde luego, nada que ver con la Hepburn», pensó.

—No me cabía en el bolso —le explicó al sacar un móvil.

Ella hizo la llamada mientras él fingía examinar las ruedas.

—Dicen que tardarán un rato.

John alzó la mirada. Estaba a su lado.

—¿Cuánto?

—Puede que una hora. A estas horas sólo tienen dos grúas de guardia, y las dos están

haciendo un servicio en este momento.

—Entonces, suelta el freno de mano, cierra el coche, y que ellos se ocupen. Yo te llevo a tu casa.

Parecía dudar. Quizás no le gustara dejar el coche en manos de desconocidos. O

quizás fuese la idea de subirse en un coche con un desconocido después de lo que le había ocurrido aquella noche.

—Soy inofensivo, te lo prometo —le dijo.

Ella sonrió. No era la misma sonrisa de antes, sino un gesto mucho más apagado.

—No creo que los chicos de esta noche estuvieran de acuerdo con eso.

Parecía cansada, lo cual no era extraño. Eran casi las tres de la madrugada.

Llevaba

varios días preparando la subasta. Lo sabía porque había estado vigilándola desde que

Griff le diera aquel trabajo. Un trabajo que por cierto, le había resultado extremadamente

agradable. Peligrosamente agradable.

Y luego había pasado toda la velada atendiendo a los invitados, un papel en el que no

se sentía cómoda.

—Sé que estoy siendo un poco ridícula... —empezó.

—No, después de lo que ha pasado —la interrumpió él—. Si prefieres esperar a...

—No. Quiero irme a casa. Quiero quitarme esta ropa... E irme a la cama.

—Suelta el freno de mano y cierra las puertas —le aconsejó él, pasando por alto las

referencias de aquellas últimas frases.

—¿No deberíamos llamar a la policía, o ir a la comisaría?

—Sólo si quieres pasarte un par de horas contestando preguntas. Esos chicos deben

estar ya muy lejos de aquí, y en la escala de prioridades de la policía te aseguro que esto

no va a figurar. Darán la apariencia de ir tras ellos, eso sí, teniendo en cuenta quién eres,

pero no llegarán a hacer ningún arresto.

A él no le vendría bien que se presentara la policía, por supuesto, pero todo lo que le

había dicho era verdad.

Se apoyó en el capó del coche y se levantó con un gemido. La adrenalina que había

inundado su sistema nervioso durante la pelea empezaba a desaparecer, y comenzaba a sentir el efecto de los golpes que había recibido. Estaba seguro de no tener ninguna costilla rota, pero iba a acordarse de aquellos desgraciados cada vez que respirase en un par de días.

Ella ya estaba quitando el freno de mano cuando le oyó quejarse y sacó el cuerpo del coche para mirarlo con el ceño fruncido.

—¿Te duele algo?

—Nada que un par de aspirinas y una ducha bien caliente no puedan arreglar.

—De las aspirinas me encargo yo, y cuanto antes te las tomes, mejor.

Mañana por la mañana puedes ir al médico a que te eche un vistazo.

—Estoy bien. Pero las aspirinas sí voy a tomármelas.

—En cuanto lleguemos a mi casa.

Los dos se miraron un instante antes de que ella volviera a meter el cuerpo en el coche para soltar el freno.

«Sí, señor», pensó él. «A veces las cosas te vienen rodadas. El problema es saber qué hacer con ellas».

—Por aquí —le indicó Kelly al entrar en el vestíbulo.

Había fotografías en las paredes y John quiso detenerse a mirarlas. Había reconocido

algunos rostros famosos. Pero ella ya había encendido la luz en una habitación que

quedaba al fondo, y él la siguió, deteniéndose en la puerta de un baño que tenía más de

dos veces el tamaño de su dormitorio. No se había reparado en gastos a la hora de escoger

diseño o accesorios. En la ducha acristalada, podría ducharse un equipo de fútbol. En el

jacuzzi, unos pocos menos.

—Bonito —comentó.

No había hecho comentario alguno mientras recorrían el resto de la casa, que tenía una elegancia que aun ante sus ojos inexpertos, revelaba la mano profesional y cara de un decorador.

—La casa era de mi hermano, y mientras estoy en la ciudad, me parece una tontería no utilizarla.

Le había dado aquella información sin mirarlo. Estaba buscando algo en un armario

forrado de espejo. Más bien en toda una pared cubierta de espejos que seguramente debían

contener más armarios. Una a una fue sacando las cosas que buscaba y dejándolas en la

encimera. Gasas, alcohol, algodón, una pomada, un bote de medicamentos y esparadrapo.

—Es un corte muy pequeño —dijo él, mientras ella seguía revolviendo. Kelly lo miró

—. Basta con una tirita, de verdad...

—Hay que limpiarlo. Ellos no estaban muy limpios que digamos.

John tardó tiempo en darse cuenta de que se refería a los atacantes.

—¿Que no estaban limpios?

—El que me sujetó a mí olía fatal.

—Está bien. Entonces alcohol y una tirita.

—Y una pomada antibiótica.

—Bueno —accedió.

Aún no podía creerse que estuviera allí. A pesar de lo asustada que debía estar ella

por lo que había ocurrido, y de lo maltrecho que iba a estar él por la mañana, el incidente

había sido un increíble golpe de suerte que no estaba dispuesto a echar a perder.

—Aquí hay mejor luz.

En aquel cuarto de baño podría haberse rodado una película de la cantidad de luz que

había en él, pero aun así, se acercó al área que ella le indicaba. La vio echar un chorro de

alcohol en una bola de algodón y el olor le hizo echar hacia atrás la cabeza inconscientemente.

—Te va a escocer —advirtió, avanzando hacia él.

Estaba lo bastante cerca para que él pudiera percibir el olor de su perfume.

Cerró los

ojos preparándose para el escozor, pero no llegó. Un par de segundos después, volvió a

abrirlos y se encontró con que a pesar de que estaba más cerca que antes, la mano con la

que sostenía el algodón se había quedado suspendida en el aire.

—Sería mejor que te sentaras —sugirió.

Apoyó la cadera en la encimera de mármol negro y volvió a cerrar los ojos,

esperando. Pero tardó tanto que los abrió de nuevo.

—¿Qué pasa?

Ella movió la cabeza y se acercó, colocándose entre sus piernas. La fragancia que

había notado antes, algo oscuro, indudablemente caro y perfectamente adecuado para el

vestido rojo y sin hombre que llevaba, lo rodeó.

—Te va a doler —le advirtió de nuevo.

Eso esperaba. Que le doliera un montón. Lo suficiente para obligarlo a pensar en otra

cosa. Y si se acercaba un solo centímetro más, ella también iba a ser consciente de la

dirección de sus pensamientos.

Kelly lo sujetó por la barbilla para girar su rostro hacia la luz y John volvió a cerrar

los ojos, decidido a no volver a abrirlos mientras su escote siguiera tan tentadoramente

cerca, tanto como para hacerle desear hundir la cara en el pozo oscuro, cuyo brocal se

insinuaba entre sus pechos y lamer la piel que rozaba el borde del escote.

El contacto del alcohol en la herida le resultó frío y tan doloroso como esperaba.

—Lo siento —dijo ella al dar él un respingo—. Sólo un poco más, lo prometo.

—No pasa nada —murmuró—. Es que está frío.

Volvió a presionar la herida con el algodón, aquella vez con algo más de fuerza, y limpió la sangre seca hasta que el corte quedó desinfectado a su entera satisfacción.

Retrocedió para revisar su trabajo y él abrió los ojos. Estaban frente a frente, pero ella se concentraba en la herida.

—No tiene mal aspecto —dijo, mirándolo entonces a los ojos.

No podría decir lo que había visto en ellos, pero fue obvio que adivinó parte de sus pensamientos. La vio tomar aire hondamente.

—Yo creo que deberían darte un par de puntos —añadió.

—No es necesario.

Él se llevó la mano a la ceja para intentar calibrar el daño, pero ella se lo impidió.

—Te la vas a volver a ensuciar.

—Mira, no creo que mi vida corra peligro por algo así...

No pretendía burlarse de ella, pero al ver el cambio en su expresión se dio cuenta de que se lo había tomado precisamente así.

—Con que me pongas un poco de pomada, gasa y un esparadrapo, bastará —dijo,

intentando contener la impaciencia—. No será nada.

Ella asintió, pero parecía dolida.

«Eres un inútil», se reprendió. «Se te presenta la oportunidad de tu vida y eres tan imbécil como para no aprovecharla».

Kelly tiró el algodón a una papelera dorada, sacó una gasa de su envoltorio de celofán

y la impregnó con una buena cantidad de pomada.

Luego volvió a colocarse entre sus piernas. John creía estar mejor preparado para

tanta proximidad, pero cuando sintió el contacto de su cadera en la parte

interior del muslo
el calor le inundó la entrepierna. Y en aquella ocasión no hubo
escozor que pudiera
ayudarlo a pensar en otra cosa.
Ella le extendió la pomada en la herida con una concentración casi
palpable. John
decidió no cerrar los ojos.
Incluso estando tan cerca, su piel seguía siendo inmaculada, el arco de sus
cejas tan
perfecto como unas alas, sus pestañas largas y oscuras.
Un instante después, ella se dio cuenta de que la observaba y la mano en la
que tenía
la gasa quedó quieta.
John esperaba que fuera ella quien rompiera el contacto entre ellos
como en la otra
ocasión, pero al no ser así, se dejó llevar por su instinto y se acercó un poco
más a ella.
Volvió a esperar, dándole la oportunidad de separarse, de interponer una
mano entre
ambos, de hacer algo que indicase que no quería.
Pero lo que hizo fue alzar levemente la cara, cerrar los ojos y entreabrir los
labios.
Ningún hombre sobre la faz de la tierra habría dejado pasar aquella
oportunidad. Y él,
desde luego, menos que ninguno.

Capítulo 4

Sus labios resultaron ser, tal y como se los esperaba. Cálidos, suaves y
complacientes.
El beso no fue una tentativa, sino un beso largo, profundo y total que
expresaba una
necesidad que parecían estar sintiendo ambos, y el vago sentimiento de
culpa que había
experimentado por estarse aprovechando de la situación, comenzó a
desvanecerse.
Sintió que Kelly cambiaba de posición y que sus cuerpos entraban en

contacto, lo que
le incitó a bajar la mano desde la cintura hasta sus caderas. En parte esperaba
que ella lo
rechazase, aunque fuera sólo mínimamente, ante aquella invasión de su
intimidad, pero no
ocurrió.

Ni siquiera cuando cubrió con las palmas de las manos la curva de las
nalgas que
había visto al agacharse ella dentro del coche a buscar el móvil. Su erección
creció todavía
más al recordar.

Suavemente la alzó contra su cuerpo, y al notar ella su erección dejó
escapar un
suspiro de sorpresa, o de placer quizás. Antes de que pudiera decidir cuál de
las dos cosas
era la más probable, ella comenzó a desatarle el nudo de la corbata, algo que
hizo con una
rapidez que sólo podía proporcionar la experiencia.

Dejó caer la tira de tela negra en alguna parte a su espalda mientras con la
otra mano
comenzaba a desabrocharle la camisa. En cuanto la abrió, deslizó las manos
dentro y tiró
de la camiseta que llevaba debajo. Pero como no conseguía sacarla de
dentro de los
pantalones, rompió el beso para poder mirarlo a la cara. Tenía los labios
hinchados y rojos,
y la mirada velada.

¿Pasión, o demasiado champán? O teniendo en cuenta el día que había
tenido,
también podía ser cansancio a secas.

—¡Maldita sea...! —murmuró Kelly, apoyando las manos en su pecho y
empujando
hacia atrás.

John no sabía qué podía haber provocado aquel cambio de humor, y no quiso
soltarla.

Si seguían como iban, no tardarían en estar desnudos y juntos en la
cama, aunque no

estaba convencido de que hubiesen alcanzado aún el punto en el que se era incapaz de pensar.

Pero en lugar de soltarla, se separó de la encimera.

—¿El dormitorio? —le preguntó en voz baja.

Algo brilló en sus ojos, pero antes de que la emoción pudiera cristalizar, la besó en la

boca, acariciando sus labios aquella vez con toques suaves, y cuando hizo además de

separarse otra vez, ella lo siguió poniéndose de puntillas.

Aquella era la respuesta que estaba esperando, y pasando una mano por debajo de sus

rodillas y otra por detrás de su cintura, la levantó como si pesara lo mismo que un niño.

Y cuando salieron del baño, su imagen se desdobló en múltiples reflejos de rojo, negro y blanco.

Cuando la tomó en brazos para llevarla al dormitorio, Kelly apoyó la cabeza en su hombro y cerró los ojos, decidida a no examinar lo que estaba ocurriendo entre ellos.

Teniendo en cuenta lo que había ocurrido en los dos últimos meses, los brazos de aquel hombre le parecían uno de los pocos refugios seguros que quedaban en el mundo.

Aquella noche lo había visto enfrentarse a cuatro enemigos por ella, y su cuerpo llevaba las cicatrices del encuentro.

Le había dado montones de oportunidades para rechazarlo, y ella no lo habría

aceptado si hubiese tenido prisas, o hubiera intentado convencerla. Y no había sido así, ya que prácticamente ella había sido el agresor, un papel que nunca había interpretado.

No quería que se marchara. No podía volver a quedarse sola. No quería meterse en

aquella enorme cama vacía y empezar a darle vueltas a las tremendas responsabilidades que la muerte de Chad había dejado caer sobre sus hombros. Y no quería pensar en lo que había estado a punto de ocurrirle aquella noche. Es más, no quería pensar en nada. Lo único que quería era sentir. Sentir los brazos de alguien rodeándola. Alguien lo bastante fuerte como para poder confiar. Y en John Edmonds había confiado inmediatamente. Casi por instinto. Y por el momento, no había traicionado la fe que había puesto en él. Aquel hombre había puesto su vida en peligro por protegerla, y había algo infinitamente atractivo en aquel gesto. Algo noble y heroico. Heroísmo. Un concepto que sus amigos de Washington encontrarían tremendamente pasado de moda, y quizás lo fuera, pero había respondido a su protección como lo habían hecho todas las mujeres a lo largo de los siglos. Y si eso la hacía parecer débil, que así fuera.

A John le sorprendió lo poco que llevaba debajo de aquel vestido rojo. Desde luego, el diseño del traje dejaba pocas posibilidades para llevar mucha ropa interior, pero al bajarle la cremallera por un instante creyó que iba completamente desnuda. Luego se dio cuenta de que llevaba una especie de combinación mínima y de un tejido finísimo en color visón; eso y las sandalias que había intentado usar como arma contra los agresores fue todo lo que le quedó puesto. Recordarla acudiendo en su defensa blandiendo una sandalia renovó el sentimiento de culpa que había conseguido ignorar casi por completo. Y luego no se había venido abajo al concluir todo el episodio y encontrarse con que le habían pinchado las ruedas del coche.

Estaba empezando a pensar que por indeseable que fuese su hermano, Kelly no sabía nada de ello.

—¿Qué pasa?

La pregunta lo sacó de su ensimismamiento. Sabía que el motivo de estar allí no era el de acostarse con ella, sino el de vigilarla. Claro que Griff no podía imaginarse que iba a presentarse semejante oportunidad. Y esa era la palabra: Oportunidad.

De nuevo el sentimiento de culpa atacó. Pero si Ethan Snow estaba en lo correcto, el fin justificaría más que de sobra los medios.

—¿Pasar? —repitió, antes de volver a abrazarla—. Nada. Absolutamente nada.

John acercó sus labios a la humedad de su sien. Hacía tiempo ya que se había deshecho el moño que llevaba para el desfile y que su pelo largo se pegaba a sus cuerpos, uniéndolos como una red mientras hacían el amor.

Una vez con una furia desbocada, empujada por las necesidades y las exigencias de ella. Y una segunda vez de un modo mas lento, más seductor, en el que él había explorado

cada milímetro de su cuerpo, un cuerpo de piel satinada e increíblemente tonificado. Y

sorprendentemente sensible. No le había negado nada, pero estaba bien claro que había sido él quien le había hecho el amor.

Ella había mantenido los ojos cerrados mientras él la acariciaba, y cuando sus cuerpos

se dejaron llevar por una oleada tras otra de placer, no pensó en quién era ella o por qué

estaba él allí. Aquello no tenía nada que ver con Fénix, ni con la vigilancia que le habían

encargado.

Aquello era sólo entre un hombre y una mujer; una mujer cuyas manos se

aferraban a sus hombros mientras temblaba bajo su cuerpo. Una mujer que había susurrado su nombre aun embebida en su propio orgasmo. Una mujer que había igualado sus movimientos uno a uno hasta alcanzar el clímax juntos. La tormenta pasó de nuevo, dejándolo completamente agotado. Sólo entonces se dio cuenta de que la dinámica de lo que tenía que hacer había cambiado inevitablemente con lo ocurrido. Le gustase o no, Kelly Lockett no era ya y sin más la hermana del hombre al que tenía que investigar. Tanto si se trataba de un espectador inocente como si estaba metida hasta el cuello, también era la mujer con la que acababa de hacer el amor. Y eso marcaría cualquier otra decisión que tuviese que tomar durante aquel trabajo.

Capítulo 5

Kelly se despertó sobresaltada y con una sensación, indefinible pero muy real, de que algo iba mal. A juzgar por cómo el sol golpeaba contra las cortinas echadas, la mañana ya estaba bien entrada. Cerró los ojos. Le dolía la nuca. Últimamente estaba durmiendo muy poco. Los abrió de nuevo y los recuerdos de lo ocurrido la noche anterior le llegaron como si se tratase de un mal sueño. La tensión de la subasta. El ataque. El rescate. Su salvador. Se incorporó en la cama. El otro lado estaba vacío, pero las sábanas habían tenido un cuerpo, y la almohada aún conservaba la impresión de otra cabeza. «*No ha sido un mal sueño*», se dijo. Nada de pesadillas. Miró a su alrededor en busca de algún indicio que pudiera revelar si él seguía en la

casa. Su vestido seguía hecho un montón de seda roja sobre la alfombra blanca del dormitorio, las sandalias junto a la cama, y la ropa interior... Ni idea de dónde podía estar. Respiró hondo. Todo aquello parecía irreal, desde el episodio del aparcamiento hasta lo ocurrido en aquel dormitorio. ¿En qué demonios había estado pensando? ¿Y dónde diablos estaba él? Miró a su alrededor una vez más y encontró la respuesta. Sobre un sillón de brazos había un esmoquin perfectamente colocado. El sol brillaba sobre el adorno satinado de los pantalones y la chaqueta colgaba del respaldo, de modo que eso significaba que... Respiró hondo intentando recuperar la calma, y se dio cuenta de que temblaba. Hacía mucho tiempo que no hacía el amor, y aquella noche había elegido hacerlo con un desconocido. Y era incapaz de explicarse por qué. Puede que por los nervios de la subasta. La sensación quizás de que por fin había saldado su deuda con la memoria de Chad y que podía así seguir adelante con su vida. Y menuda forma de hacerlo... También cabía la posibilidad de que lo ocurrido tuviera sus raíces en el agradecimiento que sentía hacia el hombre que había puesto en peligro su propia vida para salvar la de ella. Tenía que admitir que se había sentido completamente segura en sus brazos, una seguridad que hacía meses que no sentía. Después de hacer el amor, había dormido como un bebé. Hacer el amor. Era una expresión que la gente utilizaba como si de verdad significase algo. En aquella ocasión, no lo significaba en absoluto. Ahora bien, podía llamarlo como le diera la gana, adornarlo a su antojo, pero lo

ocurrido la noche anterior no tenía absolutamente nada que ver con el amor. Y los dos lo sabían.

Se apartó el pelo de la cara. Lo tenía enredado y había empezado a rizársele, y al recogerlo con las dos manos para hacerle un nudo y que no le molestara, se dio cuenta de su desnudez.

Y del silencio casi sobrenatural de la casa. Aunque la ropa de John Edmonds siguiese allí, parecía como si estuviese sola.

Se levantó de la cama y entró en un amplio vestidor. La ropa que se había traído de

Connecticut ocupaba apenas un palmo en una de las barras de los armarios. Descolgó lo primero que encontró, una bata larga de algodón que a veces se ponía al volver de trabajar.

Aparte del dolor de cabeza, sentía cierta incomodidad entre las piernas, algo que no

debería sorprenderla al recordar lo que había pasado la noche anterior. Y ciertamente no

podía echarle a él la culpa. Tendría que enfrentarse a las expectativas que podía haber creado, y cuanto antes, mejor.

Ella lo había invitado. No había rechazado uno solo de sus avances. Ni una sola vez

había dicho que no, reconoció, enrojeciéndose.

Salió de nuevo a la habitación y luego hacia la puerta, pero se detuvo. Había un ruido

extraño, algo que debía haber estado oyendo desde un principio pero sin darse cuenta. No

debía sorprenderse de que él siguiera allí.

Sin darse tiempo para pensar en la confrontación, salió al vestíbulo y se dirigió hacia

el lugar del que provenía el ruido. El pulso se le estaba acelerando, aunque no tenía por

qué estar nerviosa. No había nada de qué avergonzarse. Estaba soltera, tenía ya veintiún años y estaban en pleno siglo veintiuno. No tenía que darle explicaciones a nadie.

A nadie excepto a sí misma. Siempre había sido su crítica más feroz, y aún no había

encontrado una explicación para una situación como aquella.

Había dejado la puerta del baño entreabierta, de modo que el ruido de los chorros de

agua se hizo más intenso a medida que se acercaba. Tragó saliva antes de entrar, y lo

encontró exactamente donde se esperaba encontrarlo: Metido en la bañera de hidromasaje,

la cabeza apoyada en uno de los cojines dispuestos en el borde.

Teniendo en cuenta que ella iba descalza y que los chorros estaban a plena potencia,

no podía haberla oído entrar, así que dispuso de unos segundos para organizar sus ideas.

—Buenos días.

La misma voz que la ordenó subirse al coche la noche anterior puso punto final a sus

fantasías.

Su posición no parecía haber cambiado en nada, pero debía haberlo hecho. Su imagen

se veía repetida docenas de veces en los espejos de reflejo dorado del techo, y miró hacia

arriba.

Sus miradas se encontraron allí. Aun a aquella distancia pudo ver que la zona de

debajo del corte se había oscurecido y que tenía el párpado inflamado y casi cerrado.

También se veía perfectamente el golpe de la mandíbula, además de otra serie de

contusiones que le salpicaban el pecho, visibles bajo el vello oscuro y las burbujas del

agua.

—Espero que no te importe que haya usado la bañera —dijo—. No he querido

despertarte para pedirte permiso.

Kelly bajó la mirada. Había ido allí con la intención de echarlo cuanto antes.

A pesar

de los escrúpulos de conciencia que había sentido al despertar y ver la marca de su cabeza

en la almohada, había recordado la suavidad de su pelo, y la dulzura de su boca en todo su

cuerpo.

—¿Cómo estás? —le preguntó, intentando bloquear los recuerdos.

Muy ocurrente aquella invitación a la conversación. Claro que no estaba

acostumbrada a hablar con un desconocido al que le había permitido una intimidad

extrema.

—Pues igual que te dije anoche... Estoy bien. Nada que una aspirina y un buen baño

caliente no puedan remediar.

Después del enfrentamiento con sus asaltantes, podía elegir el remedio que quisiera,

desde luego. Menos mal que las molestias que tenía ella se debían a...

—¿Tienes hambre? —le preguntó él.

Aquello la pilló desprevenida.

—¿Cómo dices?

—Puedo preparar una tortilla, si tienes huevos.

No sabía qué había en la nevera. La verdad era que no había comido demasiado desde

que estaba allí. Tampoco había dormido demasiado.

Excepto la noche pasada, en la que había dormido plácidamente y sin pesadillas.

Y además, tenía hambre. Hambre que no tenía desde que llevaba viviendo en aquella

monstruosidad de casa.

Si no había huevos en la nevera, podían pedirlos a una tienda cercana que tenía

servicio a domicilio. Chad tenía el número anotado en una pequeña pizarra

que había en la
cocina.

—No sé —dijo.

Había entrado allí decidida a deshacerse de él tan rápido como fuera.

No se sentía

cómoda con lo de la noche anterior. Estaba enfadada consigo misma por
haber permitido

que el caos emocional en que había vivido en los dos últimos meses la
hubiera puesto en

una situación tan poco propia de ella. Y en lugar de eso, se estaba planteando
desayunar

con él. ¿Pero qué clase de influencia ejercía aquel hombre en ella, que seguía
mirándola

impasible?

—Hay una tienda con servicio a domicilio —se oyó decir, casi como si las
palabras

no las pronunciase ella—. Creo que tengo el número por alguna parte.

Él asintió sin dejar de mirarla.

—Bien. Ahora voy a la cocina.

Sabía sin ningún género de duda, qué intención traía ella al entrar en
el baño. Pero

puesto que había titubeado, ya no iba a darle la excusa necesaria para que se
deshiciera de

él.

Diez minutos más tarde, entró en la cocina vestido con los pantalones y la
camisa del

esmoquin, para la que por cierto, no había encontrado los gemelos. Kelly
estaba untando

mantequilla en el pan, aún con la bata que llevaba antes. Al sentirlo
entrar, levantó

brevemente la mirada y siguió con lo que estaba haciendo. Sobre la encimera
había dejado

varias cosas preparadas: Un cartón de huevos, champiñones frescos y queso.

—Eso es todo lo que hay, aunque si quieres, puedo llamar a la tienda.

—Por mí, no —contestó él.

La cocina olía de maravilla a café recién hecho.

Se acercó a una jarra galáctica colocada sobre una cafetera igualmente futurista y se sirvió una taza. Kelly había terminado de preparar el pan y lo estaba colocando en una tostadora que parecía no haber sido estrenada. Él sacó un cuchillo de un taco de carnicero que había sobre la encimera y comenzó a trocear los champiñones, troceó el queso, añadió los huevos y el resto de ingredientes. Luego, puso un poco de mantequilla en una sartén que había sacado de la estantería que había sobre la isleta central de trabajo, y mientras echaba aquella mezcla, consciente de que la audiencia no se perdía uno solo de sus movimientos, sonó el timbre. —¿Esperas compañía? —preguntó él. Ella contestó que no con la cabeza, y cruzándose todavía más los delanteros de la bata, fue a abrir. John oyó voces. Una de ellas era claramente masculina. ¿Una entrega a domicilio?, se preguntó, moviendo los huevos. Un poco raro, siendo domingo por la mañana. O puede que no, si se tenía el dinero suficiente para pagarlo. De pronto tuvo la impresión de que se acercaban. La voz masculina al menos subió en intensidad. Y en alegría. Pero no sin cierto timbre de falsedad. El rostro de Kelly al entrar, revelaba la poca satisfacción que parecía producirle aquella visita, seguramente porque le daba vergüenza que aquel hombre descubriera que tenía a otro en la cocina. Era obvio, por la forma en que ambos estaban vestidos, que había pasado la noche aquí. —Ha intentado impedir que entrase, pero el olor a café ha sido irresistible. El hombre tenía poco más o menos su misma edad, entre los treinta y muchos y los cuarenta y pocos. Llevaba una camisa de golf azul celeste y pantalones

de vestir grises
ceñidos a la cintura por un cinturón de cocodrilo negro que dibujaba su
esbelta cintura.
Su pelo oscuro, lo bastante largo para rozar el cuello de la camisa por
detrás,
empezaba a encanecer en las sienes, y su piel mostraba el tipo de
bronceado que no se
consigue con un frasco.
John dejó la sartén en el fuego y se giró para estrechar su mano. Descubrió
que tenía
una palma dura y encallecida, y que estrechaba la mano con fuerza y firmeza.
Navegante o

jugador de tenis. Incluso de polo. Algo que exigiera pasar muchas horas al sol
y una buena
condición física.

—Mark Daniels —se presentó—. ¿Hay para tres?

Un viejo amigo, decidió, pasando de aquella sonrisa abierta y
agradable a la
expresión cerrada de la anfitriona.

—John Edmonds.

—Creo que no nos hemos visto antes —comentó Daniels, acercándose
a la cafetera

—. ¿No eres de la ciudad?

La pregunta parecía despreocupada, pero la mirada decía otra cosa.

—No he nacido aquí, pero llevo por esta zona unos diez años.

Hubo un breve silencio mientras Daniels se servía el café, y John miró a
Kelly, quien

hizo un breve movimiento negativo con la cabeza.

—Creía que eras uno de sus amigos de Connecticut. Estoy seguro de que los
echa de

menos mientras está aquí, ocupándose de los asuntos de su hermano.

Conocías a Chad, me

imagino.

—No. John y yo nos conocimos anoche —intervino Kelly.

—¿En la subasta? Qué curioso. No recuerdo que tu nombre estuviera
en la lista de

invitados.

—Un amigo me cedió la suya —contestó John tranquilamente—. No podía asistir.

—Ya. No me di cuenta de que la subasta estuviera tan competida —dijo Daniels, y mientras tomaba un sorbo de café, miró a John por encima del borde—. ¿Ganaste o perdiste?

Lo decía por el ojo amoratado. Lo más cortés habría sido no hacer comentarios al respecto, pero si se andaba a la caza de información...

—Tuve problemas al ir a por el coche —dijo Kelly—. John me echó una mano.

—¿Qué clase de problemas?

El tono jovial había desaparecido.

—Unos críos, que querían quitarme el bolso.

A John no le sorprendió que desdibujara lo ocurrido. No le parecía de la clase de personas a las que les gusta hablar alegremente de sus problemas. O quizás le molestase la indiscreción de Daniels.

—¿Dónde?

—En el aparcamiento —respondió John—. Yo salía con mi coche y los vi.

—Y acudiste al rescate —se admiró Daniels, y su acento sureño se acentuó—. En ese

caso, parece que estamos en deuda con usted, señor... Edmonds, ¿verdad?

Un momento antes, estaba convencido de no haber leído su nombre en la lista de invitados, y ahora parecía no haberse olvidado de su apellido...

—Exacto.

—Pues fue una suerte para nosotros que estuvieras allí.

Por alguna razón, aquel plural le producía dentera.

Utilizando los huevos como distracción, sacó la tortilla de la sartén y la puso en un

plato. Luego abrió el horno, donde había metido el pan a calentar y lo sacó también.

Después, al darse la vuelta, vio que Daniels lo observaba, y que su amistosa sonrisa había desaparecido.

—Entonces, te quedas a desayunar con nosotros, ¿no? —le preguntó con toda frialdad.

—Gracias, pero es que no tengo tiempo. Sólo quería un poco de cafeína. ¿Te importa si me llevo la taza? —le preguntó a Kelly.

—Claro que no.

—Entonces, me voy. No hace falta que me acompañes, que se os va a quedar frío el desayuno. Que lo paséis bien.

Ni Kelly ni John se movieron, y él, ya desde la puerta, le dijo a Kelly:

—Tenemos que hablar. Llámame.

Sus fríos ojos azules miraron un segundo a John antes de que se marchara. No se molestó en despedirse.

Esperaron a oír cerrarse la puerta principal, e incluso después, hubo un silencio

extraño. Aquel desayuno hubiera podido contribuir a relajar la natural tensión que había

entre ambos, pero ya no iba a ser posible, y los dos lo sabían.

—¿He dicho algo inadecuado?

Ella lo miró un momento antes de contestar.

—Mark se cree el sucesor de Chad.

—¿Con la fundación?

—Conmigo. Chad era mi hermano mayor, y Mark, su mejor amigo. Ahora piensa que eso lo obliga a asumir su papel.

—¿Le parece mal que yo esté aquí porque piensa que a Chad también se lo habría parecido?

Quizás se había confundido al pensar que lo de anoche era algo normal en ella. Puede

que no acostumbrara a llevarse extraños a casa. Al menos, no en Washington.

—Lo que no sabe es que Chad y yo discutíamos porque se negaba a dejar de

ejercer

de padre, y si ya no estaba dispuesta a aceptar que mi hermano me dijera lo que tenía que

hacer, mucho menos voy a aceptarlo de alguien que no tiene ningún derecho sobre mí.

—¿Es que lo ha intentado?

Ella apretó los labios y no contestó. Estaba en lo cierto. No le gustaba hablar de sus

problemas.

—¿Te vas a comer eso? —le preguntó, señalando el plato.

—Me parece una pena no hacerlo.

—Yo tengo una reunión.

—¿Con Daniels?

—Con el hotel de la subasta. Quieren que analicemos lo que salió bien y lo que salió

mal. Me he comprometido a hacerlo yo.

—¿A qué hora?

Miró el reloj de la cocina. Eran casi las once.

—A la una.

—Tienes tiempo para desayunar.

—Desayuna tú mientras yo me visto.

—Puedo llevarte si quieres. —Estaba claro que iba a decir que no, pero al parecer

recordó que no tenía coche y no lo hizo—. Llamaré al club para que me digan cómo está

el coche mientras tú te preparas. Pueden llevarlo donde tú les digas.

Kelly se quedó pensando. Teniendo en cuenta la hora que era, su única posibilidad

sería tomar un taxi, y estaba bastante lejos.

—Gracias —dijo por fin—. La reunión es en el mismo hotel. Diles a los del club que

se lo dejen al encargado del aparcamiento.

Estaba claro que no le hacía demasiada gracia aceptar su ofrecimiento.

—Toma un bocado —le dijo él cuando empezaba a darse la vuelta—. Puedo hacerte

un sandwich —le ofreció—. Un desayuno portátil. Te lo puedes comer

mientras te bañas.

—Yo me ducho.

—Pues es una pena.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

—No ha sido culpa mía que se presentara esta mañana —dijo él.

—Ya lo sé.

—Y no es demasiado tarde para desayunar.

Ella se quedó unos segundos pensativa.

—La verdad es que sí lo es, pero gracias de todos modos.

—¿Y si cenáramos?

Hubo otra pausa. Estaba claro que lo ocurrido entre ellos le estaba dando qué pensar.

Era hora de retirarse.

—De acuerdo —le dijo, sorprendiéndolo, antes de dar media vuelta y salir por la puerta de la cocina.

Capítulo 6

Se comió la tortilla de pie delante de una de las ventanas llenas de sol antes de llamar

para arreglar lo del coche. Luego se sirvió otra taza de café mientras reflexionaba sobre lo

que había conseguido, si es que había conseguido algo.

Vigilar era lo que le habían encargado, y había ido mucho más lejos.

Sin embargo,

nadie ni siquiera Griff, podría decir que se encontraba en peor posición aquella mañana

para investigar la posibilidad de que las donaciones que se hacían a la fundación se

utilizaban para sufragar actividades terroristas.

—¿Qué te han dicho?

Le dio la espalda al paisaje que tenía ante los ojos pero que no veía, para encontrarse

con Kelly en la puerta de la cocina. Tenía la cabeza ladeada para ponerse un pendiente y

parecía ya preparada para marchar.

Llevaba uno de esos vestidos de punto que parecen muy sencillos pero que deben

costar unos buenos cientos de dólares. Era del rojo oscuro que tienen los buenos borgoñas.

Lo complementaba con unos zapatos negros de tacón bajo y sólo aquellos pendientes.

Bajo el brazo llevaba un bolso negro bastante más grande que la cartera de la noche anterior.

—¿Te ayudo?

—No hace falta. ¿Qué te han dicho en el club?

—Que tendrán el coche en el hotel a la una y media.

Ella asintió, abrochándose por fin el aro de oro.

—Gracias. Gracias por todo. Anoche...

—Cualquiera habría hecho lo que yo —la interrumpió, incómodo con su gratitud.

Al fin y al cabo, su acción no había sido completamente desinteresada.

—De eso nada. Lo sabes igual que yo. Y aunque otra persona se hubiera parado a

ayudar, no habría podido enfrentarse a ellos como tú lo hiciste. ¿Tienes experiencia en la

policía o algo así?

—En el ejército —contestó.

Y era cierto, aunque no fuese toda la verdad.

Ella asintió.

—Si anoche no te di las gracias como debiera... —no terminó la frase, consciente de

que la interpretación de sus palabras podía ser equívoca—. Lo de anoche no tuvo nada que

ver con eso. Me refiero a lo que pasó aquí.

—¿Y por qué pasó?

Era una pregunta que un caballero nunca habría hecho. Pero ella no evitó contestarla.

—Pues supongo que por muchas razones. Porque llevo en Washington mucho tiempo

sola... Porque llevaba semanas preocupada por la subasta... Porque me

sentía muy
agradecida por tu ayuda, aunque no fuera esa la razón que lo desencadenase
todo... Es que
ocurrió todo...
Esperó a que continuara, pero como no lo hizo, dejó la taza, se acercó a ella y
puso
las manos en sus hombros con la intención de abrazarla. Pero ella no
hizo ningún
movimiento en aquel momento, sino que se limitó a mirarlo.
Tras unos segundos de duda, bajó la cabeza y rozó apenas sus labios en un
beso. Y
cuando se separó, ella seguía con los ojos cerrados, las pestañas una
vez más inmóviles
sobre su pálida tez. John recordó sin querer, las lágrimas de la noche anterior.
—¿Cenamos?
—Esta noche, no —contestó ella, abriendo los ojos—. No puedo.
Sabía que era mentira, pero no quiso presionarla.
—Entonces, cuando tú quieras —le dijo, y contuvo la respiración hasta
que ella
asintió—. Te dejaré mi número en la pizarra.
Las únicas tarjetas que tenía eran las de Fénix. Seguramente el nombre de la
agencia
no le diría nada, pero si era lo bastante curiosa como para investigar un poco,
podía llegar
a descubrir más de lo que él quería que supiera por el momento.
Ella asintió y movió los hombros, y él apartó inmediatamente las manos.
—Voy por la cartera —dijo ella—. La tengo en el despacho.
—Yo recogeré el resto de mis cosas y te espero en la puerta.
Pensó en hablarle de los gemelos que no encontraba, pero decidió que era
mejor no
hacerlo. A la fría luz de la mañana, ella parecía querer olvidarse de lo que
había ocurrido
entre ellos la noche anterior, o al menos calificarlo como algo ocurrido por
una especie de
sobrecarga emocional. Puede que tuviera razón, pero la idea no le hizo
sentirse mejor.
Si no lo llamaba, ya intentaría él ponerse en contacto con ella. Le daría un par

de días
de margen. Pero sería muchísimo mejor que fuera ella quien llamase.

Sobretudo para su
propia tranquilidad.

Las persianas de madera aún estaban cerradas, lo que dejaba el despacho a
media luz.

Kelly se acercó y abrió las lamas de modo que el sol se dibujara en líneas
sobre la mesa.

Aquel era el lugar en el que se sentía más cerca de Chad. Quizás porque aquel
fuese

el corazón y el alma del imperio filantrópico que había construido y
dirigido hasta su

muerte. Un reino basado en la filosofía de su abuelo: «*De aquellos que tienen*

mucho, se

espera mucho.»
Había dejado la cartera en el suelo el día anterior, y del suelo la recogió para
abrirla

sobre la mesa y asegurarse de que todo lo que iba a necesitar para la reunión
estaba en su

sitio.

El ejemplar del contrato y una docena más de cosas de las que había
tenido que

ocuparse durante los últimos meses estaban colocados en distintas carpetas.

Para ella era

tan nuevo todo aquello, que había tenido que organizarse a la
perfección para poder

mantener en el aire y al mismo tiempo, todas aquellas bolas.

Afortunadamente parecía no

haber dejado caer ninguna.

Cerró la cartera y echó un último vistazo a la mesa para asegurarse de
que no se

dejaba nada.

Ya se había dado la vuelta para salir cuando reparó en algo y se volvió. Había
pocos

objetos sobre la mesa, pero el más importante era una caja de disquetes.

Chad guardaba un montón de información en su ordenador. Allí había

llegado ella a comprender la complicada estructura de la fundación que su hermano dirigía con tanto éxito. Aunque había encontrado un análisis financiero completo de la Fundación, había estado utilizando una versión simplificada para entender de dónde venía el dinero y en qué se gastaba.

Mientras revisaba todo aquel material, había ido haciendo copias selectivas en disquetes de distintos colores para ayudarse a organizarlo todo. Enseguida se había dado cuenta de que una de las organizaciones había recibido más atención de Chad que el resto, especialmente durante los dos meses anteriores a su muerte.

La última vez que estuvo trabajando en el despacho, había dejado disquetes de varios colores en la caja, pero sólo dos de los rojos, que había estado utilizando para grabar información sobre *La Alianza*. Y en la caja sólo quedaba uno. Intentó recordar si había utilizado el ordenador desde que había visto por última vez los dos disquetes, pero sabía que no. En los últimos días los preparativos de la subasta le habían robado todo el tiempo. Pero por si se equivocaba, presionó el botón de expulsión de los disquetes. No apareció nada.

Y si ella no lo había sacado de la caja, alguien lo había hecho, y la única razón por la que ese alguien podía habérselo llevado, era...

Abrió los cajones de la mesa uno a uno. Nada parecía haber sido tocado, pero el disquete no aparecía. Cerró el último de los cajones con una sensación de náusea en la boca del estómago. Chad siempre le decía que era demasiado confiada. Al parecer, estaba en lo cierto.

Y ahora no le quedaba más remedio que evitar que John Edmonds, o como diablos se llamara de verdad, notase que se había dado cuenta de lo que le faltaba, cuando tenía que ir con él en su coche hasta el hotel. Respiró hondo, intentando controlar la ira. Recogió el maletín y salió. Lo de la noche anterior había sido un error todavía más grande de lo que pensaba, pero al menos podría utilizarlo como punto de arranque. Aquella era la primera pista que encontraba, y sin lugar a dudas iba a utilizarla en beneficio propio.

—Después de pagados todos los gastos, la subasta de anoche recogerá más de ocho millones de dólares —anunció Hugh Donaldson—. Eso significa, damas y caballeros, que esta subasta ha sido la que más dinero ha recaudado desde el comienzo de esta fundación.

Los aplausos que se oyeron de los presentes en la reunión variaron en entusiasmo. Aquel domingo por la tarde se habían reunido los miembros del consejo, que a juzgar por sus caras, se dividían en dos grupos: Aquellos que estaban encantados con los resultados, y aquellos cuyo entusiasmo estaba mitigado por la insatisfacción que les producía el modo en que se invertía lo recaudado. El cisma entre ellos había sido aparente desde la primera reunión que mantuvieron tras la muerte de Chad. En aquella ocasión, ella había participado de mala gana, aún rota por el dolor y casi sin darse cuenta de la guerra civil que tenía lugar a su alrededor. Pero después de estar metida en el ajo más de dos meses, sabía perfectamente cuál era la situación.

—Gracias, Hugh —dijo Catherine Suttle.

Catherine era famosa por conocer a todo el mundo que tenía algo que

decir en la capital, lo cual parecía darle derecho a llamar al socio más antiguo de la Donaldson Accounting por su nombre de pila. Era algo que Kelly nunca habría hecho, a pesar de que Chad y él eran muy buenos amigos.

La verdad es que había ido descubriendo que esa era la relación que su hermano mantenía con la mayoría de miembros del consejo. Su lealtad no era tanto para con la fundación como para con el hombre que la había puesto en marcha. Desgraciadamente no ocurría lo mismo con su heredera.

La excepción había sido Catherine. Como presidenta de la subasta de aquel año, había resultado ser una fuente inagotable de información. Aunque trabajaba como voluntaria para la fundación como todos los demás, desde el principio había ido desempeñando distintos papeles, y Kelly había acudido a ella en más de una ocasión para plantearle cuestiones que no se había atrevido a plantear en el consejo, y Catherine nunca había dado muestras de que le pareciera extraño que supiera tan poco sobre la organización fundada por su familia.

—Ahora, pasemos al siguiente asunto en el orden del día —anunció Catherine cuando los aplausos se apagaron—. Es decir: La distribución de lo que hemos conseguido recaudar.

—Puesto que Chad ya no está con nosotros, creo que debería ser Kelly quien tomase esa decisión —contestó Trevor Holcomb, sonriendo desde el otro lado de la mesa—. Al fin y al cabo, ella representa los intereses de la familia Lockett.

—Pero nos ha dejado bastante claro que no está interesada en los

pormenores del
trabajo diario de la fundación, ¿No es así, Kelly?
Kelly volvió la mirada hacia León Clement, cuya familia había fundado
literalmente
el estado de Maryland. Los Clement eran considerados de sangre azul, pero el
dinero que
una vez acompañó a la historia de la familia había ido desapareciendo, según
los rumores,
debido a la afición de León por la bebida y a su tendencia a hacer malas
inversiones.
—Creo que las personas que en este momento se ocupan de ello, lo
hacen
perfectamente —contestó.
Muchos de los miembros del consejo la consideraban meramente una
figura
decorativa, y durante el primer momento de su inclusión en la junta, había
sido así.

—Sin embargo... —añadió, y muchas miradas que ya se habían posado en
Catherine
volvieron sobre ella—. Estoy muy interesada en la decisión de dónde
debe invertirse el
dinero recaudado.

—Vamos, amigos —intervino Bertha Reynolds.
Era una amiga de toda la vida de su hermano y una trabajadora
infatigable, y su
puesto en el consejo estaba asegurado más por esos atributos que por
el respaldo
financiero que pudiera tener. Vivía de una pequeña herencia y de la
amabilidad de amigos
como Chad, que se empeñaban en invitarla a todos los eventos sociales que
fuera posible.
Ella también había sido una aliada de Kelly durante las primeras y difíciles
semanas.

—En ese caso, puede que quiera informarnos de sus prioridades, señorita
Lockett —
respondió León no sin cierto sarcasmo, que Kelly prefirió ignorar.

—Y lo haré. Pero antes tengo algunas preguntas. Y les agradezco de antemano la paciencia, con lo que a muchos de ustedes debe parecerles lentitud a la hora de asimilar el funcionamiento de todo esto. Como saben, yo estaba encantada con que mi hermano se ocupara de todo.

Hubo unos cuantos murmullos de comprensión y Kelly esperó a que cesaran para seguir hablando.

—Pero ahora que me he visto obligada a asumir la responsabilidad de la organización que lleva el nombre de nuestra familia, me gustaría entender mejor cómo se han venido haciendo las cosas hasta ahora, antes de tomar decisiones sobre lo que vamos a hacer este año.

—Pregunta lo que quieras —dijo Catherine—. Estoy segura de que si no sabemos las respuestas, podremos investigar.

Varios de los presentes asintieron.

—He estado revisando los archivos de los últimos cinco años y he llegado a la conclusión de que el patrón de distribución de fondos ha cambiado considerablemente con el tiempo desde el comienzo de la fundación. Entonces, el dinero se repartía equitativamente entre las cinco organizaciones benéficas que mi hermano había incluido inicialmente en *El Legado*. El año pasado, el reparto cambió de tal modo que la mayor parte del dinero fue a parar sólo a una organización. Una que no formaba parte de las iniciales. Me gustaría saber el porqué de ese cambio. Hubo un largo silencio, en el que Kelly fue mirando uno a uno a todos los sentados a la mesa.

Unos cuantos la miraron francamente a los ojos. Un par de ellos, parecían ocupados

en consultar sus documentos y Catherine Suttle, tras mirar brevemente a Holcomb, había

vuelto a mirarla a ella.

—El reparto de los fondos era una decisión exclusiva de su hermano —dijo León—,

y nunca nos hizo partícipes de sus razones.

—¿Y ninguno de ustedes cuestionó el cambio?

—Cada uno de nosotros trae una agenda a estas reuniones, señorita Lockett. La

mayoría de nosotros estábamos ocupados apoyando a nuestras propias organizaciones

mucho antes de que su hermano empezase con la fundación.

Individualmente, siempre

hemos intentado defender a las organizaciones que más nos interesaban, pero el reparto

final era sólo cosa de su hermano.

—¿Y tienen idea de por qué esa organización recibió más fondos a costa de las demás?

—¿Que si tenemos idea? —se burló—. Por supuesto que sí.

—¿Y le importaría compartirla conmigo?

—Pues por un acertado manejo político de sus dirigentes.

—¿Tiene idea de la cantidad de dinero que ha recibido?

—No. Simplemente asumí que era mayor la cantidad por lo que no estaban

recibiendo las otras organizaciones.

—¿Y el resto de ustedes? —preguntó, mirando a los demás—. ¿Sabían que el dinero

había dejado de repartirse del mismo modo?

—Sólo a través de las quejas que recibíamos —espetó Bertha.

Sus ojos, casi ocultos detrás de unas gruesas y anticuadas lentes, eran brillantes y

estaban alerta. Era uno de los miembros de más edad del consejo, pero parecía tener una

idea muy clara de cuál era la situación.

—¿Quejas?

—De las organizaciones que ya no recibían la misma cantidad de fondos que antes —

explicó—. Hubo un montón el año pasado. Yo recibí numerosas llamadas de

organizaciones que habían hecho sus presupuestos contando con una cantidad que no iban a recibir.

—Todos hicimos nuestras recomendaciones —dijo Catherine—.

Cualquiera que

quisiera hablar podía hacerlo a favor del grupo de su preferencia, lo mismo que espero que

podamos hacer contigo. Pero la decisión última, como siempre, era de Chad.

—¿Le hablaste de las quejas? —le preguntó a Bertha, dejando a un lado la

explicación de Catherine.

—Lo intenté, pero no quiso escucharme.

—Yo también lo intenté, la verdad —dijo Donaldson—, pero él me contestó que tenía

muy buenas razones para hacer ese cambio.

—¿Y las compartió contigo?

—Él no me las dio, y yo no pregunté. Al fin y al cabo, la fundación siempre había

sido su ojito derecho, y no admitía de buen grado interferencias en su modo de dirigirla.

El ojito derecho de Chad. La fundación de Chad. Por mucho que le hubiera gustado

encontrar otra explicación, al parecer lo que había ocurrido con el dinero recaudado sólo

era responsabilidad de Chad.

—Tengo el teléfono y la dirección de la gente de la que hemos estado hablando.

Catherine esperó a que la mayor parte de los miembros del consejo se hubieran

marchado para acercarse a Kelly y entregarle una nota. Aquella mujer no

había llegado a

ser una de las íntimas de la alta sociedad siendo indiscreta.

—¿Y estás segura de que son de confianza?

—Tienen unas credenciales impecables, créeme.

—Gracias —le dijo al tomar la nota.

—¿Hay algo de lo que quieras hablar, querida? Se me da muy bien escuchar. Era tentador confiar en Catherine. Estaba empezando a preguntarse si había perdido

la capacidad de evaluar todo aquello, y sería bueno poder hablar de ello con alguien que

hubiera conocido a Chad. Alguien que pudiera ser más objetivo quizás que ella misma.

Alguien digno de confianza.

Por eso tenía aquel pedazo de papel en la mano. Profesional, discreto y totalmente

objetivo. Ni siquiera Catherine podía reunir todos esos atributos.

—Quizás en otro momento —contestó.

—Cuando quieras. Lo digo en serio. Puedes llamarme a cualquier hora. Tu hermano

fue un buen amigo mío, y le debía unos cuantos favores.

Y dicho esto, la besó suavemente en la mejilla, envolviéndola en una nube de

Giorgio. Aquella inesperada ternura le llenó de lágrimas los ojos.

Luego Catherine tomó sus manos.

—Has hecho un trabajo magnífico estas últimas semanas. Tu hermano habría estado

muy orgulloso de ti. Bueno, siempre lo estaba. Decía que tenías más cerebro que todo el

resto de tu familia junta.

Kelly se echó a reír y estrechó sus manos cargadas de diamantes.

Sus palabras la acompañaron durante el resto de despedidas. Era casi como oír la voz

de Chad. Como si aquellas palabras fuesen un mensaje suyo desde la tumba.

Muy melodramático, se dijo mientras recogía los expedientes que había llevado a la

reunión. Su hermano nunca había tenido intención de dejarle aquel peso sobre los

hombros. Él más que nadie, sabía que quería evitar a toda costa la clase de situaciones en las que su muerte la había colocado. Y hasta que pudiera encontrar a alguien más cualificado en cuyas manos poner la dirección de... Día a día, se recordó. Hora a hora. Tarea por tarea. No había cesado de repetírselo durante los días y sobretodo, durante las interminables noches de insomnio, desde que recibiera la noticia que había cambiado su vida. Y estaba a punto de hacer una llamada que podía cambiarla del mismo modo. Pero teniendo en cuenta lo que había sabido aquella mañana y lo que había ocurrido el día anterior, no tenía otra alternativa.

Capítulo 7

—Gracias por recibirme —dijo Kelly, acomodándose en la silla de cuero que le habían indicado.

Había tardado tres días en conseguir hablar con el director de Fénix, y cuando por fin lo había conseguido, había tenido que esperar horas para que pudiera recibirla.

—Me alegro de haber podido hacer un hueco —contestó Griff Cabot, sentándose al otro lado de la enorme mesa de caoba que los separaba—. ¿Le importaría decirme cómo se ha enterado de nuestra existencia? No hacemos publicidad, así que siempre me interesa saber cómo llegan a conocernos nuestros clientes.

—Indagué entre personas de mi confianza, y el nombre de su agencia se mencionó como muy buena y muy discreta.

—Me siento halagado —sonrió—. Espero que no le importe decirme quién le ha

recomendado nuestros servicios, porque me gusta saber a cuál de entre nuestros amigos hemos de darle las gracias.

A Kelly no le sorprendió la pregunta. Seguramente, el ex agente de la CÍA estaba

intentando evaluarla según las personas a las que conociera en la ciudad. No iba a darle

más información de la estrictamente necesaria, una desconfianza debida a su encuentro

con John Edmonds. De hecho, había algo en Cabot que le recordaba a él.

—Prefiero no dar nombres, pero puedo decirle que una de esas personas es amiga de

su esposa —le contestó.

—En ese caso, le daré las gracias a Claire. Dígame, señorita Lockett: ¿Qué es lo que

Fénix puede hacer por usted?

—Hace dos meses mi hermano Chad murió al desaparecer el avión privado que

pilotaba en la zona de Cape Cod. Puede que recuerde el accidente.

Fue seguido muy de

cerca por los medios.

Desde luego. La búsqueda y posterior hallazgo del avión ocupó a la prensa nacional

durante semanas. Chad no era sólo miembro de una distinguida familia, sino que llevaba

años figurando en la lista de los solteros más codiciados, puesto al que él había hecho

todos los honores.

—Le doy mi más sincero pésame por su pérdida.

No parecía haber segundas intenciones tras aquellas manidas palabras. Cabot seguía

mirándola fijamente a la cara.

—Aunque el informe oficial del accidente aún no se ha hecho público y tardará

todavía unos meses, el veredicto extraoficial, tanto de los medios como del público en

general, es que se trató de un error del piloto, provocado por el

exceso de medicación
encontrado en el cadáver de mi hermano, que era el piloto en cuestión.

Ese detalle tan jugoso había aparecido en todos los medios de comunicación. Era cierto que los niveles de medicación detectados en su sangre indicaban una dosis superior a la prescrita, pero aquella clase de tratamiento para la alergia lo usaban millones de personas cada día y en contadas ocasiones provocaba la reacción que la prensa pretendía atribuirle.

—Incluso los mejores pilotos cometen errores —dijo Cabot—. Le aseguro que tengo suficientes horas de vuelo para dar fe de ello.

—Estoy segura, pero en este caso...

Kelly dudó. Iba a pasar del papel de hermana sumida en el dolor que él le había

asignado, al de urdidora de conspiraciones. Esperaba que aun en el caso de que se negara a

hacer lo que iba a pedirle, mantuviera la boca cerrada sobre todo aquello.

—Chad no era sólo un buen piloto, sino uno excelente. Jamás corría riesgos

innecesarios. Cualquiera que haya volado con él puede decírselo. El parte meteorológico

de aquella noche, aunque no era perfecto, tampoco podía ser tomado en consideración

como factor determinante. El avión acababa de pasar una concienzuda inspección. No

había razón alguna para que se estrellara. Y mucho menos por un error del piloto.

—Así que usted piensa que el accidente de su hermano podría deberse a otras causas.

De nuevo ni su voz ni su expresión, delataban que le extrañase que ella no se creyera

la explicación que los medios habían dado de la muerte de Chad. Expresar dudas sobre la

cordura de un cliente no podía ser bueno para el negocio, claro, sobretodo teniendo en cuenta el calado de la clientela con que al parecer se las veía el Fénix.

—Sí, eso es lo que pienso —contestó, con la boca seca por la enormidad de lo que acababa de decir.

—Y quiere que nosotros intentemos averiguar lo que ocurrió aquella noche.

—Yo sé lo que ocurrió, señor Cabot. Alguien asesinó a mi hermano.

Lo que quiero

que hagan ustedes es que averigüen quién fue.

La puerta que quedaba a espaldas de Kelly se abrió cuando estaba dando cuenta de

por qué había llegado a esa conclusión. Esperaba que se tratase de la secretaria de Cabot

con algún mensaje urgente para su jefe.

—Adelante —dijo él—. Pasa.

Para Kelly fue toda una sorpresa descubrir que no se trataba de la secretaria, ya que la

gruesa alfombra del suelo había enmascarado los pasos.

—Señorita Lockett, le presento a John Edmonds, uno de nuestros operativos.

Le resultó sólo vagamente reconfortante, darse cuenta de que John parecía tan

sorprendido como ella.

Desde que descubrió el robo del disquete rojo, se había convencido de que Edmonds

tenía algo que ver con la muerte de Chad. Incluso había llegado a la conclusión de que el

encuentro con los chicos del aparcamiento había sido preparado para conseguir

exactamente lo que habían conseguido: Que Edmonds entrase en su casa y pudiera tener

acceso al disquete.

Pero lo que le habían dicho sobre aquella organización y su líder, tornaba imposible la

participación de uno de sus miembros en la muerte de Chad. Entonces, ¿por qué Edmonds,

con la aparente complicidad de Griff Cabot, habría montado la charada del sábado por la noche?

—Señorita Lockett... —la saludó.

Había un recelo en su mirada, que le hizo preguntarse si Cabot sabría algo de lo que

había ocurrido entre ellos, de modo que la relación entre Edmonds y su jefe quedaba en

entredicho. ¿Sería posible que Edmonds actuara por su cuenta y que trabajase para la

gente que había organizado el accidente de su hermano?

—¿Qué es esto? ¿Una broma? —preguntó, mirando a Cabot.

—Una sencilla coincidencia —respondió John.

Hubo algo en su voz que reverberó en su interior. ¿Un recuerdo latente de lo segura

que se había sentido en sus brazos, o quizás algo más primitivo?

—¿Una coincidencia? —repitió—. ¿Qué me engañaras para acceder a la casa de mi

hermano y así poder copiar información de su ordenador? No consigo ver la coincidencia.

Tuvo la satisfacción de ver el impacto de su acusación. Al parecer, no se esperaba que lo descubriera.

—No tengo ni idea de qué estás hablando.

—¿Es que vas a negar que pasaste la noche del sábado conmigo?

Hubo unos segundos de duda.

—Sabes que no, pero si alguien copió información del ordenador de tu hermano, no fui yo.

—Nadie más entró en la casa y tú lo sabes.

El silencio que siguió a sus palabras se extendió hasta que lo rompió el director de la

agencia.

—La señorita Lockett ha venido a vernos porque cree que alguien pudo asesinar a su

hermano.

—¿Asesinarlo?

Edmonds parecía muy sorprendido.
Había cometido un error yendo allí. Por muy recomendada que estuviera su agencia,
no podía confiar en Edmonds, y por lo tanto, tampoco en la organización para la que trabajaba. Tanto si Cabot estaba en el ajo como si no, no podía confiar en que fueran ellos quienes resolvieran el asesinato de Chad. Tomó su bolso y se levantó. El director hizo lo mismo.
—Envíeme la factura por el tiempo que le he hecho perder, señor Cabot. El señor Edmonds tiene mi dirección.
Miró brevemente a John antes de dar media vuelta y salir hacia la puerta. Estaba ya casi abriendo cuando oyó decir a Cabot:

—Hemos sabido que su hermano podría estar sufragando organizaciones que son enemigas de los Estados Unidos.
Tardó un momento en reaccionar y en que sus palabras atravesaran la cortina de su ira. Cuando lo hizo, la mano con que iba a abrir la puerta quedó suspendida en el aire.
Se volvió. Los dos hombres seguían exactamente en la misma posición que ella los había dejado. Habría jurado que veía compasión en la mirada de Edmonds, y en cuanto a Cabot...
—¿Qué demonios se supone que significa eso?
—Pues que su hermano podría haber estado inmerso en una trama terrorista, señorita Lockett. ¿Por qué no vuelve a sentarse para que podamos contarle lo que sabemos?
—Es una teoría interesante —dijo Kelly tras escuchar el relato de Cabot—, pero al igual que lo del error del piloto, nadie que conociera a Chad podría creerse ni

una palabra.

—Puede que su hermano no supiera lo que estaba ocurriendo.

Cabot había admitido que la información de que disponían no era completa, y puesto

que ella sabía que Chad no podría estar envuelto en algo semejante, le pareció que no tenía

sentido continuar con aquella conversación.

Mientras Cabot hablaba, no había podido dejar de estar pendiente de John, que

apoyando la cadera contra una mesa pequeña que quedaba detrás de la de Cabot,

escuchaba también. No podría decir si su elección de sitio,

directamente en su línea de

visión, había sido deliberada o no, pero su postura era un recordatorio de la escena del

baño la noche del asalto. Y de todo lo que había ocurrido después.

No había dicho esta boca es mía mientras su jefe hablaba, pero cuanto más iba

sabiendo del escenario que Cabot le dibujaba, más se iba convenciendo de que la muerte

de Chad sería atribuible a otra persona.

Fénix podía seguir adelante con su investigación e intentar relacionar a Chad con el

terrorismo, que ella estaba convencida de que no iban a encontrar nada.

—Mi hermano estaba al corriente de prácticamente todo lo que ocurría en la

fundación —dijo—. Él la creó y la dirigía personalmente. Y con mucha eficiencia, me

atrevería a añadir. Estaba muy orgulloso de la cantidad de dinero que eran capaces de

recaudar y que iba a parar directamente a las causas y no en gastos de administración.

—Quizás pensara que las organizaciones a las que donaba su dinero eran legítimas y

no lo eran.

—Podría ser —contestó, pensando en el grupo que recientemente había recibido la

cobertura del paraguas de *El Legado*—. Pero le aseguro que el dinero no se entregaba alegremente. Puedo enseñarle documentación en la que se demuestra el seguimiento que se hacía a todos los receptores. De hecho, y puesto que el señor Edmonds ha tenido acceso al ordenador de mi hermano, estoy segura de que ya disponen de esa información — añadió, levantándose de nuevo.

—Estoy seguro de que usted habrá pensado ya, que las dos investigaciones pueden estar relacionadas.

—¿Qué dos investigaciones?

—Usted cree que su hermano fue asesinado, y es posible que el motivo de su muerte fuera el descubrimiento de lo que nuestra fuente ha sugerido sobre los fondos de su fundación.

¿Sería posible? Desde luego, como motivo era suficientemente poderoso.

—De ser así, Chad habría acudido directamente a las autoridades.

—Entonces, ¿qué le hace pensar que haya podido ser asesinado?

John Edmonds rompió su silencio para formular la pregunta para la que ya no tenía

una respuesta convincente. Desde el principio se había negado a creer que la muerte de

Chad fuese el resultado de una negligencia. Era un piloto demasiado bueno como para eso.

También había despertado sus sospechas lo de la presunta sobredosis.

Ninguna de ambas

cosas encajaba en el perfil de su hermano.

Entonces descubrió el cambio en la distribución de los fondos y la animosidad que

ese cambio había hecho crecer entre los miembros del consejo. Y por último, descubrir

que aquel hombre había entrado en el ordenador de Chad había terminado por reafirmar

sus sospechas.

Ahora comprendía por qué Edmonds había hecho algo así. Era obvio que no era un

agente trabajando para alguno de los grupos de la fundación que intentase quedarse con el

control, sino de ese otro que intentaba relacionar a Chad con el terrorismo.

—Lo que yo crea no es asunto suyo —dijo. ¿Qué sentido tendría intentar justificar

sus sospechas si ellos no iban a creer una sola palabra de lo que dijera?—.

Había venido

aquí para contratarlos con el fin de que investigaran la muerte de Chad.

Ahora sé que si

aceptaran mi caso, estarían ante un conflicto de intereses. Además, parecen ya decididos

de antemano a condenar a mi hermano.

—Aún no hemos decidido absolutamente nada —se defendió Cabot.

—Bueno, pues yo sí. Y por cierto... Pienso informar a la policía sobre la desaparición

de información del ordenador de Chad. Supongo que tendrán amigos en el departamento

de policía que se ocuparán de ello, pero aun así, me ha parecido justo advertírsele.

—Gracias —contestó Cabot sin sarcasmo, aunque con una ceja alzada.

A pesar de que sabía que iba a lamentarlo, no pudo por menos que echar un último

vistazo al hombre en el que había confiado con tanta inocencia. Tenía la mirada baja y

parecía estudiarse las manos, entrelazadas y apoyadas en los muslos.

Ver aquellos dedos largos y morenos sobre el tejido de sus pantalones fue un

desagradable recordatorio de con qué maestría habían acariciado su cuerpo.

Un recuerdo

del que quería desprenderse cuanto antes.

Nadie intentó detenerla cuando se levantó para salir. Estaba decidida a marcharse con

dignidad, y afortunadamente pudo controlar sus emociones hasta que cerró la puerta a su

espalda.

Luego se apoyó en ella y respiró hondo. A pesar de lo gruesa que era, oyó decir a

Cabot:

—Creía que tenías las cosas claras, pero lo que has hecho no puede llamarse
vigilancia.

—¡Dios mío! —interrumpió la secretaria de Cabot, acercándose a ella

—. ¿Se encuentra bien? Está usted muy pálida.

Kelly se separó de la puerta muy a su pesar. Al parecer, John no se iba a ir de rositas

con su jefe, lo cual no podía complacerla más.

—Estoy bien —contestó, sonriendo—. Es que ha sido un día muy largo.

—Pues espere a llegar a mi edad. Entonces son todos largos, créame. Váyase a casa y

ponga los pies en alto, que es lo que hago yo siempre. Un buen baño y una taza de té le

harán olvidarse de todos sus problemas. Sobretudo si le añade un poco de bourbon al té —

añadió la mujer cerca de su oído, como si fuesen conspiradores.

Los conspiradores estaban al otro lado de la puerta, pensó Kelly, dispuestos a arrastrar

el nombre de su hermano por el barro. Y no parecía haber nada que ella pudiera hacer para

impedirlo.

Cuando llegó al coche, temblaba. No podría decir si por las acusaciones de Cabot, o

por saber hasta qué punto había hecho el ridículo con John Edmonds. Quizás una mezcla

de ambas cosas.

Después de cerrar la puerta del coche, se quedó un rato sin arrancar el motor y con las

llaves en la mano, intentando pensar en alguien que pudiera acaldarla.

Alguien en quien pudiera confiar.

De entre toda la gente que había conocido desde que llegó a Washington, no había nadie a quien poder confiarle sus sospechas. Por eso había buscado ayuda en Fénix. Que alguien profesional se ocupara de aclarar sus dudas. Pero ahora... Alguien dio en la ventanilla del coche con los nudillos y Kelly dio un respingo. Era John.

—Baja el cristal —le pidió.

Pero ella metió la llave en el contacto y el encendido del motor la satisfizo más de lo normal.

—Quítate de en medio —dijo, metiendo la marcha atrás.

—Tenemos que hablar.

—No. Ya hemos dicho todo lo que había que decir.

—¿No te has parado a pensar que quienquiera que asesinara a tu hermano puede andar ahora detrás de ti?

Por primera vez desde que entrara en el despacho de Cabot, se volvió para enfrentarse

al hombre que le había hecho el amor durante toda la noche.

Y que se había escabullido de esa cama para buscar el despacho de su hermano mientras dormía.

Bajó la ventana. Mejor decir lo que fuera a un volumen normal.

—¿Qué quieres decir?

—Dijiste que el robo no era el motivo del ataque que sufriste en el aparcamiento. Yo

también lo creo así. No tiene sentido que aquellos críos no se llevaran el dinero. No, a

menos que alguien les hubiera prometido una cantidad mayor.

—¿Y por eso crees que pretendían matarme? ¿Que alguien los había contratado para que me matasen?

—Lo que me parece es que había demasiadas cosas en lo del aparcamiento que no

encajaban.

—Pues a mí me parece que sí, si consideramos que ni el robo ni la violencia eran el motivo.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Si alguien contrató a esos críos para poder hacerse el héroe salvador.

Enhorabuena,

por cierto. Funcionó. Me engañaste de cabo a rabo. Hasta que descubrí que habías hurgado

en los expedientes de mi hermano mientras yo dormía.

Él negó con la cabeza.

—Ya te lo he dicho. Si alguien se llevó información de tu casa, no fui yo.

—Y yo te he dicho que sólo puedes haber sido tú.

—Yo no contraté a esos chavales —insistió.

—Pues cuando el señor Cabot y tú averigüéis quién lo hizo, hacédmelo saber.

Y pisó a fondo el acelerador.

Salió de allí sin mirarle, dejando tras ella un ridículo olor a goma quemada de las

ruedas. Y aunque le oyó decir algo, no dio signos de ello tan siquiera mirando hacia atrás.

—Ten mucho cuidado —le advirtió.

Capítulo 8

A lo largo de su vida no había tenido muchas semanas como aquella, en la que todo

había empezado a ir cuesta abajo y a una velocidad endiablada, se decía John mientras

abría la puerta de su piso.

El domingo por la mañana se había despertado en la cama de una mujer que le había

intrigado desde el momento en que la vio en las fotografías que Griff le había entregado.

Una mujer que había salido en su defensa armada tan sólo con una sandalia de tacón.

Incluso había estado dispuesta a una segunda cita a pesar de que lo que había habido entre

ellos no la convencía. Y luego, esa misma mujer y en el mismo día lo había dejado plantado para marcharse furiosa tras acusarlo de robo y engaño. La verdad es que, en lo segundo, tenía razón. No como ella pensaba, pero sí en la naturaleza fundamental de su relación. No le había revelado que estaba investigando la muerte de su hermano, y ahora ella ya no se creería que lo que había ocurrido entre ellos nada tenía que ver ni con el trabajo de Fénix, ni con la fundación de su familia. Todo aquello era sólo una parte de lo que había salido mal, aunque era la parte que peor le hacía sentirse, admitió mientras se servía una generosa copa de *whisky* y la apuraba de un solo trago. Pensó en servirse otra, pero el alcohol poco podía hacer para disfrazar aquel fracaso. Fracaso. Esa era la palabra. Después de pasar tanto tiempo a prueba, al final le habían dado un caso que era potencialmente importante. Una investigación a la que poder hincarle el diente de verdad. Una que por fin parecía mostrar la intención de Cabot de olvidar el incidente con Elizabeth y Rafe Sinclair. Aquella tarde no sólo había perdido el caso, sino su puesto en Fénix. Las palabras de Griff habían sido claras y concisas: «*Pasar la noche con la señorita Lockett no es vigilarla. Y puesto que es algo que no has mencionado en tu informe, deduzco que tú también lo sabías.*» No había reflexionado sobre lo que suponía quedarse sin trabajo. En lo único que había podido pensar de vuelta a casa era en lo que se le había ocurrido mientras escuchaba

la conversación que se había mantenido en el despacho de Griff.
Si existía la más remota posibilidad de que Chad Lockett hubiera sido
asesinado, y no
se había convencido por nada de lo que hubiera dicho Kelly, entonces las
anomalías que
había notado en el comportamiento de aquellos tíos del aparcamiento
resultaban todavía
más chocantes. Y la advertencia que le había hecho a Kelly cuando se
marchaba de
estampida con el coche, todavía más necesaria.
Estaba claro que ella ya lo había condenado. Según Kelly, la había
engañado para
poder entrar en su casa y robar la información del ordenador de su hermano.

Estaba desabrochándose los botones de la camisa y se quedó inmóvil.
Si de verdad
alguien había robado esa información, quería decir que ese alguien tenía
acceso a la casa.
Por eso sospechaba de él. Porque estaba dentro.
La imagen de ella acudiendo en su ayuda con la sandalia en la mano
no lo
abandonaba, exigiéndole que no la dejara en la estacada. Hasta que
descubriera si de
verdad estaba o no en peligro, no iba a dejarla sin protección.
Kelly había conducido sin rumbo durante un par de horas, repitiéndose una y
otra vez
la conversación que había mantenido con Griff Cabot, algunos detalles de la
subasta, las
luces del coche de John apareciendo en el momento oportuno en lo
alto de la rampa, el
forcejeo con aquellos críos...
Todo ello seguido por imágenes de lo ocurrido después: Las magulladuras de
su cara
y de su cuerpo, su intento de curar el corte que tenía sobre la ceja,
su boca acercándose
despacio, sus labios recorriéndole el cuerpo...
Como siempre que llegaba a aquel punto, intentaba bloquear el recuerdo y

volver a la
escena del despacho, a la acusación hecha por Cabot de que su hermano tenía
que ver con
el terrorismo y la negativa de John a reconocer que se había llevado
información del
ordenador de su hermano.

Tras aquel infructuoso círculo, siempre llegaba al mismo punto... Las
palabras de

Cabot: *«Creía que tenías las cosas claras, pero lo que has hecho no
puede llamarse
vigilancia».*

¿En qué parte no habría seguido sus instrucciones: en el engaño, en el robo, o
en la
seducción?

Al final, terminó dándose por vencida, y bajo el aguacero de aquella tormenta
de final

de verano, se dirigió al barrio de la casa de Chad. A pasar otra noche sin
dormir, pensó,

recordando sin quererlo la seguridad que sintió la noche que no durmió sola.

Abrió la puerta que unía el garaje con la casa, encendió la luz, y una vez
cerrada con

llave la puerta, introdujo el código de seguridad de la alarma. Ya
estaba a salvo en la

fortaleza de Chad.

Entonces, ¿por qué demonios no se sentía segura?, se preguntó al entrar en la
cocina.

«Ten mucho cuidado», le había dicho John. No lo había tenido la noche de la
subasta,

y en menudo lío se había metido.

Un lío que por lo menos, había evitado que durmiera sola.

«Sí, claro. Sola, no. Pero con el enemigo».

¿O no lo sería? Desde luego, había negado sus acusaciones. Claro. Al
amenazar ella

con acudir a la policía. Una amenaza que no había cumplido, a pesar
de que tenía

intención de hacerlo.

Y cuanto antes, mejor. Se dirigió al despacho de Chad para llamar

desde allí.

Entonces recordó que John la había convencido para que no denunciase el ataque del aparcamiento. Desde luego, menuda idiota. Había seguido todas sus instrucciones a pies juntillas.

Descolgó el teléfono e iba a marcar cuando se dio cuenta de que antes tenía que decidir qué iba a contarles.

«Le abrí la puerta de mi casa a un desconocido y después mi cama. Hicimos el amor, me robó unos archivos y ahora quiero que lo arresten».

Lo que iban a contestarle es que se diera por satisfecha si no le había cortado el cuello. Y se merecería algo así. No podía creer cómo había podido ser tan estúpida. Tan ingenua. Tan confiada...

Eso era lo que más le dolía. Que había confiado en él, instintivamente y por completo.

Y se había equivocado. ¿Cómo entonces podía confiar en su buen juicio a la hora de depositar su confianza en alguien de la fundación?

Colgó con más fuerza de la necesaria. No tenía por qué hacerlo aquella noche. Si

quería informar a la policía, podría hacerlo a la mañana siguiente, después de haber tenido tiempo de poner las cosas en su debida perspectiva.

Tenía que ser capaz de separar sus sentimientos sobre aquella traición del hecho del

robo de la información. Y tenía que analizar qué impacto tendría una denuncia ante la policía sobre la investigación que Fénix estaba realizando.

Apagó la luz y salió al largo corredor que conducía a los dormitorios, y tomó otra decisión. No iba a dormir en la misma cama que había compartido

con aquel bastardo.

Dormiría en la habitación de Chad.

Al pasar frente al baño, se detuvo. Era el lugar en que se había encontrado a John a la

mañana siguiente. La bañera estaba vacía y silenciosa.

«*Un baño caliente y una taza de té, y olvidarás todos tus problemas*».

Ojalá fuera tan fácil, se dijo, pensando en la larga noche de insomnio que la esperaba.

Claro que no era aquel el único remedio que había mencionado la secretaria de Cabot.

El bourbon era un remedio que no había probado, y si algún día necesitaba dormir especialmente...

Bourbon y un baño, decidió. Una receta mucho más atractiva que el té.

Encendió las velas que el decorador había colocado con pericia en varios lugares del

cuarto de baño antes de apagar la luz y meterse en la bañera de hidromasaje. Quizás el

aroma de las velas y del agua consiguieran rebajar el estrés de aquel día.

Se recostó y apoyó la cabeza en el mismo cojín que John Edmonds utilizó, y

recordando la escena, dirigió la mirada a las baldosas de espejo del techo, y a través de

ellas, al lugar desde el que lo miraba aquella mañana. Así que de verdad no se había

percatado de su presencia.

Un segundo después, pasó a estudiar su propio reflejo. El agua escondía su cuerpo...

Lo mismo que había escondido el de él, a excepción de las contusiones del pecho y de los

hombros.

Molesta consigo misma por no ser capaz de dejar de pensar en él y en lo que había

hecho, se incorporó y respiró hondo. Le había dado una y mil vueltas a todo aquello, y no estaba llegando a ninguna parte.

«Porque no hay parte alguna a la que llegar. Te acostaste con el tipo equivocado, y punto. No eres la primera mujer que comete ese error, y no vas a ser la última. ¡Haz el favor de dejar de darle vueltas!»

Se llevó la copa de bourbon a los labios y tomó un trago largo. El sabor le hizo componer una mueca, pero la quemazón al bajar hasta el estómago le resultó reconfortante.

Al dejar la copa en el borde de la bañera oyó un ruido en la casa. Aunque muy débil, le había parecido el de algo que se rompía. Quizás el cristal de una ventana... ¿El cristal de una ventana?

Se quedó inmóvil. Con tanta atención quería escuchar que hasta dejó de respirar.

Nada. Ningún ruido más, aparte del que hacía la lluvia en el tejado y de algún que otro trueno distante.

Quizás fuese algo que había roto la tormenta. O que había arrastrado el viento. El cubo de basura de algún vecino.

De no ser porque aquel día no había recogido.

«Ten mucho cuidado», le había advertido John.

Se levantó, salió de la bañera y se envolvió en una toalla. Tenía la ropa por allí tirada, pero como le pareció demasiado difícil ponérsela estando húmeda, salió tal cual.

A pesar de estar descalza, avanzó de puntillas, dejando la huella mojada de sus pasos

en el mármol negro, y al llegar junto a la puerta se detuvo a escuchar.

Si lo que había oído era el ruido que hace alguien al intentar entrar en la casa, ¿por

qué no se había disparado la alarma?

Pero también podía ser que sí, que hubiera sonado en la comisaría o en las oficinas de la compañía de seguridad.

En cualquier caso, tenía que llegar al teléfono y llamar a la policía.
Que ellos se encargaran de averiguarlo mientras acudían... Aunque lo que había oído fuese al final el cubo de basura de un vecino arrastrado por el viento.
«Tú llama... Para eso se les paga. Están acostumbrados a mujeres histéricas».
El teléfono más próximo estaba en el dormitorio de Chad. Antes, se asomó despacio al corredor. Estaba completamente a oscuras, iluminado débilmente por un resplandor que parecía provenir de la iluminación de la calle.
A toda velocidad corrió hasta el dormitorio principal, tomó el teléfono inalámbrico y se volvió inmediatamente hacia la puerta. Luego, con la espalda apoyada contra la pared, se agachó hasta quedar oculta en las sombras.
Marcó el 911 y se acercó el teléfono al oído, pero tardó unos segundos en darse cuenta de la ausencia de tono.

Se separó el auricular y pulsó varias veces el botón rojo. Se lo volvió a acercar al oído. Nada.
La tormenta debía haber provocado una avería en la corriente. La otra posibilidad era imposible de pensar: Que alguien hubiese cortado la línea para aislarla.
¿John Edmonds?
A lo mejor había organizado todo aquello para poder montar otro rescate falso. O para que se tomara su advertencia en serio. Aunque también podía ser otro intento de Fénix para encontrar algo en la casa con lo que poder acusar a su hermano de terrorismo.
«¿No se te ha ocurrido pensar que quienquiera que mató a tu hermano podía andar ahora tras de ti?»

Tragó saliva con dificultad. Dejó el teléfono con cuidado para no hacer ruido. No estaba segura de si el sistema de alarma de Chad funcionaba sin línea telefónica y no recordaba dónde había dejado el bolso con el teléfono móvil. Intentó visualizar lo que había hecho al entrar para recordar dónde podían estar su bolso y su maletín. Seguramente en el despacho de Chad. No los llevaba en las manos al quitar la tapa de la botella de cristal que había en el bar del despacho. La imagen mental era nítida y clara. Había dejado el grueso tapón de cristal en el bar mientras se servía el bourbon. Y no recordaba haber vuelto a ponerlo en la botella. ¿Podrá ser eso lo que había oído? ¿El ruido del tapón de cristal al caer al suelo de madera? De haber sido así, ¿se habría roto, a pesar de lo voluminoso que era? ¿Habría sido el golpe lo bastante fuerte para que ella lo oyese desde el baño? ¿Estaba allí hecha un ovillo por la simpleza de no acordarse de tapar una botella? «¡Maldito hijo de perra...!» Él era el culpable de todo aquello. Ella nunca había sido miedosa. No había sentido miedo ni una sola vez durante todas las noches que había pasado sin pegar ojo. Y ahora estaba escondida desnuda en el dormitorio porque creía haber oído un ruido. Y todo por culpa de un bastardoapestoso. ¡Qué locura! Apoyándose en la mesilla, se puso de pie y avanzó sobre la alfombra, ganando confianza a cada paso. Estaba cansada y un poco atontada por el licor, y su reacción había sido desproporcionada, pero no tenía por qué seguir haciendo el idiota. Salió al corredor con todos los sentidos alerta, a pesar de su

determinación de no permitir que la imaginación se desbocase, y al pasar por la puerta del baño, miró sin pensar.

La copa de cristal antiguo seguía donde la había dejado, en el borde de la bañera, y las velas seguían encendidas, confiriendo al mármol negro un brillo sobrenatural y casi espectral.

Automáticamente volvió a mirar hacia arriba, lo mismo que había hecho al entrar. Las llamas de las velas se reflejaban allí, pequeños faros de luz en la oscuridad creada por la tormenta.

Ya iba a echar a andar de nuevo cuando se dio cuenta de que había algo en el espejo que no debería estar allí. Había una forma dentro de la cabina de cristal de la ducha que no estaba antes. Y mientras intentaba asignarle algún sentido, la forma comenzó a moverse y las sombras amorfas se definieron en la silueta de un hombre. Debía haberse dado cuenta de que había un movimiento en el espejo del techo porque en aquel mismo instante alzó la mirada y los agujeros del pasamontañas que le cubría la cabeza revelaron unos ojos negros y sin alma que se clavaron en los suyos a través del espejo del techo.

Capítulo 9

Lo que estaba haciendo aquella noche encajaría a la perfección en la definición que Griff hacía de la vigilancia, pensó John con un sabor amargo en los labios. Y de no ser por la intensidad de la tormenta, incluso podría ver la casa que estaba vigilando.

Se recostó en el asiento y estiró los brazos. Aún le dolían algunos de los golpes del sábado por la noche, a pesar de la aspirina que se había tomado un rato antes, y recordó con añoranza la bañera de hidromasaje que había en la casa. Miró el reloj e intentó imaginar qué estaría haciendo Kelly en aquel momento. La había visto llegar y se había preguntado dónde habría pasado las horas desde que salió de Fénix. Apenas la había visto, pero se había sentido mejor al saber que estaba en la casa. El sistema de alarma sí que era una cosa que había revisado. El domingo por la mañana, mayormente por curiosidad y porque de sistemas de seguridad sabía mucho. Aquel era uno de última generación, tal y como se podía esperar de alguien como Chad Lockett. Lo cual significaba que no tenía mucho sentido estar allí bajo aquel aguacero. Eran más de las diez, y ella había metido el coche en el garaje, lo cual querría decir seguramente que no iba a volver a salir. A juzgar incluso por lo oscuro que estaba el interior de la casa, cabía la posibilidad de que ya se hubiera ido a dormir. A dormir. Por un momento el recuerdo de lo que había ocurrido entre ellos sustituyó la oscuridad y el ruido de la lluvia en el techo de su coche. Pero no podía permitirse pensar en algo así, porque si se dejaba llevar, acabaría llamando a su puerta, y ella llamando a la policía. Pero no pudo evitarlo. No pudo bloquear la imagen de lo preciosa que estaba con aquel vestido rojo. Y sin él también. De cómo se había movido bajo su cuerpo, respondiendo a cada una de sus demandas. De aquellas inesperadas lágrimas.

¿Lloraría por su hermano?, se preguntó. Su pérdida era reciente e inesperada. Una pérdida muy difícil de asimilar. Según recordaba del material que le habían entregado, Chad era toda su familia. Había algunos primos lejanos, pero ni siquiera vivían cerca. Con lo cual no tenía familia y sólo unos cuantos amigos en Washington, y estaba intentando asumir el control de una organización que movía millones de dólares y que podía estar relacionada con actividades terroristas. La organización en sí y su querido hermano. No era de extrañar que se hubiera echado a llorar. Desde luego, a mucha gente le resultaría imposible sentir lástima por alguien tan privilegiado como Kelly Lockett, y le sorprendió sentirla él. Si necesitaba consuelo podía permitirse pagar a alguien para que se lo prestara, pensó

con cierta amargura al poner el motor del coche en marcha. Porque después de lo ocurrido aquella tarde, esa persona no iba a ser él. Darse cuenta de que había alguien en la ducha y su reacción ante ese hecho fue algo que ocurrió casi en la misma décima de segundo, espoleado todo por la adrenalina que ya circulaba por su sangre desde que salió de la bañera. Huir o enfrentarse. Y lo mismo que le ocurrió en el aparcamiento, supo inmediatamente qué elegir. Tenía una ventaja sobre su adversario: Conocía la casa. «¡Dios! Espero conocerla mejor que él...», se dijo mientras corría ya. Dispondría sólo de unos segundos antes de que él abriera la puerta de la cabina de la ducha y saliera tras ella. Segundos en los que buscar un lugar donde esconderse en aquellas habitaciones.

El corte en el suministro eléctrico fue una bendición porque la casa quedaba totalmente a oscuras.

La elección de la dirección a tomar fue instintiva, pero sin dejar de oír los pasos del que la seguía. Incluso pudo ver en algún momento el haz de luz de la linterna que llevaba al detenerse en la puerta de algunas habitaciones que ella había pasado de largo y asegurarse de que no estaba. Eso le dio unos cuantos segundos más de tiempo.

Cocina, trastero y garaje, decidió mientras corría.

Una puerta se abría desde el garaje a la parte trasera de la casa. De allí, al bosquecillo que rodeaba las casas y finalmente al arroyo que corría al pie del barranco. Las hierbas y los arbustos estarían muy crecidos con el calor del verano. Allí no podría encontrarla, y menos con la cobertura de la tormenta. Si conseguía salir de la casa antes de que él la alcanzara...

Entró en la cocina y sus pasos descalzos sonaron en el suelo de cerámica. En la oscuridad no pudo ver el cubo de basura metálico hasta que no tropezó con él y lo derribó.

Se apoyó en él para recuperar el equilibrio, apretando los dientes para aguantar el dolor del pie y siguió corriendo.

La puerta del trastero apareció de pronto frente a ella, y mientras con la mano derecha abría el cerrojo, con la izquierda intentaba quitar la cadena, pero le temblaban tanto las manos que le estaba costando trabajo sacarla.

El ruido que hacía su perseguidor se intensificó, lo mismo que la velocidad de su respiración mientras peleaba con la estúpida cadena.

Por fin consiguió sacarla de su carril y al soltarla, se golpeó contra el marco de la

puerta. Ojalá no lo oyera quien la seguía.

A pesar del pánico, se tomó el tiempo necesario para cerrar la puerta. Dejarla abierta

sería darle la pista de dónde estaba.

Pasó por delante de la lavadora, la secadora y el congelador para llegar a la puerta del

garaje. Gracias a Dios, sólo estaba echado el cerrojo. Salió y volvió a cerrar.

Luego se detuvo a escuchar y para ello contuvo la respiración. No se oía nada. Puede

que las puertas bloquearan los ruidos, o que lo hubiera despistado.

«Por favor, que esté en la piscina, o en cualquier otra parte».

Bajó el único escalón y pisó el cemento del suelo, y mientras echaba de nuevo a

correr, se ató con más fuerza la bata.

La puerta que daba al exterior tenía cristales en la mitad superior y apoyó la frente

sobre las manos para mirar.

No se veía nada en la oscuridad excepto la cortina de agua que caía con renovada

intensidad sobre el tejado del garaje, así que descorrió el cerrojo y abrió hacia dentro la

puerta para salir.

El aguacero era tremendo y miró hacia la calle. Había unos cuantos coches aparcados

pero no se veía encendida ninguna luz en las casas vecinas. Mejor dirigirse al bosque que

arriesgarse a salir a la calle desierta y encontrarse todas las puertas cerradas.

Avanzaría pegada al seto hasta alcanzar los árboles. Allí podría darle esquinazo.

De pronto oyó un ruido. ¿Una puerta, o quizás el mismo cubo de basura con el que

ella había tropezado en la cocina?

Fuera lo que fuese, bastó para ponerla en movimiento. Corrió hacia el seto que

quedaba al final del césped, alto y oscuro.

Aunque la finalidad del seto era asegurar la separación de las dos fincas,

quedaba un espacio entre sus ramas y la valla decorativa de madera que había entre ambas y empujó con fuerza para salir, con las ramas arrancándole la piel de las piernas y el pecho. Pero apenas se dio cuenta. Sólo tenía atención para cualquier ruido que proviniera de la casa. Al salir al otro lado, se dio cuenta de que si alguien hacía lo mismo que ella, la vería perfectamente correr hacia el bosque. Indecisa una vez más, miró hacia la casa más próxima. Estaba también a oscuras pero los arbustos del jardín, que llevaban allí años, ofrecían un buen sitio para esconderse y le pareció mejor opción que correr hacia el bosque descalza y medio desnuda.

«*No tienes tiempo. ¡No tienes tiempo!*»

Tenía que elegir, y apenas había dado un paso en dirección al bosque, alguien se abrió paso por el hueco que quedaba entre la valla y el seto. Kelly gritó e intentó echar a correr, pero su huida fue imposible. En la oscuridad, alguien la sujetó por la cintura, y por mucho que se debatió, fue imposible soltarse. Cerró con fuerza el puño e intentó golpear la cabeza de su agresor, pero sólo consiguió acertarle en el hombro. Fue entonces cuando se dio cuenta de que ya no llevaba el pasamontañas. Cuando iba a golpearlo de nuevo, se volvió hacia ella con los ojos medio entornados para evitar la lluvia.

—¿Pero qué demonios te pasa?

Edmonds. A pesar de sus sospechas, no había pensado que fuera el hombre que se escondía en la ducha. ¿Estaría esperando a que volviera a la bañera para matarla?

Aterrorizada, completó el movimiento y le acertó con todas sus fuerzas en un

lado de

la cabeza. Su brazo aflojó y lo oyó quejarse, pero se recuperó mucho más rápidamente que

ella, la sujetó por un brazo y tiró. Kelly aterrizó contra su cuerpo.

La herida de encima del ojo se había abierto, obviamente por el golpe que acababa de

darle. El agua de lluvia mezclada con la sangre le resbalaba por la mejilla.

—¡Basta! —le gritó, zarandeándola por los hombros, pero al ver que ella seguía

peleando, decidió sujetarla por las muñecas—. ¿Pero qué diablos haces aquí fuera?

En el miedo que parecía haberla paralizado reverberaron sus palabras.

¿Pero qué

diablos haces aquí fuera? No era la pregunta de un hombre que la hubiera venido

persiguiendo desde la casa.

No llevaba pasamontañas. Su camisa era blanca, mientras que le había dado la

impresión de que la figura que se escondía en la ducha iba vestida de negro.

Pasamontañas

negro, ropa negra... ¿Sería posible que...?

Él negó con la cabeza.

—¿De qué huyes?

—Un hombre —jadeó—. Estaba escondido en la ducha.

Él miró brevemente a la casa antes de mirarla a ella.

—¿Estás segura?

—Lo vi en el espejo del techo.

—Vamos —dijo él.

Le soltó una mano y tiró de la otra hacia la calle. No corría, pero sus pasos eran tan

largos que ella tuvo que hacerlo para seguirlo.

—¿Adónde?

—Al coche.

—¿Y qué pasa con ese hombre?

—¿Has llamado a la policía?

—No tengo luz.

—Entonces llamaremos desde el coche y esperaremos a que lleguen. Por alguna razón, se imaginaba que iba a entrar a la casa en su busca, algo completamente absurdo, desde luego. Y aquí sólo ella hacía estupideces. El hombre podía estar armado. Podía no ir solo. Y no tenía ni idea de dónde podía estar. Quizás no estuviera ya ni dentro de la casa. Fuera como fuese, John tenía razón. Aquello era ya cosa de la policía. Abrió la puerta del conductor y la ayudó a subir, empujándola hacia el asiento del acompañante y subiendo tras ella inmediatamente. El pico de la bata de baño quedó atrapado bajo su peso, y al querer avanzar, el cinturón se soltó y dejó al descubierto su pecho.

Él había estirado el brazo derecho hacia la guantera y sacó de ella un arma. Un arma enorme. Agarrándose al volante, se incorporó, la mirada fija en la casa, y se pasó el arma a la mano izquierda mientras buscaba seguramente el teléfono móvil en la parte central. Incapaz de encontrarlo entre el lío de piernas y toalla mojada, apartó un instante la mirada de la casa para buscarlo. Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba expuesta de cintura para arriba. Se quedaron mirándose un instante, y fue él quien dejó de hacerlo para levantarse y que pudiera sacar el extremo de la bata. No volvió a mirarla. Había encontrado el móvil y marcaba mientras ella terminaba de pasar al otro lado. Luego le oyó dar los datos de la calle y de lo que ocurría sin dejar de mirar hacia la casa. Cuando terminó, Kelly se sentía menos vulnerable. Más segura. Y él era la

explicación del cambio.

—Ya vienen —dijo.

Ella asintió. No sabía qué decir. O le había salvado la vida ya dos veces, o era el mejor artista interpretativo. Aunque era muy difícil lo segundo teniendo en cuenta que trabajaba para Cabot, y que a ella se lo habían recomendado muy encarecidamente como hombre de integridad y honor.

—Te sangra el ojo —le dijo.

Igual que hizo la noche anterior, se llevó la mano a la herida.

—No pasa nada.

—Deberían haberte dado puntos.

El silencio se extendió entre ambos tras aquella observación tan tonta. El corte estaba cerrado antes de que ella se lo abriera.

—Lo siento —se disculpó—. Creía que...

Dejó que la frase quedara en el aire porque le costaba trabajo poner en palabras lo que había estado pensando.

—Que era yo el que te perseguía.

Lo que de ningún modo iba a explicarle era que había pensado desde el primer momento, desde que oyó el ruido del cristal al romperse, que él tenía algo que ver, y que no se trataba sólo de una confusión de identidad con el hombre del pasamontañas.

Mientras esperaban a la policía, con la lluvia cayendo torrencialmente sobre el techo de la furgoneta, fue convenciéndose de que se había equivocado. Que había sido desagradecida y desconfiada, con un hombre que había acudido dos veces en su defensa cuando estaba muy necesitada de ayuda.

—Gracias —le dijo.

Hiciera lo que hiciese, creyeran lo que creyesen Cabot y él sobre su hermano, estaba

en deuda con él, y se estremeció en parte por el frío de la bata empapada y en parte por el

horror que había visto en aquellos espejos del cuarto de baño.

Él había apartado la mirada de la casa, y tras echar otro rápido vistazo a los alrededores, alcanzó en el asiento de atrás la americana que llevaba puesta aquella tarde.

Kelly estuvo a punto de rechazarla, pero no era capaz de dejar de temblar.

Tenía frío y

estaba más asustada y más confusa de lo que lo había estado en toda su vida.

Él la miró a los ojos sin soltar la chaqueta y después, usando ambas manos a pesar de

la incomodidad del arma, la abrió como si la invitase a ponérsela.

—Ven.

Pronunció la palabra en voz baja, pero fue una orden igual que la que le dio en el

aparcamiento de que se subiera a su coche y Kelly dudó menos de dos segundos antes de morder el anzuelo.

Se puso de rodillas y se cerró más la bata, a pesar de frío y la humedad, y él la rodeó

con la chaqueta y tiró de ella para sentarla sobre sus piernas.

Quizás fuera una locura, pero ella acudió a sus brazos de buen grado, acurrucándose

contra el calor de su cuerpo, apoyando la cabeza en su hombro y dejando que su olor, ya

familiar, la rodease.

Era un olor a jabón o a champú. A algo limpio, desde luego, y muy masculino. Algo

que le recordaba con demasiada nitidez la noche que habían pasado juntos.

Él la había abrazado entonces al notar que las lágrimas se le escapaban de los ojos

cerrados. Lloraba por Chad. Por sí misma seguramente. Por todo.

No le había preguntado por qué, sino que se había limitado a ofrecerle consuelo, y

ella, instintivamente, supo entonces que pasara lo que pasase, aquel hombre

era lo bastante fuerte para protegerla y mantenerla con bien. Lo mismo que lo supo en aquel momento.

Capítulo 10

La policía llegó y se marchó. Revisaron la casa de arriba abajo con sus linternas y no encontraron prueba alguna de que hubiera habido un intruso. Nada estaba forzado. Nada que pudiera explicar el ruido de cristales rotos que había oído. Era como si se lo hubiera imaginado todo. Y ella incluso llegó a preguntarse si sería cierto. Al menos debería haber un rastro de pasos sucios de barro entrando en la casa, pero no habían encontrado absolutamente nada. John había permanecido callado durante todas las preguntas, aunque desde luego había prestado más atención que los policías a la historia que ella contaba. Parecía costarles trabajo seguir la secuencia de los hechos, a pesar de que ella los iba llevando físicamente por la casa. El pequeño rastro de humedad que había dejado sobre la alfombra que había junto a la mesa del dormitorio de su hermano seguía visible, pero los policías parecían más interesados en observar la habitación en su conjunto. El precio de la fama. Seguro que recordaban la historia del accidente de Chad. Cuando por fin se quedaron sin preguntas, le dejaron una tarjeta con el número de teléfono de la comisaría y le dijeron que llamase si recordaba algo más. Apenas una hora, y se habían marchado. —No me lo he inventado —le dijo a John, empujada por la necesidad de defender su

cordura.

—Y yo no lo he pensado en ningún momento.

—Pero ellos sí.

—La policía trabaja en un mundo de hechos a demostrar. Es necesario.

Tienen que

limitarse a buscar pruebas.

—Y en este caso, no las hay —sentenció.

Estaba empezando a costarle trabajo creer que alguien podía entrar en su casa sin

dejar ninguna huella.

—Sin embargo, nosotros trabajamos con hechos probables —continuó él—.

Alguien

te atacó después de la subasta, y puesto que no consiguieron su objetivo, era probable que

volvieran a intentarlo.

Ella no dijo nada, intentando conciliar su evidente preocupación con la rabia que

había sentido hacia él toda la tarde.

John debió notar sus reticencias porque dijo:

—Te juro que yo no contraté a esos críos.

—Tampoco me dijiste que trabajaras para Fénix.

—No era relevante.

—¿No era relevante que estuvieras investigando a mi hermano? ¿Que pensaras que

era un terrorista? ¿Cómo no va a ser eso relevante?

—Porque lo que pasó entre nosotros...

Esperó, pero como no parecía dispuesto a terminar la frase, ella lo animó.

—Porque lo que pasó entre nosotros...

—No tenía nada que ver con tu hermano. Ni con la investigación.

—Entonces... ¿Con qué tuvo que ver?

—Lo sabes tan bien como yo.

—Una gran pasión —se burló.

—Pues es una descripción bastante acertada.

—Pero no tan exacta quizás como engaño.

—Sólo sobre la investigación. Y fue una omisión, más que un engaño.

—Puedes llamarlo como quieras, porque el resultado final es el mismo.

—¿Y cuál es?

«*Recuerdos que preferiría no tener. Y la pérdida de la fe en alguien en quien*

confiaba». Esa era la base de su rabia. Que creía que él era alguien especial. Alguien

dispuesto a ponerse en peligro por una desconocida.

—Traición —contestó.

Él asintió como si lo que acabara de oír tuviera sentido.

—No puedes quedarte aquí esta noche.

—¿Cómo?

La había pillado desprevenida el cambio de tema.

Al parecer, él había aceptado su explicación y quería pasar página.

—No hay luz, por un lado, y la alarma no funciona.

—¿Por el apagón?

—Eso no habría afectado al sistema.

—Entonces, ¿por qué no saltó?

—Porque estaba desconectada.

—Estaba conectada cuando yo llegué.

—Entonces, alguien la desconectó.

Aquel pensamiento la asustó tanto como la imagen enmascarada del cuarto de baño.

Para desconectar el sistema, había que conocer el código.

—¿Cambiaste los códigos al venirte a vivir aquí?

—No.

Ni siquiera lo había pensado.

—¿Y las cerraduras?

—No había razón...

—Entonces no sabes quién puede tener llaves de la casa o información sobre las

alarmas.

—Chad era muy cuidadoso con esa clase de cosas.

—Y Chad está muy muerto.

Su forma de expresarse había sido brutal, pero Kelly sabía que tenía razón. Si alguien

en quien su hermano confiaba había sido lo bastante despiadado como para matarlo,

volvería a serlo para hacerlo de nuevo. Por los mismos motivos, o para evitar que su participación en el crimen saliera a la luz.

—Al fin y al cabo, sabemos que alguien entró en la casa y se llevó información del ordenador —le recordó.

Una cosa más de la que lo había acusado a él. De hecho, aún no estaba convencida del todo de que no hubiera sido él. Y quizás él lo viera en su cara y por eso hizo la siguiente pregunta:

—Porque es así, ¿no?

—Falta un disquete —confesó—. Que alguien se lo haya llevado es lo único que se me ocurre. Que alguien lo utilizara para grabar información del disco duro de mi hermano.

No sugirió que podía estar equivocada, y ella no supo si sentir gratitud porque la creyera o tomar su disposición a creerla como una prueba de su culpabilidad. Quizás había aceptado su explicación tan rápidamente porque ya sabía lo que había ocurrido.

—¿Pero han borrado los ficheros originales? —le preguntó.

—No lo sé —admitió.

No se le había ocurrido mirarlo.

—Entonces, lo mejor es que lo averigüemos.

La policía le había dado unos minutos para vestirse después de registrar la habitación.

Mientras se dirigían al despacho, Kelly se dio cuenta de que llevaba muy poca cosa debajo de la bata que se había puesto sin pensar, y por extraño que pueda parecer, el hecho de que

John la conociese íntimamente hacía ese hecho mucho más embarazoso.

—¿Qué guardaba tu hermano en el ordenador? —le preguntó, sentándose frente a la pantalla.

—Pues un poco de todo. Su agenda, sus finanzas personales, archivos de *El*

Legado...

—¿Oficiales? —preguntó, mientras tecleaba pidiendo una lista de las carpetas.

—Sí, pero los que yo usaba eran los de mi hermano. Anotaba cuánto dinero se

recogía y a quién se entregaba. Desde el principio de la organización.

—¿Tenía copias de seguridad?

—Si las tenía, yo no las he visto —contestó—. ¿Están ahí?

—No sé. Mirando por encima, da la impresión de que no hay nada que parezca un informe financiero. Y sin copias de seguridad...

—Tengo las mías. Por eso me di cuenta de que faltaba un disco.

—¿Cómo? —preguntó, mirándola.

Tocó la caja que tenía junto al monitor.

—Cuando intentaba aclararme con los fondos que han recibido de *El Legado* las

distintas organizaciones con las que trabajamos, utilicé disquetes de distintos colores para

copiar la información de cada organización. Así me resultaba más fácil organizarme. La

última vez que trabajé con esas carpetas, tenía en la caja dos disquetes rojos.

Cuando vine

por mi cartera aquella mañana, sólo quedaba uno.

—¿Estás segura?

—Así es como me di cuenta de que algo estaba pasando.

—¿El qué?

—Cuando la fundación empezó, Chad escogió cinco organizaciones a las que destinar

el dinero que se recogiera. Hasta hace un año, el dinero se distribuía a partes iguales entre ellas.

—¿Y qué pasó?

—Pues que aparece una nueva organización y se lleva la parte más grande del pastel.

—¿Qué clase de organización?

Kelly dudó. Tuvo la sensación de que estaba a punto de hacer algo

irrevocable, lo mismo que había sentido en el despacho de Cabot.

—Con sede aquí, en Washington. Puede que hayas oído hablar de ella. Se llama *La Alianza*.

John apartó la mirada del monitor.

—¿Sabes lo que es esa organización?

No lo sabía, pero había investigado un poco después de descubrir el desvío de fondos.

Lo poco que había conseguido saber de ellos no había sido fácil de encontrar. No se

hablaba de ellos en los medios porque trabajaban en la tramoya, pero no por ello carecían

de influencia. Cualquiera que llevara el tiempo que John llevaba trabajando en

Washington, sabría lo poderosos que eran.

—El mayor patrocinador del Día de la Oración y del Camino Cristiano. Y de otra

docena de proyectos similares. Sé quiénes son, lo que hacen y lo bien que lo hacen.

—¿Era un hombre religioso tu hermano?

—No, especialmente.

—Pero desviaba... ¿Cuánto? ¿Un par de millones de dólares a un grupo cuyo

propósito es extender la influencia de los judeocristianos en la ciudad?

—Con la subasta de este año hemos conseguido ocho millones —le dijo, y él volvió a

sorprenderse de nuevo—. Si el reparto se hiciera siguiendo la misma fórmula del año

pasado, más de un ochenta por ciento iría a parar a sus manos.

—Si Chad estuviese vivo.

Ella asintió.

—Pero puesto que por desgracia, no lo está, ¿qué va a pasar?

—Que soy yo quien decide a donde va a ir el dinero. Ayudada por el consejo.

—¿Y te han ayudado mucho?

—Yo diría que demasiado —reconoció—. Cada miembro tiene su

organización

favorita, para la que casi todos trabajaban antes de que Chad los invitase a participar en el

consejo. Algunos han insistido mucho en que se cambie el reparto actual.

—Deduzco que has hablado con ellos individualmente.

—Con casi todos.

—¿Y a alguno de ellos le has dicho lo mismo que a Griff?

Tardó un segundo en darse cuenta de a qué se refería.

—¿Que creo que Chad fue asesinado?

John asintió.

—No tengo pruebas. Es sólo una sensación de... —Prefirió no seguir. No quería que

se diera cuenta de hasta qué punto carecía de pruebas—. Chad y yo estábamos muy

unidos. Lo conocía mejor que a nadie en el mundo. Hablábamos todas las semanas. Pero

tras su muerte, nada de lo que me decían los miembros del consejo, sus amigos e incluso

la policía, encajaba, con él. Que estaba destruyendo *El Legado* al cambiar la fórmula del

reparto. Que se tomó una sobredosis de medicación antes de subirse al avión...

—Entonces, ¿no has hablado expresamente de tus sospechas con nadie? ¿Ni siquiera

con Daniels?

Mark y ella habían hablando de la muerte de Chad, sobretodo de lo difícil que era

creer que ya no estuviera con ellos. Se habían consolado hablando.

Seguramente en algún

momento le diría que le parecía poco probable que el accidente se debiera a un fallo del

piloto, pero de ahí a deducir que pensaba que lo habían asesinado, iba un buen trecho.

—No abiertamente —contestó, intentando recordar si había utilizado la palabra

asesinado con alguien aparte de Cabot—. Lo que sí le dije a Catherine era que necesitaba

un detective privado.

—¿Catherine?

—Catherine Suttle. Es miembro del consejo y conoce a todo el mundo en esta ciudad.

Es la que me dio el nombre de Cabot.

—¿Le dijiste por qué necesitabas un detective?

—Creo que le dije que quería obtener respuesta a unas cuantas preguntas que tenía sobre la muerte de Chad. El informe de la policía científica tardará aún unos cuantos meses, y no se me ocurrió pensar que pedirle a alguien que investigara el accidente podía ser peligroso. Y aunque lo hubiera sospechado...

—No habrías pensado que decírselo precisamente a ella fuera peligroso.

—Chad y ella eran amigos desde hacía años.

—¿Y lo era también de los demás miembros del consejo?

—Todos eran amigos suyos. Al menos, lo fueron.

—¿Hasta cuándo?

—No sé. Supongo que hasta que cambió el reparto de fondos.

—Hasta que tu hermano entró en contacto con *La Alianza*.

—Lo más raro es que no he encontrado pruebas de la relación de mi hermano con esa organización. Y las he buscado, créeme.

—¿Y si hubiera alguien a su alrededor que pudiera influirle?

—Nadie que yo sepa podría ejercer esa influencia sobre él. Claro que tampoco hay publicada una lista de miembros.

—Casi medieval.

—¿Cómo?

—Una organización religiosa y secreta operando en el corazón de Washington.

Siempre me ha parecido un anacronismo.

—Chad nunca habría apoyado algo así —respondió, completamente convencida.

—Entonces, tenemos que averiguar por qué lo hizo.

—No se parece en nada a la casa de tu hermano —se disculpó John al abrir la

puerta.

Él no podría permitirse jamás algo parecido, y en condiciones normales ni siquiera le

llamaría la atención el contraste. Ni siquiera se había planteado nunca qué pensaría otra persona de su casa o de su forma de vida.

Al entrar por primera vez en aquel piso, lo que más le gustó fue que el edificio era

antiguo, de principios de siglo o algo así. Las habitaciones eran amplias, de techos altos,

suelos de madera y con chimeneas que funcionaban. Pero al mirarlo a través de sus ojos,

se dio cuenta de que salía mal parado de la comparación con el lujoso apartamento en que

ella vivía.

—Es precioso —dijo Kelly—, pero... No es como me lo esperaba.

—¿En qué sentido?

—Supongo que pensaba que a todos los hombres solteros les gustarían las mismas cosas que a Chad.

—¿De verdad?

Ella se sorprendió.

—Mi casa no se parece nada a la de Chad.

—¿La de Connecticut?

Kelly asintió.

—Es una granja restaurada. Muy sencilla.

—¿Vives en una granja? —le preguntó, sorprendido.

—Antes era una granja. Ahora es un hotel de cama y desayuno.

Aquella información se unió a lo poco que iba sabiendo de ella. Su valentía, el amor

que sentía por su hermano, un amor que la había empujado a colocarse en una posición

que debía haberle resultado muy difícil.

—¿Dónde dejo mis cosas? —preguntó ella, apartándose de nuevo de lo personal.

No había mucho donde elegir. Sólo había un dormitorio, porque el

otro había sido transformado en despacho. Pero el sofá del salón tenía cama. Ya tenía decidido dejarle su cama y dormir él en el sofá para que se sintiera más cómoda tras una puerta cerrada.

Era evidente que ella no quería quedarse en la casa de su hermano sola, y él le había ofrecido la suya por varias razones. No había modo de saber quién podía tener copia de las llaves de la casa de su hermano, o quién conocía el funcionamiento de las alarmas. Ella había sugerido la habitación de un hotel, pero él se sentía mejor ofreciéndole su protección en un lugar que conocía como la palma de su mano.

Nadie los había seguido, y lo único que les quedaba por solventar era la incomodidad de ella por la noche que habían pasado juntos. Pero en eso no podía hacer nada.

—El dormitorio está ahí —le dijo, llevándole la bolsa.

Ella lo siguió hasta la puerta y al ver él que se detenía y miraba hacia el interior, intentó verlo a través de sus ojos.

No es que fuera una tacita de plata en limpieza, pero la señora que se ocupaba de ello había estado aquella mañana. No había nada que pudiera hacerla dudar; nada excepto la cama y los recuerdos que pudiera evocar.

—Hay cerrojo —le dijo, intentando él también bloquear aquellos recuerdos.

Ella se volvió a mirarlo.

—Gracias.

Entró y él la siguió para dejar su bolsa encima de la cama.

—Sólo hay un cuarto de baño.

Ella asintió, aquella vez sin mirarlo. Parecía estar examinando las ventanas.

—Es la salida de incendios, pero no se puede acceder desde el suelo. Las ventanas están cerradas.

—Debes pensar que soy una histérica, pero no puedo dejar de pensar en el hombre de

la ducha. Si al menos comprendiera quién o por qué...

—No creo que seas una histérica.

Ella asintió y hubo otro de aquellos incómodos silencios. Quizás debería marcharse.

—El baño está saliendo al recibidor a la derecha —le dijo, y salía ya de la habitación

cuando lo detuvo su pregunta.

—Dejé una copa de bourbon en el borde de la bañera. No sé si tú...

—¿Quieres una copa?

—Es que no quiero pensar. No quiero recordar lo que ha pasado, y menos aún qué hacía ese hombre allí.

—Me temo que para eso no tenga suficiente bourbon.

—A mí me basta con muy poco. ¿Por qué no lo intentamos?

Capítulo 11

John se despertó sobresaltado. No estaba seguro de haber oído algo; quizás sólo un

ruido distinto a los que estaba acostumbrado a oír en el edificio.

Antes de incorporarse, empuñó la Glock que se había colocado bajo la almohada.

Miró a su alrededor. No parecía haber nada fuera de lo normal. Se volvió hacia la puerta.

El cerrojo y la cadena seguían tal y como él los había dejado.

Se levantó de la cama empuñando el arma, listo para cualquier cosa.

Descalzo,

caminó despacio hasta la puerta del recibidor. Una vez allí, se detuvo, intentando oír una

repetición de lo que lo había despertado.

La puerta del dormitorio de Kelly estaba entreabierta. Miró al baño. Su puerta estaba

de par en par y la habitación a oscuras, como él la había dejado antes de irse a dormir.

«No puede ser», se dijo al avanzar con la espalda pegada a la pared.

Nadie podía haber entrado allí. Pero, a pesar de todo, sintió un escalofrío. Al llegar frente a la puerta del dormitorio, esperó de nuevo. Luego dio un paso con decisión, golpeó la puerta con el pie descalzo y ésta se abrió. Con la adrenalina a toda velocidad por las venas, entró. Todo parecía estarse desarrollando a cámara lenta. La luz de la luna entraba por las rendijas de las contraventanas de madera, iluminando la cama vacía. Giró despacio para examinar los rincones de la habitación. Nada. El único lugar que le quedaba por examinar era el armario. Ya no tenía que cuidarse de no hacer ruido, teniendo en cuenta cómo había abierto la puerta, de modo que fue hasta el armario y lo abrió. Nada. ¿Por qué diablos se estaría escondiendo? Aún en guardia, cruzó la habitación y se detuvo. Si no ocurría nada, Kelly debería estar allí ya. Tenía que haber oído el golpe de la puerta. ¿Dónde estaba? Salió al recibidor y entró en el baño. Vacío también. Sólo quedaba por buscar en el despacho. Tenía que mirar allí como simple precaución antes de mirar en el resto de la casa. Y antes de que el miedo comenzase a apoderarse de él. La puerta del despacho estaba cerrada. Apoyó la oreja en la madera y con la mano izquierda hizo girar el pomo. Debía haberse dejado abiertas las contraventanas la última vez que trabajó allí, porque la luz de la luna entraba a raudales. Una forma desconocida apareció en un rincón. Ya tenía la pistola amartelada para disparar y apuntó ante sí antes de darse cuenta de que se trataba de Kelly.

Antes de dejar de apuntar, miró a su alrededor. No había nada raro.
—¿Qué pasa? —preguntó, bajando el arma—. Kelly, háblame —insistió.
Dio un paso hacia ella. Sus ojos, pozos oscuros en un rostro bañado por la luz
de la
luna, siguieron su movimiento como con temor.
Dio otro paso, y luego otro. Al final, sin entender qué demonios
estaba pasando, se
detuvo delante de ella.
La luz lunar le reveló lo que no había podido ver desde la puerta. Unos
reveladores
hilos de agua brillaban en sus mejillas y le recordaron las lágrimas
que había vertido la
noche que hicieron el amor.
—¿Te ha ocurrido algo? —preguntó una vez más.
Ella negó con la cabeza. Tenía una de las almohadas de la cama entre el
pecho y las
rodillas, y John se imaginó que debía habérsela llevado para ahogar el sonido
del llanto.
Por eso se había escondido allí. Para estar lo más lejos posible de él.
—¿Quieres hablar de ello?
Una pregunta absurda, porque ya sabía cuál iba a ser la respuesta. Negativa.
—No te va a pasar nada aquí, te lo prometo.
—Lo sé —susurró.
—¿Has tenido un mal sueño?
Toda la noche debía haberle parecido un mal sueño. Puede que también los
dos meses
que habían transcurrido desde la muerte de su hermano.
—No me gusta llorar.
Con el dorso de la mano, se limpió la nariz, y hubo algo en aquel gesto que la
hizo
mostrarse increíblemente frágil. Más humana. Susceptible a padecer los
mismos miedos e
inseguridades que el resto del mundo, a pesar de su riqueza.
—Deberías volver a acostarte —le dijo, ofreciéndole una mano para que se
levantara
—. Intenta dormir un rato.
Ella no aceptó la mano, sino que se volvió hacia la ventana y tras un instante

respiró

hondo y dijo:

—Vete. Estoy bien, no te preocupes.

John lo pensó un momento y decidió sentarse junto a ella con la espalda

apoyada en

la pared. Aunque dejó la pistola sobre las piernas, no soltó la empuñadura.

Permanecieron en silencio una eternidad, ambos mirando por la

ventana, ella

intentando recuperar el ritmo normal de la respiración.

—Sólo tenía a Chad —dijo de pronto—. Nuestros padres murieron en una

avalancha,

escalando una absurda montaña en Italia. Una expedición ridícula, siendo una

pareja con

dos hijos. Eran demasiado jóvenes y demasiado guapos para morir, y

yo no se lo he

perdonado todavía.

—¿Cuántos años tenías?

Ella seguía con la mirada perdida más allá del cristal.

—Ocho. Chad, catorce. Demasiado joven para ser padre.

—¿Fue un padre para ti?

—Lo intentó. No dejó de intentarlo.

—Pues si fue él quien se encargó de educarte, hizo un buen trabajo.

Entonces sí se volvió a mirarlo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque se me da de maravilla juzgar a la gente —contestó, sonriendo. Pero ella no

le devolvió la sonrisa—. Sé que no te encoges ante las

responsabilidades, aunque te las

hayan impuesto. Podrías dejar que los miembros del consejo y los abogados

se ocuparan

de todo, pero no lo has hecho. Sé que eres lista y que tienes más

valor que muchos

hombres que conozco. Y si te vienes abajo, esperas a que el peligro

haya pasado. Y lo

haces en privado.

Ella no dijo nada y siguió mirándolo.

—Cuando te dejamos, claro —añadió, intentando conseguir que volviera a sonreír,

pero fracasando de nuevo.

—¿Por qué dices que tengo valor?

Parecía interesada de verdad.

—He dicho que eres lista y que tienes valor. Esta noche has salvado la vida al salir de

la casa antes de que te encontrara. Y para eso es necesaria inteligencia y valor.

—Pánico es lo que hace falta. Solamente.

—El pánico no te permite pensar. Huir es instintivo, pero huir usando la cabeza es inteligencia.

—Pero no valor.

—Entonces, ¿cómo definirías lo de salir en mi defensa con una sandalia?

Entonces sí que se echó a reír, lo cual le hizo sentirse mucho mejor.

—Eso es estupidez. No podía quedarme allí viendo cómo te enfrentabas a esos tíos

por mí y sin hacer nada para ayudarte.

—Pues podrías haberlo hecho. Es más, mucha gente es precisamente lo que habría hecho.

—Y mucha gente habría pasado de largo al ver lo que ocurría.

John no contestó. Era demasiado lista para no relacionar las cosas. Y no lo desilusionó.

—Pero tú no podías pasar de largo. No estabas allí por casualidad.

—Te vi marchar.

—Y me seguiste.

Sonaba a acusación.

—Digamos que me marché al mismo tiempo que tú.

—Porque yo era la razón de que estuvieras en la subasta —concluyó, no sin cierta amargura.

No tenía sentido negar lo evidente.

—Griff me dio la entrada junto con el trabajo. Se suponía que debía

vigilarte a
distancia.

—A eso se refería hoy.

—¿Griff?

—Lo oí desde fuera: «*Lo que has hecho, no puede llamarse vigilancia*».

—Griff no podía esperar de mí que no interviniera en el caso del
aparcamiento.

—Entonces... No le has contado que te viniste a mi casa.

—Lo que pasó esa noche no formaba parte del trabajo.

—¿Me estás diciendo que no pensaste ni una sola vez que te resultaría útil
acercarte a

la hermana del hombre al que estabas investigando?

—Claro que se me ocurrió —admitió.

Pero no tenía nada que ver con que le hubiera hecho el amor. Y de
eso ella era tan

responsable como él. Pero aquel no era momento para recordárselo.

Ella volvió a reír con aspereza.

—Seguro.

—Pero no me quedé por eso.

—¡Ah, claro! Fue sólo un asunto pasional, ¿verdad?

—No me pareció que tú fueras precisamente alérgica a esa pasión —espetó.

¿Por qué no habría mantenido cerrada la boca, que era lo que pretendía? No
es que

fuese agradable escuchar cómo tergiversaba sus intenciones, pero no tenía
por qué atacarla

de ese modo.

—Lo siento —dijo—. Lo que he dicho ha estado fuera de lugar.

Hubo un instante de silencio.

—Así que niegas que hacerme el amor formase parte del plan.

—Nada de lo que ocurrió estaba planeado —respondió. Era imposible haber
planeado

algo así—. Griff jamás me perdonaría algo así.

—Pero la espontaneidad sí, ¿no?

—Yo no debería haber entrado en contacto contigo. Transgredí los
límites de mi

trabajo en varios sentidos, y eso a Griff no le gusta. Así de sencillo.

—Entrar en contacto —se burló—. ¿Es eso lo que le has dicho que ocurrió?

—Fuiste tú quien le contó lo ocurrido.

—No todo.

—Lo suficiente.

—Pues parece haber sobrevivido bastante bien a su enfado.

Era el momento perfecto para hacerle saber que ya no trabajaba para Fénix.

Pero no

estaba seguro de cómo reaccionaría ella.

—¿No? —insistió.

—Yo siempre sobrevivo —respondió, arrogante.

—¿Te enseñaron en la CÍA?

—Yo no he trabajado para la agencia.

—Creía que todo el personal de Cabot provenía de la CÍA.

—¿Quién te lo dijo? ¿Catherine Suttle?

—Supongo —contestó, frunciendo el ceño como si pensara la respuesta

—. Es

evidente que se equivocaba.

—Yo soy la única excepción.

—¿Y eso?

Era lo mismo que le había preguntado Frigg. Y Elizabeth Richards. Aún no tenía una

respuesta convincente de por qué había querido entrar a formar parte de

Fénix. O lo que lo

había mantenido en la organización los últimos meses, intentando

ganarse de nuevo el

favor de Cabot.

—Me gustaba lo que intenta hacer Fénix. Me parecía importante. Estaba bien utilizar

las habilidades que los agentes de Cabot habían adquirido a lo largo

de los años, para

ayudar a la gente. Y quería participar.

—¿Y te aceptaron aunque no provenías de la CÍA?

Podría haberle contestado montones de cosas distintas, todas teñidas de

desilusión por

el momento en que se encontraba. Y precisamente por eso, quedaban mejor

sin decir.

—Me costó convencerlos.

—¿Esperabas ganarte puntos con Cabot montando aquella escenita de seducción?

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Lo que ocurrió aquella noche no tenía nada que ver con el trabajo.

—¿Y ahora?

A pesar de la naturaleza ambigua de la pregunta, sintió que su cuerpo reaccionaba a las posibles connotaciones.

—¿Ahora? —repitió.

—Sí. Me refiero a lo de venir y sentarte aquí y charlar. A tu preocupación.

¿Es lo que

Cabot te ha dicho que tenías que hacer?

—Cabot ya no me dice lo que tengo que hacer.

La pausa fue más larga en aquella ocasión.

—¿Por qué?

—Ya le oíste tú: Porque no le gustan mis vigilancias.

—¿Estás diciendo que... Te ha despedido?

—Ya estaba en la celda de castigo. Esto sólo ha sido el empujón final.

—¿Qué habías hecho? Para que te metiera en la celda de castigo, quiero decir.

—Lo mismo que he hecho esta vez. Tomar una decisión que iba más allá de lo que se

suponía que tenía que hacer.

—Si no estás trabajando para Fénix, ¿qué hacías delante de mi casa?

—Estaba allí porque nunca me creí que esos críos actuaran por cuenta propia.

—Así que estabas vigilando la casa...

—Para asegurarme de que nadie decidiera volver a intentarlo.

—Pero alguien lo ha hecho —volvió a mirar por la ventana—. Intentaste avisarme y no te creí.

—Si te sirve de consuelo te diré que no esperaba que lo intentasen tan pronto.

Alguien está muy asustado.

—Yo —contestó, mirándolo.

—No voy a permitir que te ocurra nada.

Era fácil hacer aquella clase de promesa vaga, pero sabía que ella la necesitaba en

aquel momento. Además, lo había dicho con la mano en el corazón.

—Si ya no trabajas para Cabot, podrías trabajar para mí.

No había razón por la que sentirse ofendido, pero no lo pudo evitar.

No le había

pedido dinero, y no iba a hacerlo. No quería que su relación se basara en eso.

Y tampoco podía verse en el papel de empleado. Quizás por exceso de arrogancia,

pero él era así.

—Yo no sé nada de organizaciones benéficas —dijo, confiando en que se diera cuenta

de lo que quería decir.

—No me refería a que trabajases para la fundación, sino para mí personalmente.

Personalmente... Llevaba siendo personal desde el pasado sábado por la noche. Y

seguía siéndolo.

—¿Haciendo qué?

—Guardaespaldas. Seguridad personal. Llámalo como quieras.

—No quiero llamarlo de ningún modo. No me parece buena idea —contestó,

levantándose del suelo.

—¿Por qué?

—No estoy haciendo esto porque necesite trabajo.

—¿Entonces, por qué?

Él volvió a ofrecerle la mano, y aquella vez la aceptó.

—Ya conoces mi defecto —contestó—: Ayudar a las mujeres en peligro.

—Eso es muy loable, pero no significa que no puedas recibir una compensación.

A pensar de la lógica de su respuesta, había algo en ello que le ponía los pelos de

punta. Quizás no quería pensar en el abismo económico que los separaba.

¿Y eso qué podía importar? No es que fueran a tener una relación larga durante la que

podiera preocuparle quién pagaba o dejaba de pagar. La verdad era que no

tenía trabajo y
ella le ofrecía un salario por unos servicios que necesitaba. Ni más, ni menos.
Pero claro, en aquella relación nada le parecía ya simple. Había dormido
teniéndola
en sus brazos. Había acariciado cada centímetro de su cuerpo con los
labios. Iba a
resultarle imposible pensar en ella como en la jefa.
Aunque también cabía la posibilidad de que estuviera pensando en otra cosa.
Quizás
recordara como él la noche que habían pasado juntos. Y se decidió a hacer
una pregunta.
Una pregunta que sabía que iba a lamentar.
—¿Y en qué clase de compensación estabas pensando?
—Imagino que tú sabrás bien cuál es el salario que se ajusta a esa clase de
servicios
—contestó ella, tensa.
—Así que yo mismo debo fijar el precio. ¿No es eso?
Hubo un largo silencio.
—Podría enterarme, supongo —dijo al fin—, pero estoy dispuesta a pagarte
lo que tú
creas que vale el trabajo.
—¿Lo que valga tu seguridad?
—Hombre, dicho así... Entiendo que lo que te pido es arriesgado.
—Eso no me preocupa.
—Entonces, ¿qué es lo que te preocupa? Porque es obvio que hay
algo que te
inquieta.
Él asintió mirándola a los ojos, y ella ladeó la cabeza, expectante.
Muy despacio, se colocó la pistola en la espalda, sujeta por la
cinturilla de los
vaqueros, y tiró suavemente de ella por los hombros.
—Esta no es la clase de compensación a la que me refería —protestó,
empujándolo
por el pecho.

—Lo sé.

—¿Entonces?

—Voy a hacer lo que te he dicho: Ocuparme de tu seguridad. Pero no puedes contratarme.

—Eso no tiene sentido.

—Puede que no, pero son mis condiciones.

—¿Por qué?

—Porque cuando haga esto, no quiero que intentes despedirme.

Acercó su boca a la de ella, a pesar de que seguía empujándolo. Por un momento sus

labios se mantuvieron fríos e inertes hasta que de pronto los entreabrió y dejó de

empujarlo. Casi al mismo tiempo fue bajando con las manos siguiendo sus costados,

acariciándolo, y cuando hundió las puntas de los dedos por dentro de la cinturilla del

pantalón, John se quedó sin respiración, y la excitación que había sentido hasta entonces

pasó a ser una erección en toda regla que pugnaba por abrirse paso más allá del viejo

tejido que la contenía.

La acercó más a él y ella le dejó hacer, separados sus pechos sólo por el fino camisón

de algodón que llevaba ella.

John quería más. Quería lo que habían tenido aquella noche, e iba a deshacerse de

aquel impedimento cuando ella retrocedió de pronto y lo sujetó por las muñecas.

—No.

Tenía la respiración entrecortada. La oyó bien en el silencio que siguió a su orden.

—No —insistió con más suavidad.

Él obedeció y de mala gana se separó un poco. Ella se cubrió los pechos con los

brazos, pero no apartó la mirada de él.

—Esto no va a volver a ocurrir.

—¿Porque no has disfrutado con ello?

Sabía cuál iba a ser su respuesta, porque no le había quedado ninguna

duda de lo
mucho que había disfrutado.
—Aquella noche fue... Una aberración.
Él se echó a reír y fue a acariciarle la mejilla, pero ella se apartó.
—Pues donde yo he nacido, no se le llama así —bromeó.
—Una aberración para mí, quiero decir. Yo no hago esa clase de cosas.
—Quién lo diría...
Estaba siendo cruel, pero no le importó. Estaba intentando controlar la
inevitable
reacción ante el rechazo y sus desagradables efectos colaterales.
—Si de verdad vas a ocuparte de lo que hemos hablado, creo que no sería
inteligente

que volviéramos a... Estar juntos.
—¿Por qué?
Obviamente no tenía respuesta para eso y no intentó inventársela.
—No debería haber ocurrido. Tanto si me crees como si no, yo no hago esa
clase de
cosas. No lo hago —insistió.
—¿Te refieres a hacer el amor con desconocidos?
El sarcasmo era palpable.
—Sí.
—Entonces, yo fui una excepción.
—Ya te dije por qué ocurrió.
—¿Porqué te sentías sola? ¿Aliviada, quizás? ¿Agradecida?
—Entre otras cosas. Muchas otras cosas.
A pesar de que estaba enfadado y desilusionado también, tuvo que admitir lo
que le
estaba diciendo. Era cierto que le habían caído sobre los hombros un montón
de cosas. Y
no quería tenerla en la cama si la única emoción que la movía era la gratitud.
—Pues ya me lo dirás.
—¿El qué?
—Cuando no sea por gratitud, ni por soledad. Ni una aberración. Estaré
cerca.
Y salió de la habitación. Esperaba que lo llamara, pero no lo hizo. Bien. Pero
ella no

era la única que tenía sus principios. Puede que de verdad no hiciera el amor con desconocidos. Quizás aquella noche había sido una aberración para ella. Jamás le había suplicado a una mujer para que se acostase con él y no iba a empezar con aquella, por mucho que le gustase.

Capítulo 12

La despertó la luz del sol y el silencio. Tardó unos segundos en recordar dónde estaba y por qué, y un poco más en acordarse de lo que había pasado la noche anterior. Aun así, fue un despertar mejor que el de la mañana que siguió a la noche que pasaron juntos. Al menos no tenía remordimientos. O no del mismo tipo. Debía pensar de ella que era la mujer más hipócrita del mundo. Unas noches antes le había entregado todo para después no permitirle tan siquiera que la tocara. Pero lo peor era lo tentada que se había sentido de rendirse. Su beso había arrastrado en tropel recuerdos de la necesidad y el deseo que había experimentado aquella noche. John le había hecho el amor como ningún otro hombre. Había sabido en cada momento lo que le apetecía más, casi antes de que lo supiera ella misma. Y la noche anterior había deseado estar con él con una desesperación que la sorprendía y la asustaba. Casi tan tentador como los recuerdos de la noche que habían pasado juntos era la certeza de que en sus brazos, dormiría a pierna suelta, igual que le había ocurrido la otra vez. Sintiendo arropada en su abrazo, la mejilla apoyada sobre el firme latido de su corazón, consolada por el calor de sus cuerpos, protegida por su fuerza.

Pero en lugar de disfrutar de todo eso, se había pasado la noche dando vueltas y más vueltas. Cada vez que se adormecía, la despertaba la pesadilla de aquellos ojos acentuados por los agujeros del pasamontañas, clavados en los suyos a través del espejo. Se estremeció al recordarlo y decidió levantarse inmediatamente. Se vistió, se lavó los dientes y se peinó un poco. Al salir al vestíbulo no oyó nada, aunque creyó que olía a café. Sí. John debía estar ya levantado. Por lo menos no se lo encontraría dormido en el sofá. Pero tampoco en la cocina. Buscó todo lo que necesitaba y se sirvió una taza de café. A juzgar por dónde estaban guardados la leche y el azúcar, él debía tomarlo solo. Y teniendo en cuenta el nivel de la cafetera, debía haberse tomado al menos dos tazas ya. A lo mejor había salido, pensó, entrando de nuevo en el salón. La cama del sofá estaba ya recogida y todo en orden. También podía estar en el despacho, trabajando con el material que ella había copiado del ordenador de Chad, pero no le hacía ninguna gracia ir a comprobarlo. De todas las habitaciones de la casa, aquella sería el lugar más difícil en el que enfrentarse a él. Después de lo que había pasado la noche anterior, el reencuentro iba a ser duro, de modo que sólo estaba retrasando lo inevitable. Llamó a la puerta y esperó. Cuando él le dijo que entrara, lo encontró trabajando en un ordenador, que a la luz del día, parecía tan moderno como el de su hermano.

—El cerrajero llegará a las once a cambiar las cerraduras de la casa de tu hermano —
le informó, y sin mirarla, empujó un papel hacia ella—. Los códigos de

seguridad ya los
he cambiado.

—Gracias —contestó ella sin hacer caso del papel.

Aun desde donde estaba, podía decir que lo que había en el monitor eran los
mismos

números que ella había estado estudiando durante las dos últimas
semanas. Sólo con

verlos, se le ponía el estómago patas arriba.

—Quiero que te reúnas con tu consejo —dijo—. ¿Puedes arreglarlo?

—Prefiero no pensar en ellos como mi consejo.

Entonces la miró.

—¿Tan mal lo llevas?

—Sólo con algunos —se acercó a él, consciente de que había seguido
sus

movimientos con la mirada, pero ella no apartó los ojos del monitor—.

Y no puedo

culparlos. Pelean por lo que creen que es justo, pero volver a oírles
protestar sobre los

fondos de la fundación...

«...*Me hace dudar de Chad*».

Había estado a punto de terminar así la frase casi sin darse cuenta.

Hasta aquel

momento, nunca había admitido conscientemente que albergara dudas sobre
la inocencia

de su hermano.

Parpadeó varias veces para arrancar la mirada de las columnas de
cifras. Sólo

entonces se dio cuenta de que John la mirada intrigado.

—Oírles protestar sobre los fondos de la fundación...

—Me pone de los nervios —completó, y aunque también era verdad,
no lo era

completa.

—¿Alguno de ellos apoya a *La Alianza*?

—No.

—Por lo tanto, no fueron ellos quienes intervinieron para que el dinero fuese
a parar a

sus manos.

—Dicen que el reparto de fondos era siempre decisión de Chad.

—¿Y tienes alguna razón para dudar de ello?

«*Sólo que me niego a creer que mi hermano estuviese metido en algo malo*».

Claro que cambiar el destino de los fondos, no quería decir que necesariamente

estuviera haciendo algo deshonroso. Los miembros del consejo no le habían dado a

entender algo así. Que pudiera tener que ver con actividades terroristas había sido cosa de

Fénix.

—¿Qué ocurrirá si encuentras algo? —le preguntó, señalando las cifras del monitor

con un gesto de la cabeza.

—¿Algo incriminatorio?

—Algo como lo que Cabot sugirió.

—Pues que le informaré a él.

No había mostrado duda alguna en la respuesta, al igual que tampoco la encontró en

los ojos oscuros del hombre que la había dado.

—Pero tú ya no trabajas para Cabot.

No hubo cambio en su expresión, ni intentó defender o explicar lo que acababa de

responder.

—¿O es esa la razón de que no quieras trabajar para mí? —aventuró—. ¿Es que tus

objetivos no han cambiado?

—Yo sólo tengo un objetivo, y ese no ha cambiado. Pero para alcanzarlo, tengo que

entender por qué alguien querría atacarte.

Le había dicho que iba a protegerla, y estaba convencida de que iba a ser así. La

verdadera pregunta era, si quería contar con su experiencia aun a costa de la reputación de

su hermano y de la destrucción de todo lo que había creado. Porque no podía conservar

ambas cosas. No podía negar que Chad estuviese envuelto en actividades

terroristas, y al mismo tiempo negarse a que se investigara la organización que dirigía.

—Estoy empezando a pensar —continuó John—, que si crees que la muerte de tu hermano estuvo relacionada con *El Legado*, y yo también lo creo, puesto que ahora eres tú el objetivo de los ataques, sólo hay dos líneas de investigación posibles.

—¿Cuáles?

—Que alguien creyera que Chad iba a volver a darle el grueso de los fondos a *La Alianza*, o bien todo lo contrario... Que iba a dejar de hacerlo.

La primera aseveración era la misma que ella se había hecho. El desengaño y la indignación de algunos de los miembros del consejo señalaban en esa dirección.

—Lo que quieres decir es que si alguien lo asesinó, fue bien por evitar que el dinero fuese a parar a *La Alianza*...

—O porque alguien dentro de esa organización se enteró de que iba a dejar de hacerlo.

Una organización secreta que recibía grandes sumas de dinero que eran prácticamente ilocalizables. No tenían que dar explicaciones de a dónde iba a parar su dinero o de dónde provenía. Al menos, no en su totalidad.

Si Chad, por alguna razón, había empezado a desconfiar de ellos y hubiera hecho el comentario con la persona equivocada de que no iba a transferir los fondos, la donación más cuantiosa de la historia de la fundación, el cuadro que John esbozaba era tan plausible como el que ella había imaginado.

—Tenemos que considerar ambas posibilidades —continuó John—. Los miembros del consejo, las organizaciones destinatarias del dinero y muy especialmente *La Alianza*...

Y la relación de tu hermano con todos ellos.

No podía hacerse lo uno sin lo otro. Sólo le quedaba confiar en que Chad fuese el hombre que ella siempre había creído que era.

—Entonces, ¿a qué estamos esperando?

—Vamos a los nombres de más peso específico —anunció John, apartando la mirada de la pantalla.

Había metido en el ordenador la información que ella le había ido facilitando,

incluida una lista de los miembros honorarios del consejo, elegidos por la relevancia que

podían dar sus nombres y sus firmas en una carta destinada a sacar dinero de los bolsillos de la gente.

Chad era quien añadía el glamour. Y él también quien había convencido a algunos de

los más distinguidos ciudadanos, incluido un vicepresidente, de que prestaran sus

nombres, si no su esfuerzo, a su causa. No tenía ni idea de cómo iba a utilizar John toda

aquella información o por qué le parecía importante, pero le había facilitado todo lo que le había pedido.

En aquel momento estaban llegando ya al corazón de la organización, a las personas

que controlaban de verdad sus esfuerzos por reunir dinero. Y Kelly se dio cuenta de que

cada palabra que pronunciara sobre esas personas, tenía el potencial de dirigir a John en la dirección equivocada.

—Hugh Donaldson. Su empresa lleva las cuentas.

—¿Y es miembro del consejo?

—¿Tan raro te parece eso?

—Puede que no para una organización como *El Legado*, pero en condiciones

normales, sí.

Kelly estaba sentada en un taburete alto de la cocina que había colocado al lado de la

mesa y mientras él tecleaba, tuvo la oportunidad de estudiar su perfil.

El puente de su nariz estaba un poco torcido, como si se la hubiera roto en algún

momento. En una ocasión comentó que había estado en el ejército, así que quizás hubiera

ocurrido entonces.

—Nunca lo había pensado —admitió—. Me pareció... No sé.

Conveniente. Nos

ahorraba dinero. Además, las cuentas son su especialidad, y ¿por qué no se iba a

aprovechar la fundación de su experiencia?

—Por conflicto de intereses, quizás.

—Hugh no se beneficia de los fondos que recoge nuestra fundación.

Ni siquiera

recibe compensación alguna por los servicios que presta. Dice que es esa su contribución.

—Y por supuesto, es él quien firma las cuentas.

Claro. Se sintió estúpida por no haber caído en ello.

—¿Y cuál es su organización favorita?

—Se llama *Nueva Esperanza*. Trabaja con niños que han tenido sus primeros

problemas con la ley. Niños a punto de meterse en problemas más serios.

—¿Por qué? —preguntó, al tiempo que escribía el nombre.

—¿Por qué los ayuda?

—¿Por qué es su organización favorita?

Intentó hacer memoria de lo que Chad le había contado a lo largo de los años. Se

había dado cuenta, casi en el mismo momento en que se hizo cargo de aquella

responsabilidad, que no había prestado la suficiente atención a su hermano para tener en

aquel momento la información que necesitaba.

—Creo que una vez él fue uno de esos críos —contestó—. Mira, no estoy

segura de poder decirte por qué cada miembro del consejo apoya a una organización determinada. Si es importante, puedo...

—No pasa nada. Con que me des tus impresiones, vale. Todo lo demás puede contrastarse, pero necesitamos empezar por algún punto. ¿Cuál es su opinión sobre *La Alianza*?

Intentó recordar de nuevo, pero no lo consiguió. Hugh había sido uno de los miembros que menos había expresado su opinión sobre la controversia del cambio de reparto.

—Pues no lo sé. Lo único que puedo decirte es que defendía que se aportase más dinero para *Nueva Esperanza*.

—¿Nada de comentarios desagradables?

—Al menos, no a mí.

—¿Alguno de los miembros ha sido crítico abiertamente?

—¿Sobre *La Alianza*, o sobre la distribución?

—Ambas cosas.

—León Clements. Parecía muy enfadado por el modo en que se había tomado la decisión.

—¿Enfadado con Chad?

—Enfadado porque se hubiera dejado influir. Puede que enfadado sea un término

demasiado duro. Ha sido muy... Crítico con el modo en que se han hecho las cosas.

—¿Quién más ha sido crítico?

—Nadie más. Al menos no abiertamente, o delante de mí.

—¿Y Catherine Suttle?

—¿De verdad crees que Catherine Suttle puede tener algo que ver con el terrorismo?

O con el asesinato de Chad. ¡Qué absurdo!

—No pensarás que van a llevar un cartel colgado del cuello.

—No me gusta que me trates con paternalismo —espetó.

—Entonces, no hagas juicios de valor sobre quién puede estar o no implicado.

Limítate a contarme lo que sepas sobre estas personas.

Kelly respiró hondo.

—Catherine Suttle lleva toda la vida en las altas esferas de Washington. Conoce a todo el mundo, y todo el mundo la conoce a ella, desde los últimos cuatro presidentes hasta los miembros del senado. Nació en Beltway, y es una de los pocos que creció aquí.

—Hija del respetado senador Elijah Suttle.

El tono era el mismo con el que le había recordado las posibles implicaciones de

Donaldson, y también en aquel caso, su burla estaba justificada.

Elijah Suttle había sido la quintaesencia del político de carrera, mucho antes incluso

de que ese término se hubiera acuñado. Bien podría haberse inventado para definirlo a él.

Había servido con un montón de presidentes y llevaba más de cuarenta años siendo

una de las voces más poderosas del senado. Esa herencia y su propio encanto había hecho

de Catherine una de las personas más apreciadas por aquellos que habían conocido a su

padre, así como de las dos generaciones de nacidos en Washington que sólo habían oído

hablar de él.

—Su también respetada hija —dijo ella.

Fuera cual fuese la reputación de su padre, Kelly nunca había oído a nadie hablar con

duresa de Catherine.

—¿Y también buena amiga de tu hermano?

—Y mía —añadió, recordando la amabilidad de Catherine, uno de cuyos gestos había

sido facilitarle el nombre de Cabot—. De hecho, ha sido el miembro del

consejo que más
me ha apoyado.

—¿Y a *La Alianza* también? Porque, sean quienes sean, puede que conozca a
más de
la mitad.

—No lo dudo, pero no ha hablado en su defensa.

—¿A favor de quién habla ella?

—De las Becas Suttle. Tuvo un único hijo, que era artista y murió joven, creo
que de

SIDA. Me parece que es esa la razón de que se interesara por las
artes. Eso y su
formación, desde luego.

—Y a pesar del cambio en la distribución de los fondos, ¿siguió
apoyando a tu
hermano?

—Ha sido la presidenta de la subasta de este año. Creo que eso habla de su
nivel de
compromiso.

—¿Estaba a cargo de la seguridad?

—Como responsable final de la subasta, sí, pero los detalles se habrían
delegado a

algún subcomité. Lo único que puedo decirte es que estando ella a cargo, la
seguridad no

se habría descuidado. Creo que Catherine redactó el manual de
procedimientos para esas

funciones. De hecho, tenía pensado preguntarle por qué no había personal de
seguridad en
el aparcamiento.

—Porque sólo tenían contrato hasta las doce —le contestó—. Está en su
contrato.

—¿Lo has revisado?

—Me parecía importante.

Y lo era, por supuesto, pero no por eso Catherine pasaba a ser sospechosa.

—¿Tenía vicepresidente la subasta?

—No, pero el siguiente en la cadena de mando sería Trevor Holcomb.
Es abogado.

No estoy muy segura de cómo se llama el bufete para el que trabaja, pero sé que ya es

socio. Seguramente su nombre aparecerá ya en la puerta.

—Silverberg, Holcomb, Sloan y Moss —contestó John, y sin esperar a su

confirmación, tecleó el nombre en el ordenador.

—Exacto.

—¿Son judíos?

—No lo sé.

—¿Estaría la seguridad a su cargo?

—Ni idea —contestó, con la sensación de que sí que debería saberlo.

—¿Tiene alguna organización favorita?

—Si la tiene, no lo ha dicho.

—Bien. ¿Queda alguien?

—Bertha Reynolds. Es una mujer muy abierta y parlanchina, tanto que sólo se le

puede consentir a una mujer de su edad.

—¿Abierta en qué sentido?

—En la última reunión del consejo, habló sobre el cambio en la distribución de los

fondos. Dijo que había recibido muchas quejas porque la gente contaba con el dinero que

solía recibir para desarrollar determinados programas.

—¿Las organizaciones no tenían noticia de que iban a ver recortados sus fondos?

—Parece ser que no. Hablaron con algunos de los miembros del consejo, quienes a su

vez hablaron con Chad.

—¿Y cuál fue su respuesta?

—Que ya se había tomado la decisión. Y según Hugh Donaldson, quien al parecer

también había recibido quejas, se había tomado por razones de peso.

—Razones que no se habían compartido con nadie.

—Al menos no con él. Según he visto en los archivos de mi hermano, cada año

analizaba la situación particular de cada uno de los destinatarios del dinero teniendo en

cuenta cosas como dónde conseguían el resto de su financiación, o a qué organización se

le iban a poner más difíciles las cosas.

—¿Y tu hermano no ofreció ninguna explicación de por qué había contravenido su propia norma?

—Pues al menos a mí, no. Y se lo pregunté. León me dijo que había sido por política.

—¿Política de quién?

—No se limitó a los miembros del consejo —contestó, intentando recordar sus palabras exactas—. Sólo dijo que alguien había movido los hilos para afectar al resultado.

—Alguien del consejo o alguien de fuera.

—¿Alguien de *La Alianza*?

—Nadie sabe quién.

—Obviamente alguien que tuviera cierta influencia sobre Chad. Si al menos pudiera ver una lista de nombres...

—Es una organización medieval. En el sentido más literal de la palabra, quiero decir.

Una sociedad secreta, semirreligiosa, a la que no se sabe quién pertenece.

—¿Por qué?

Se diría que en la era de los ordenadores, esa clase de cosas no podían mantenerse en secreto.

—Por protección, quizás. O por no querer que se sepa que se tiene una tendencia

religiosa determinada. Los fundadores no querían que se utilizara la organización como

tapadera para las ambiciones políticas de aquellos que fingieran ser devotos sin serlo.

—De ese modo, si nadie sabe quién pertenece a esa organización, nadie puede aprovecharse de su pertenencia.

—Reza sólo dentro de tu armario. Y no dejes que tu mano derecha sepa lo

que hace tu
mano izquierda.

—Aportaciones secretas.

—Que no son deducibles en la declaración de la renta. Das porque quieres dar, y no por lo que puedas conseguir con ello.

—Eso es...

—¿Arcaico?

—¿Quién contribuiría en esos términos?

—Gente a la que no le haga falta una rebaja en los impuestos. Gente que no quiera

explotar, políticamente o de cualquier otro modo, sus convicciones profundas. ¿Te suena conocer a alguien así?

Kelly negó despacio con la cabeza. No se le ocurría una sola persona de las que había

conocido desde que llegara a Washington que le pareciera tan devota de una causa.

—Entonces, puede que fuera esa la razón por la que necesitaban a tu hermano.

Capítulo 13

A pesar de que era pleno día y de que John iba a su lado, Kelly tuvo que hacer acopio de valor para abrir la puerta de la casa de Chad. En cuanto metió la llave en la cerradura,

el recuerdo de lo que había pasado la noche anterior se transformó en una barrera casi física que le impedía entrar.

Sintió un indescriptible alivio cuando encendió la luz del vestíbulo. Un gesto tan

sencillo le devolvió gran parte de la confianza perdida, lo suficiente para traspasar el

umbral. Aunque sabía que quienquiera que hubiera estado en la ducha ya no estaría allí, el

miedo le dejó inconsistentes las rodillas.

—Ya he insertado los nuevos códigos —le dijo John.

Estaba estudiando la respuesta del sistema de seguridad a los nuevos códigos que había introducido. Nuevas cerraduras. Nuevos códigos. ¿Por qué entonces no se sentía a salvo?

—Bien —dijo, a duras penas.

—Quiero echar un vistazo.

No quería perderlo de vista, así que lo siguió.

Fueron directamente al baño, que era lo que Kelly esperaba que hiciese. La policía lo

había revisado a la luz de las linternas la noche anterior, y teniendo en cuenta las

limitaciones en las que se habían visto obligados a trabajar, no era de extrañar que no

hubiesen encontrado ni rastro del intruso. Pero había estado allí, demonios, se repitió al

ver a John examinar el interior de la ducha.

Ella se quedó en la puerta, incapaz de traspasar el umbral, y al poco miró al espejo del

techo. En él se veía reflejado al hombre que salía de la cabina de la ducha y la miraba con

preocupación. La misma preocupación que lo había empujado a vigilar su casa.

Siempre parecía estar presente cuando más lo necesitaba. Esa certeza le contrajo la

garganta, una sensación que solía preceder a las lágrimas. Se había puesto a cuatro patas y

tenía la cabeza ladeada, casi paralela al suelo para examinar el mármol negro del suelo de

la ducha.

—¿Qué buscas?

—Huellas.

La policía había insistido que no había huellas que condujeran hasta la casa, a pesar

de la lluvia y del consiguiente barro. Pero él...

—¿Cómo ibas a encontrar huellas en la ducha y no fuera? —le preguntó.

—Agáchate y mira la superficie del mármol —le dijo.

Ella obedeció. Utilizando el reflejo de las luces del techo sobre la piedra, descubrió lo

que él había visto. Aunque no había huellas en el sentido convencional, sí que se veía que

alguien había andado sobre la brillante superficie del mármol.

—¿Ha venido alguien a reparar algo desde que se utilizó por última vez la ducha?

—No. Al menos desde que yo estoy en la casa.

—Y no tendrás la costumbre de ducharte con zapatos, ¿verdad? —bromeó.

—¿Es eso lo que estás viendo? ¿La huella de un zapato?

—No está tan claro, pero las impresiones parecen tener un patrón. Hay que

conservarlas.

—¿Y cómo podemos hacerlo?

—Si conseguimos enfocar una cámara en el ángulo correcto, podremos sacarles una

fotografía. Puede que no baste para usarlo ante un tribunal...

—Pero basta para demostrar que alguien estuvo aquí.

Él la miró sorprendido.

—Yo nunca lo he dudado.

Pero la policía sí.

—¿La llevaremos a la comisaría? La foto, quiero decir.

—No van a hacer nada con ella. Tendrían que tener algo con lo que compararlas para

poder abrir el caso. ¿Tenía cámara tu hermano?

—Digital. De las mejores —añadió.

Como todo lo que Chad compraba. Y en aquel caso, se alegró de que así fuera.

Ya había encontrado la cámara e iba de vuelta al baño cuando sonó el teléfono. Su

primer impulso fue dejar que contestara el contestador, pero puesto que estaba en el

dormitorio, se acercó a la mesilla y descolgó.

—¿Diga?

—¿Dónde demonios te has metido?

La pregunta de Mark Daniels la llenó a partes iguales de irritación y ansiedad. Aquel

hombre tenía un horrible complejo de hermano mayor.

—¿Y tú qué tal estás, Mark? Yo también me alegro de hablar contigo.

—Me he pasado la noche intentando localizarte, Kelly. Perdóname por estar tan preocupado por ti.

Su sarcasmo era casi similar al de ella, pero no por eso dejó de lamentar no haberse

imaginado que llamaría y que se preocuparía.

—Lo siento —dijo—. Es que me quedé sin luz y no quise quedarme aquí a oscuras.

Era obvio que su explicación lo pilló desprevenido por el silencio que la siguió.

—Podrías haberme llamado —le dijo, ya menos enfadado—. Habría ido a buscarte y

habrías dormido en mi casa.

—No me ha hecho falta —se limitó a decir.

John había aparecido en la puerta del dormitorio y enarcó las cejas.

Kelly tapó el

auricular y formó en silencio la palabra Mark. Él asintió, pero no se marchó.

—¿Ya está todo arreglado, entonces? —preguntó Daniels.

—Eso parece —le contestó, intentando darle la menor información posible.

—Ibas a llamarme para que nos viéramos.

Se le había olvidado que quería verla.

—Lo siento —dijo, intentando parecer arrepentida—. He tenido mucho que hacer.

—¿Qué tal te ha ido la reunión del consejo?

—Supongo que bien. La subasta fue un éxito.

—¿Se han enfrentado a ti por el dinero? Por cómo se hace el reparto, quiero decir.

—No han tenido la oportunidad, porque todavía no he tomado la decisión final a ese respecto.

—No permitas que te manipulen. Chad te dejó a cargo de todo, y si quieres que te

acompañe a la próxima reunión, sólo...

—Te agradezco el ofrecimiento, pero como tú dices, Chad lo dejó todo en mis manos.

—Sólo quería ayudarte, cariño. Ya sabes que tu hermano y yo éramos muy buenos amigos y que...

—Lo sé —volvió a interrumpirlo—. Mira, Mark, si no te importa, te llamaré más tarde. Estoy esperando a una persona.

No hubo respuesta al menos durante cinco o diez segundos.

—Espero que no sea a Edmonds.

—No, pero es interesante que lo digas.

Miró al hombre que aguardaba apoyado en el marco de la puerta a que terminase de hablar con los brazos cruzados.

—No es lo que parece.

—¡Ah!

—No te líes con él.

—Me gustaría saber por qué lo dices.

—He andado investigando un poco después de verlo en tu casa. Para empezar, es

detective privado, y eso me hizo replantearme el episodio del aparcamiento. Podría

haberlo preparado él para encontrar un modo de presentarse.

Esa conclusión era obvia.

—¿Y por qué iba a hacer algo así?

—Estoy intentando averiguar si fue simplemente porque quería conocerte, o si podría

tener algún otro motivo. Pero mientras, mantente alejada de él.

—Te agradezco la preocupación, Mark.

No estaba dispuesta a aceptar órdenes tuyas, pero aquella batalla ya la libraría en otro

momento. Aun así, algo de su resentimiento debió impregnar sus palabras porque Mark se dio por aludido.

—No te molestes por lo que te digo, Kelly, que sólo estoy haciendo

lo que Chad
habría querido que hiciese.

—Chad siempre pensó que era responsable de mí, y en su caso era comprensible,

dada nuestra situación, pero tú no eres mi hermano, Mark.

—Es lo último que querría ser, créeme.

—Entonces creo que deberías ir pensando en dar marcha atrás.

De nuevo otro silencio.

—La verdad es que en este momento me resulta muy difícil. Estoy preocupado por la

relación que puedas tener con un hombre del que no sabes nada.

—A eso exactamente es a lo que me refiero.

—Esperaba que nosotros... Estoy convencido de que te imaginas de sobra lo que

siento por ti, pero quería darte tiempo de que asimilaras la muerte de Chad antes de

hablarte de ello. Y luego voy el domingo por la mañana y descubro que has pasado la

noche con un desconocido.

Sabía que el interés de Mark no era completamente platónico, pero esperaba poder

evitar la escena que tenía en las manos en aquel momento. Y encima, con audiencia.

—No es asunto tuyo.

—Esperaba que pudiera llegar a serlo.

—No quiero parecer descortés, Mark, pero me temo que está fuera de toda

posibilidad.

—Está ahí, ¿verdad?

Lo que tardó en contestar la delató.

—Y está escuchando cada palabra —concluyó Mark con amargura—.

Espero que

esté disfrutando el muy...

—Pues si lo está, es el único.

Otra pausa.

—Mira —dijo Mark, modulando la voz para no dejar entrever su ira

—, tú me

importas, Kelly. Si no estás dispuesta a aceptar ese sentimiento en otro sentido, acéptalo al menos como la hermana de mi mejor amigo. A quien echo mucho de menos, por cierto.

—Lo sé —contestó, conmovida por la emoción que percibió en su voz.

—Y quiero que no olvides que eres una mujer muy rica, y como poco, Edmonds es un

oportunista. No creo que vuestro encuentro fuese casual.

No lo había sido, pero aun sabiéndolo, y sabiendo también que John no dudaría en

informar sobre cualquier cosa que descubriera sobre Chad, había accedido a que la

protegiera. A lo mejor Mark tenía razón. A lo mejor necesitaba un albacea.

—Lo recordaré. Y ahora tengo que dejarte, Mark, de verdad.

—¿Cuándo podemos vernos? Quiero investigar un poco más a ese tío...

—No, por favor. No lo hagas, que no es cosa tuya.

—Llámame.

En lugar de prometer que lo haría, apretó el botón de desconexión con el pulgar y al

hacerlo, miró a John a los ojos.

—Mark. Se me había olvidado llamarlo.

Él asintió, pero no dijo nada y extendió un brazo para pedirle la cámara. Se acercó a dársela.

—Ha sabido que yo estaba aquí —dijo, mirándola a los ojos.

—Se lo ha imaginado.

—Y evidentemente no le ha gustado.

—No sé cómo se ha enterado de que eres investigador privado. Dice que el incidente

del aparcamiento estaba preparado para que pudieras entrar en contacto conmigo.

—No hay modo de que haya podido averiguar a qué me dedico.

No se le ocurrió pensar de dónde podía haber sacado esa información.

Como

Catherine, conocía a mucha gente en aquella ciudad y disponía de los recursos necesarios

para contratar a quien le hiciera falta para averiguar lo que fuese.

—Me limito a contarte lo que él me ha dicho.

—¿Y qué te ha dicho sobre el consejo?

—Que no permita que me manipulen.

—¿Se refería al cambio en la distribución? ¿Lo sabe él?

Ella se lo había mencionado. Conocía a casi todo el mundo, y siempre estaba

dispuesto a escuchar y a ofrecer consejo. Aunque en aquella ocasión no le había

aconsejado nada en concreto.

—Sabía que el consejo no estaba satisfecho con lo que Chad había hecho el año

pasado.

—¿Habían hablado de ello él y tu hermano?

—Supongo. Le mencioné que estaban bastante molestos con el cambio y no se

sorprendió. La verdad es que tampoco mostró mucho interés, aparte de decirme que no

permita que me pisoteen. Es lo mismo que Chad habría dicho: Que tomara las riendas y

decidiera por mí misma. Quizás sólo estaba intentando emularlo.

—Pues ahora parecía estarse cansando de interpretar el papel de hermano mayor.

Debía haber oído lo suficiente para leer entre líneas.

—¿O tú ya lo sabías? —preguntó.

—No me había dicho nada, pero... Lo sabía. Supongo que esperaba que no llegase a

decírmelo.

John asintió, aún sin dejar de mirarla a los ojos. Luego por fin bajó la mirada y tomó

la cámara para sacar las fotos de la ducha.

Mientras, Kelly decidió inspeccionar la casa por su cuenta. Se daría cuenta mejor que

la policía de si se había tocado algo. Además, contaba con la ventaja de la luz del sol.

Empezó por la parte de atrás, porque allí fue donde la pareció oír el primer ruido. Era

poco probable que hubiera entrado por la zona de los dormitorios, puesto que ella estaba en el de Chad cuando el hombre del pasamontañas entró en el baño. Además, le había parecido que venía de más lejos. Buscó en la piscina y los alrededores, buscando algo que el viento pudiese haber derribado, pero no encontró nada. Nada tampoco en los cristales de las ventanas. Claro que si John tenía razón en lo del código, quienquiera que hubiera entrado en la casa no había necesitado romper ningún cristal. El salón y el comedor formal eran las dos estancias siguientes, pero ninguna de ellas daba muestras de que alguien las hubiese perturbado. Era curioso, pero entraba allí por primera vez. El comedor de diario y la cocina estaban muy alegres iluminados por la luz del sol; no eran ya la carrera de obstáculos que habían sido la noche anterior. El cubo de basura metálico estaba un poco fuera de su sitio, pero ella había sido quien había tropezado con él al querer salir al garaje. Y puesto que estaba todo a oscuras, no podía decir si alguien había vuelto a moverlo.

—¿Ves algo?

John la observaba desde la puerta.

—No —admitió, frustrada—. No hay cristales rotos, ni se ha forzado la puerta. Pero yo oí que algo se rompía. Lo sé.

—Puede que ya estuviera dentro de la casa cuando tú llegaste. Quizás provocó él el ruido para obligarte a salir de la bañera. Que hubiera podido estar ya dentro de la casa era aterrador, y a pesar de la luz que entraba por las ventanas, se estremeció.

—Entonces...

Sin terminar la palabra, se acercó al cubo de la basura y levantó la tapa.

Estaba casi

vacío porque llevaba varios días sin comer allí. En el fondo, sobre un

periódico viejo,

había unas cuantas servilletas de papel.

Fue a sacarlas con la mano, pero antes de que llegase a tocarlas, John se lo impidió.

—Pinzas —ordenó.

Sabía que no iban a encontrar huellas en el papel, pero si era cierto lo que él había

sugerido, podía haberlas en lo que quiera que el intruso hubiera envuelto en ellas.

Se incorporó, consciente de pronto de lo cerca que estaba de John, y sin querer, se

rozó con su pecho. El contacto fue breve, pero bastó para provocar una reacción. Sus

pezones se enardecieron, como tributo al recuerdo o a la anticipación, y algo caliente,

dulce y demasiado breve se encendió en su interior.

Sólo entonces se movió él. Sin decir nada, fue abriendo cajones hasta encontrar unas

pinzas de ensalada y al entregárselas, sus miradas se cruzaron.

El contacto fue igualmente breve. Él lo rompió al agacharse a recuperar el montón de

papel. Cuando lo dejó sobre la encimera de granito, hubo un inconfundible ruido de

cristales.

Kelly se acercó a ver qué había entre las servilletas. Era una de las gruesas copas que

tanto le gustaban a Chad. Si abría las puertas de los armarios altos que tenían enfrente, las

encontrarían todas perfectamente alineadas, excepto aquella que tenían delante hecha

pedazos.

—Seguramente la rompió en la encimera —aventuró John.

Su superficie de piedra era lo bastante dura para romper la copa sin dejar marcas. El papel habría evitado que los cristales se extendieran por toda la habitación, siendo al mismo tiempo lo bastante ligero para dejar salir el ruido. Y aquel, tal y como había adivinado John, era el propósito de todo aquello. Sacarla de la bañera y llevarla hasta allí.

—No entiendo. ¿Por qué iba a querer que viniese a la cocina?

Él tardó un momento en contestar.

—Quizás pensó que había más posibilidades.

—¿De qué?

Dudó de nuevo, pero al oír su respuesta, Kelly entendió por qué.

—De que ocurriese algo completamente distinto a lo que le ocurrió a Chad, de modo

que no despertase sospechas.

—¿Algo como qué?

Al hacer la pregunta, ella misma se imaginó la respuesta. El intruso quería empujarla

hacia el fondo de la casa para matarla, pero de un modo que no pudiera relacionarse con la muerte de su hermano.

—Suicidio, quizás.

Aquella palabra le creó una especie de vacío en el estómago. Su primera intención fue

rechazar la idea por estúpida, pero de pronto se le ocurrió que mucha gente se lo creería.

Dirían que no había podido superar la muerte de su hermano. Que se sentía sola y

triste, y que la responsabilidad del trabajo que le había caído sobre los hombros la

sobrepasaba. Que estaba lejos de su vida y de sus amigos.

Era un escenario perfectamente plausible. Lo mismo que el ataque en el

aparcamiento. Nadie los cuestionaría demasiado.

—¿Y se suponía que iba a meter voluntariamente la cabeza en el horno?

Había intentado quitarle hierro a la situación con aquel comentario, pero no lo había

conseguido. La ira y la angustia de su soledad eran palpables. Una soledad que de pronto

se le había hecho presente con una fuerza heladora.

A pesar de su ultimátum de la noche anterior, John la abrazó, y ella ni siquiera pensó

resistirse. Al igual que la noche en que durmieron juntos, se sintió a salvo en sus brazos.

Protegida. Y así le fue más fácil hacer la siguiente pregunta.

—De acuerdo. El horno, no. Entonces ¿por qué aquí?

—Quizás por la proximidad del garaje.

—¿Iba a meterme en el coche con el motor arrancado?

—Es una posibilidad.

Estaba claro que no quería hablar de ese tema, y ella mucho menos, pero necesitaba

saber a qué se enfrentaba.

—Si tenía que pasar por un suicidio, ¿cómo iba a conseguir meterme en el coche?

—Deberíamos hacer que analizaran el vaso que estabas usando en la bañera.

—Es bourbon. Yo misma me lo serví al llegar a casa.

—Pero estuviste fuera del baño el tiempo suficiente para que él pudiera adúlterarlo.

Lo único que tenía que hacer era esperar a que volvieras y te lo acabaras.

—Entré en la casa por aquí. Si quería atacarme, ¿por qué no lo hizo entonces?

—No lo sé. A lo mejor no estaba aún aquí cuando llegaste. O puede que el plan fuera

esperar a que te fueras a dormir. Puede que lo sobresaltara algo y decidiera improvisar.

—¿Crees que podría haberte visto aparcado fuera?

John se lo pensó.

—Para eso tendría que conocer mi coche.

—Estuvo aparcado en la entrada toda la noche del sábado.

—Entonces, supongamos que lo reconoció. Puede que temiera que me cansara de

estar esperando fuera, con la que estaba cayendo...

—Y que decidieras entrar —razonó—. Y entonces tuvo que alterar sus

planes.

—O cambiarlos por completo. Y puesto que ya estaba en la casa...

Se encogió de hombros.

—Quienquiera que sea, parece que tiene mucha prisa en acabar cuanto antes.

John la abrazó con fuerza.

—Está asustado. No lo olvides. Es él quien se está asustando.

Capítulo 14

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —le preguntó John, mientras le abría la

puerta de su monovolumen.

—No, pero creo que no tenemos otra opción.

No después del cuadro que le había pintado sobre lo ocurrido la noche anterior.

Alguien quería verla muerta. Y con dos oportunidades, bastaba.

Ya no podía pasar por alto el riesgo que estaba corriendo. Ni el poco tiempo que les

quedaba.

—Podríamos empezar por otra persona.

Sí, podían, pero acudir primero a Catherine Suttle tenía sus ventajas, de las cuales ya

habían hablado. La mujer estaba en sintonía con los demás miembros del Consejo.

Seguramente sabría lo que se decía a espaldas de Kelly. E incluso cabía la posibilidad de

que supiera lo que sentían, además de lo que decían, que era aún mucho más importante.

También era una potencial fuente de información sobre la oscura organización a la

que Chad había empezado a apoyar. Un apoyo que bien podía haberle costado la vida.

—Si alguien puede encajar las piezas de este rompecabezas, es Catherine.

—¿Y confías lo suficiente en ella como para contárselo todo? Ten en cuenta que no

hay garantías de que no forme parte de todo ello.

—Aún no la conoces.

Se bajó del coche ante una mansión. El jardín lucía impecable y la casa de estilo georgiano, perfectamente mantenida, proporcionaban un marco perfecto para la mujer a la que habían ido a ver. Una mujer que no podía estar metida en algo tan sórdido como un asesinato. Y mucho menos el de unos amigos.

—No te creas que llevan su condición escrita en la frente —contestó él, sujetando suavemente su codo mientras subían por la acera. Ojalá fuera así, porque nadie de cuantos había conocido en Washington, ni los miembros del consejo, ni los amigos y conocidos de Chad que le habían ofrecido su ayuda durante aquellas difíciles semanas, parecían ser de la clase de personas que podrían estar involucradas en muertes y destrucción. Ni a gran escala, ni a escala personal. Eso era algo completamente alejado del mundo en que vivían.

Y ahora sabía que no era así. Su hermano estaba muerto, y alguien la había atacado a ella ya por dos veces. De no haber sido por el hombre que caminaba junto a ella...

—Tendremos que hacerlo a ciegas —admitió.

Aquel mundo oscuro era el medio en el que John se movía. Un mundo con el que estaba muy familiarizado. Tanto su buen juicio como su instinto habían estado mucho más

en sintonía con lo que estaba ocurriendo que ella.

Porque para ella, ser el objetivo de un asesino había sido como encontrarse de pronto ante una curva empinada y resbaladiza. Una curva que iba a tener que dominar pronto, si no quería que fuese demasiado tarde.

—Ya veo que Claire me ha estado ocultando cosas —dijo Catherine al hacerles pasar

a un salón inundado de sol.

—¿Claire? —preguntó Kelly.

—Claire Cabot. Porque supongo que este caballero trabaja con Griff —como ninguno

de los dos contestara, Catherine sonrió todavía más—. Puedes decírmelo, aunque supongo

que después tendrás que matarme. Porque es así como funciona, ¿no?

—No trabajo para Cabot —dijo John.

No había necesidad de explicarle nada más.

—Pero lo conoces, estoy segura. Todos tenéis el mismo aire.

No le preguntó a qué clase de aire se refería. Ya lo sabía.

—Puede ser que yo también tenga buenas fuentes —sugirió John.

—Desde luego. Por eso estáis aquí. La verdad es que me teníais intrigada.

Así que os

interesan mis conexiones.

—Le dije a John que tú conocías a todo el mundo en Washington —intervino Kelly.

—Me halagas, pero me temo que ya te he contado todo lo que sé sobre la

organización de Griff. Privada, discreta y muy buena. Tengo entendido que son muy caros

sus servicios si puedes permitirte, y casi gratis si no puedes. En tu caso, no tendrás

problemas, querida mía —añadió, posando en Kelly sus gastados ojos azules enmarcados

por unas pestañas imposiblemente largas y negras.

—No hemos venido para hablarte de Fénix.

Catherine enarcó unas cejas dibujadas en marrón, pero en lugar de pedir más

información, les hizo una invitación.

—¿Por qué no tomamos un té antes de jugar a los detectives? ¿O preferís algo más

fuerte? En esta casa se puede tomar una copa a cualquier hora. Me parece una estupidez

tener que esperar a que anochezca. Siempre he pensado que si te hace falta un buen

whisky, da igual la hora del día que sea para tomarlo.

—Yo no quiero nada, gracias —dijo Kelly.

—¿Y tú?

—Estoy bien así, gracias.

—Desde luego que lo estás.

Había un brillo divertido en sus ojos. Era evidente que estaba disfrutando de su incomodidad.

Menos mal que no prolongó el momento. Hizo un gesto señalando un sofá de color

crema para indicarles que podían sentarse. Ella se acomodó en una silla que había enfrente, posándose casi en el borde.

Llevaba la espalda tan recta como si todavía fuese una alumna de la Escuela de la

Señora Porter para Señoritas. Apretaba las rodillas y ladeaba las piernas para cruzarlas con donaire a la altura de los tobillos.

—En ese caso, formalidades aparte, ¿qué puedo hacer por vosotros?

—Contarnos lo que sepa sobre *La Alianza* —dijo John.

Catherine abrió un poco más los ojos y miró brevemente a Kelly antes de volverse de nuevo hacia él.

—Sé que la pertenencia a esa organización es estrictamente secreta, y que se dedican

a propagar la ética judeocristiana dentro del gobierno —dijo—. Es una misión que no está

descrita en ningún sitio, que yo sepa. Se transmite verbalmente.

—¿Por qué? —interrumpió él.

—Ninguno de sus objetivos lo son. Si quieren que te unas a ellos lo hacen

privadamente, y suele ofrecértelo un amigo íntimo. No hay literatura escrita, ni carné de

miembro, ni publicidad.

—¿A ti te lo han propuesto? —preguntó Kelly.

—De haber sido así, no podría decírtelo. No, si hubiera aceptado.

—¿Y si no hubiera aceptado? —preguntó John.

—Entonces podría decirnos que ninguno de mis amigos íntimos está tan loco —

concluyó con una sonrisa.

Era obvio que no había contestado a su pregunta y que no iba a hacerlo. Estaba

empezando a ser evidente que en aquella conversación con Catherine Suttle sólo iban a

saber lo que ella decidiera decirles.

De no ser persona non grata en Fénix, podría haberle pedido información a Griff, o

incluso al abuelo de Claire Cabot, que llevaba participando en la escena de Washington

tanto tiempo como la señora Suttle. Y ninguno de ellos se habría sentido tentado de entrar

en una organización pseudo sagrada.

—¿Qué más sabes, Catherine? —insistió Kelly.

—Puedo decirnos que el grupo dice ser descendiente de otra organización antigua y

todavía más secreta, a la cual pertenecían muchos de los próceres de este país. Siempre me

he preguntado si esa historia no sería apócrifa. En cualquier caso, la encarnación actual es

de al menos un siglo de antigüedad.

—¿Conoces a alguno de los líderes actuales?

—Si te dijera sus nombres, entonces sería yo quien tendría que matarte a ti —

respondió, sonriendo.

Teniendo en cuenta lo que había ocurrido los días anteriores, a John le hizo maldita la

gracia el comentario.

—¿Entonces los conoce?

Hizo la pregunta planteándose si de aquel encuentro iba a salir alguna información

que mereciera la pena. Estaba claro que aquella mujer disfrutaba en su papel de cofre de

los secretos y perteneciente a la crême de la crême de Washington, porque

todavía no les
había dicho nada que no supiera cualquier mortal.

—A unos cuantos. ¿Por qué no me contáis primero por qué estáis tan interesados en

La Alianza?

Kelly lo miró pidiéndole permiso, pero él no se lo dio. La decisión de hasta qué punto

confiar en Catherine Suttle tenía que ser suya.

Su instinto le decía que aquella mujer no iba a ofrecerles nada de valor hasta que no

hubiera obtenido algo a cambio. Como la mayoría de personas que valoraban estar en los

mejores círculos, la información era su más valorada moneda de cambio. Si eso la hacía

peligrosa o simplemente inquisitiva, no podría decirlo.

—Sabes que me preocupan los cambios que se hicieron el año pasado en la

distribución de fondos de *El Legado* —dijo Kelly, escogiendo con cuidado las palabras.

—Es una organización secreta, pero *La Alianza* lleva años haciendo el bien en esta

ciudad. ¿Estás cuestionando la decisión de tu hermano de añadirlos a la Fundación?

—Estoy intentando entender cómo llegó a tomar esa decisión.

—Obviamente porque le pareció lo correcto.

—¿Y usted está de acuerdo? —preguntó John.

—Estoy de acuerdo en que eso es lo que le pareció. ¿Que si yo les habría dado tanto

dinero si la decisión de hacerlo hubiera estado en mis manos? La respuesta es no. Pero eso

no significa que Chad no debiera haberlo hecho.

—Pero... ¿Por qué lo hizo? —insistió Kelly—. Yo habría dicho que se trata de una

organización que a Chad no le interesaría mucho.

—¿Por qué no? Supongo que tuvo las mismas razones que cualquiera de nosotros a la

hora de elegir una causa. O una religión. Incluso un equipo de fútbol. Hay

algo que nos

atrae hacia ello en un momento determinado de nuestras vidas.

—¿Y no le molestó que por la largueza con que Chad trató a *La Alianza* se resintieran

sus propios proyectos? —preguntó John.

—¿Por qué iba a enfadarme? Ese dinero no es mío. La gente lo donaba confiando en

que Chad lo gastase en causas que merecieran le pena. Aunque no fuese la mía. *El Legado*

ha estado organizado así desde el principio. No entiendo por qué me haces esa pregunta.

—Porque yo creo que alguien lo mató —dijo Kelly con firmeza, aunque en voz baja.

Pasaron unos segundos eternos para John, que esperaba la respuesta de Catherine. A

pesar de que había abierto los ojos de par en par cuando le habían preguntado por *La*

Alianza, no hubo apenas respuesta física al mencionar la posibilidad de que Chad Lockett

hubiera sido asesinado.

—Eso es ridículo —contestó por fin.

—Chad no era un hombre descuidado o irresponsable. No, estando en juego su propia

vida. Y ese avión había pasado una revisión completa.

—Los accidentes ocurren sin más. Sé que una muerte a edad tan temprana es difícil

de aceptar. Yo sé muy bien lo que es perder a alguien que estaba tan lleno de vida...

—Y yo he sufrido varios ataques —continuó Kelly, como si Catherine no hubiera hablado.

—¿Ataques?

La sorpresa de Catherine fue aparente en aquel caso, pero John no pudo decidir si era real o fingida.

—El primero en el aparcamiento después de la subasta. Entonces

conocí a John. Él
me rescató.

Los gastados ojos azules se detuvieron en su rostro brevemente, y en la
fracción de

segundo que tuvo él para estudiarlos, le parecieron fríos.

Casi inmediatamente, Catherine se volvió a Kelly.

—¿Y dónde demonios estaban los de seguridad? Les pagamos más que
suficiente.

—Les dijeron que podían marcharse a media noche —contestó John.

Catherine apretó los labios y un abanico de pequeñas arrugas se dibujó
partiendo del

perfil cuidadosamente dibujado.

—Estúpidos...

—Entonces, no fue decisión suya.

—Si hay algo que yo nunca he sido, joven, es estúpida. Debió ser
otro de esos

dichosos recortes de gastos de Hugh. Pero no volverá a ocurrir, te lo
aseguro. Si no

podemos asegurar a nuestros invitados que pueden llegar y marcharse
sin ser

molestados... —de pronto, se interrumpió—. ¡Dios bendito, niña! No creerás
que alguien

de la fundación dejó marchar antes a los guardias de seguridad para
facilitar el ataque,

¿verdad? Es una idea tan descabellada como la de que Chad fuese asesinado.

—Anoche alguien entró en mi casa —continuó Kelly, bastante calmada
teniendo en

cuenta el episodio que estaba describiendo—. Llevaba un pasamontañas
tapándole la cara

y se escondió en la cabina de ducha. Ambas cosas juntas...

Hubo un largo silencio en el que la mujer la miraba fijamente, como si no
estuviera

segura de si hablaba en serio.

—Puedo hacer averiguaciones —dijo por fin.

—¿Sobre quién estuvo en la casa?

Volvió la mirada sobre John.

—Claro que no —respondió casi con desprecio—. Ni siquiera mis

fuentes llegan a eso. Me refiero a *La Alianza*. Quieres saber quiénes son los jugadores de primera fila, ¿no? Dame un par de días. Te llamaré.

—No, Catherine. No puedo permitir que vayas por ahí haciendo preguntas que puedan ponerte en peligro —contestó Kelly.

—Ahora ya no puedes impedirlo. Además, esos bastardos no se atreverán conmigo.

—¿*La Alianza*? —insistió John—. ¿O alguno de los miembros del consejo?

—Habla de *La Alianza*, pero no les tengo miedo a ninguno de ellos.

—Pues quizás debería tenerse lo.

—En primer lugar, yo creo que no hubo nada sospechoso en la muerte de Chad. Es el

dolor el que habla por Kelly. Y eso es algo de lo que yo sé mucho. Y en segundo lugar,

sólo porque alguien metiera la pata con la seguridad de la subasta, tampoco basta para

pensar que pueda haber algún complot contra ella. ¿Por qué razón iba a querer alguien

hacerle daño?

—Porque alguien tema que pueda cambiar el reparto de fondos de *El Legado*.

—En ese caso, ¿por qué iban a querer ver muerto también a Chad? Ambas cosas no

pueden ser. O se quiere que la distribución siga igual o que cambie.

Tú no has ocultado

que te preocupaban los cambios que había introducido Chad —añadió, volviéndose a

Kelly—. Si crees que alguien lo mató porque no le gustaron esos cambios,

¿por qué iban a

atacarte a ti, si la sensación que da es que vas a volver a lo de antes?

—¿A usted le ha dado esa sensación? —preguntó John.

—Claro como el cristal. Sobretudo a partir del domingo, cuando empezaste a hacer

todas esas preguntas sobre lo que nosotros pensábamos del porqué de los cambios de

Chad. Yo supe que no ibas a dejarlo así, sobretodo después de cómo hablaron los demás.

—El primer ataque fue antes de la reunión del consejo.

—¿En un aparcamiento sin seguridad, en la noche de una subasta de la que habían hablado todos los medios, y en ese barrio? Por cierto, que tenemos que pensar en cambiar de ubicación la próxima vez. Mete el tema en la agenda para la próxima reunión, ¿quieres?

Mientras, ya me encargaré yo de tirarle de las orejas a quien corresponda por el fallo de la seguridad.

—No lo hagas, por favor... Ya nos ocuparemos también en la reunión. Estoy segura de que tienes razón en cuanto a lo del aparcamiento. Alguien metió la pata sin querer. Ya me ocuparé.

John sabía que Kelly no estaba diciendo la verdad, sino intentando mantener a Catherine fuera de sus problemas... O evitar que causara más.

—Sería mejor no hablar de ello hasta que sepamos más sobre lo que está pasando — sugirió John.

Catherine lo miró pensativa.

—Puede que tengas razón. Lo dejo en tus manos, siempre que me mantengas informada del curso de la investigación. Y no me mires así —continuó ante su silencio—.

Ya te he dicho que no soy idiota, y sé que Kelly no va por ahí contigo por guapo, aunque lo seas. Estás en esto hasta el cuello, y aunque me da mala espina tanta coincidencia en el

aparcamiento, tengo que decir que me siento aliviada. Suelo confiar en mi instinto en cuanto a la gente. No siempre acierto, pero en este caso, confío en que seas uno de los

buenos. Pero no me pongas a prueba, que tengo una memoria infalible.
Sobretudo para
quienes hacen daño a mis amigos.
—Yo también —le advirtió él.
El desafío la hizo reír encantada.
—Me gusta tu amigo —le dijo a Kelly, aún sonriendo—. Me gustan los
hombres que
siguen siendo un poco salvajes. Y no soy yo la única, sobretudo en esta
ciudad con tanto
blandengue. Siempre y cuando, pueda responder al desafío. ¿Y tú, puedes? —
le preguntó
sin rodeos.
—Pienso intentarlo —le prometió.
Fue una promesa tanto para Kelly como para Catherine Suttle.

Capítulo 15

—¿A mi casa o a la tuya? —preguntó John.
Desde que salieron de casa de Catherine Suttle, Kelly había ido
mirando por la
ventanilla. Se dio cuenta de que lo miraba, pero mantuvo los ojos en la
carretera.
—A la tuya, por favor, si no te importa.
—Yo también creo que es lo mejor —contestó él, a pesar del vacío que se le
hizo en
el estómago—. Nuestra relación no tardará mucho en ser pública, pero
por ahora mi
apartamento es mucho menos conocido que la casa de tu hermano para
quienquiera que
ande tras de ti.
Nuestra relación... Su relación tenía tantos niveles que le resultaba
cada vez más
difícil separar lo puramente personal de lo profesional.
A pesar de que lo habían despedido, seguía interesado en saber por
qué se había
hecho una referencia a *El Legado* en aquellas transmisiones hechas por
terroristas que

Ethan Snow había detectado. Aunque resultase no tener nada que ver con los ataques que había sufrido Kelly.

—Se equivoca, ¿sabes? —dijo ella.

John la miró.

—¿En qué?

—Yo no había tomado ninguna decisión en cuanto a la distribución de los fondos. Y

si acaso, me inclinaba más a dejarlo todo tal y como Chad quiso. Y si habían matado a mi

hermano con la esperanza de forzar un reparto diferente, yo no iba a permitir que se

salieran con la suya.

—Pues Catherine parecía convencida.

—Lo sé. Eso es lo que me molesta. Me pregunto si llegó a esa conclusión en la

reunión, o si alguien la ayudó a llegar a ella.

—¿Ayudarla en qué sentido?

—Puede que alguien le sugiriera que iba a hacer cambios, y al oírme hablar después

en el consejo, sacó conclusiones equivocadas.

—¿Y cómo puedes saber eso sin preguntárselo a ella?

—No puedo. No definitivamente al menos. Pero me interesaría oír la opinión de

alguien más.

—¿Una segunda opinión sobre la interpretación de tus comentarios?

—Para ver si de verdad es la impresión generalizada. De ser así, tendría que

concederle a Catherine el beneficio de la duda.

—¿Y si no?

—Entonces, tendré que preguntarme quién pudo influirla de tal modo para hacerle

creer algo que no es cierto.

—A mí no me lo pareció —contestó Bertha Reynolds, a la pregunta que Kelly había

compuesto cuidadosamente para saber si opinaba que había tomado una

decisión—. Sabía que estabas molesta por las luchas internas. La verdad es que me había preguntado en más de una ocasión, si debería decirte que es así como suelen transcurrir las reuniones. Hablamos demasiado y demasiado fuerte. Pero no significa nada. En fin, que volviendo a lo que me preguntabas, a mí no me dio la impresión de que ya hubieras tomado una decisión. Es más, lo que me pareció es que ibas a dejar las cosas tal y como las quería Chad para honrar su recuerdo. Su último deseo para *El Legado*.

—Entonces, no interpretaste mis preguntas como insatisfacción con la distribución.

—Me pareció que sólo querías entender por qué Chad había hecho ese cambio.

—Y tú no tienes ni idea de eso, ¿verdad, Bertha? Podría ser importante.

—Creo que León no andaba muy desencaminado. Alguien debió convencerlo. Teniendo en cuenta lo que significaba para él *El Legado*, debió tratarse de alguien en cuya opinión confiara implícitamente.

—¿Qué sabe usted de *La Alianza*, señorita Reynolds? —intervino John.

—Tengo entendido que trabajan bien, pero me temo que no son santo de mi devoción.

—¿Conoce a algún miembro?

Sus ojos oscuros, ampliados por el grueso cristal de las gafas, se clavaron en John.

—¿Alguien del consejo, quiere decir?

—¿Es que hay alguien?

—No, que yo sepa. Siempre me he preguntado cómo llegó Chad a incorporarlos al grupo. Una organización que es tan distinta del resto.

—Pero no le pareció mal que parte de los fondos fuesen a parar a sus manos. Como era en un principio, quiero decir.

—En absoluto. Ni tampoco me lo pareció al final. Era prerrogativa de Chad

decidir.

El único problema, en mi opinión, era el que no se le hubiera notificado el recorte al resto de organizaciones. Me pareció poco profesional, incluso cruel quitarles el dinero sin avisar.

Y su hermano no era ninguna de esas dos cosas, pensó Kelly. Parecía casi como si aquella decisión la hubiera tomado otra persona.

—¿Y ahora qué? —preguntó John, cuando salían del aparcamiento de la casa de

Bertha.

El contraste entre su humildad y la opulencia de la casa de los Suttle era llamativo. Lo

mismo que lo que habían dicho ambas mujeres.

—A casa, supongo.

Lo dijo sin pensar, porque era mucho decir que en una sola noche que había pasado

allí, fuese Kelly a considerar su apartamento como su casa en ningún sentido.

Pero como

ya lo habían decidido antes, tomó esa dirección.

—No se me ocurre nadie que pudiera tener esa clase de influencia sobre Chad

—dijo

Kelly, perdida en sus pensamientos.

—Tú —sugirió.

—Si hubiera querido... Pero no quería. Al principio de todo esto, le dije que hiciera

lo que considerara justo, y él nunca me consultó en esas decisiones.

—¿Alguna novia, por ejemplo?

—Ninguna de las mujeres con la que se relacionaba tenía tanto ascendente sobre él.

—¿Las conocías a todas?

—No. Vamos, me imagino que no, a menos que fuesen en serio.

—Y no has tenido esa impresión durante... El último año, digamos.

—No he tenido esa impresión en el último lustro. A mi hermano le gustaba estar

soltero. Disfrutar de su soltería era su pasatiempo favorito. Eso y *El Legado*.
—¿Y la influencia de Daniels? Él y tu hermano eran buenos amigos.

—Fueron juntos al colegio y anduvieron saliendo por ahí un tiempo, pero no sé si eso

le habría hecho confiar en él. Si llegó a consultar con Mark, ninguno de los dos me lo dijo.

—¿Y otros amigos íntimos?

—¿Íntimos? Ese término es relativo en este caso. Chad tenía cientos de amigos, y se

aprovechaba descaradamente de ellos para sus proyectos. Todos los miembros del consejo

podrían considerarse amigos. Y la mayor parte de la gente que asistió a la subasta.

—Tendremos que pensar en otro punto de partida —dijo para que se calmara. Estaba

clara su frustración ante una investigación que parecía no estarlos llevando a ninguna parte.

Ni siquiera podían estar seguros de estar en la pista correcta. Quizás el cambio en la

distribución de los fondos no fuese la razón. Y relacionar *La Alianza*, una sociedad

interesada en promover los valores judeocristianos en la política nacional, con el terrorismo, era un gran salto.

Pero no se le ocurría otro motivo, aparte de millones de dólares, que pudiera convertir

en objetivo a Kelly o a su hermano. Claro que siempre existía la posibilidad de que se equivocara respecto al accidente de Chad.

—A lo mejor debería preguntárselo —dijo Kelly.

—¿A quién? ¿A Daniels?

—Lleva días diciendo que necesita hablar conmigo, y sabe que tengo que tomar una

decisión en estos días. No se me había ocurrido unirlos a los dos, pero quién sabe... Y

aunque no sea de eso de lo que quiera hablarme, también podría preguntarle

si oyó decir
algo a Chad sobre quién o qué pudo interesarle en *La Alianza*.

—¿Quieres hacerlo ahora, antes de volver a casa?

No es que le hiciera gracia aquel encuentro. A pesar de su aparente desinterés,

Daniels era un tipo atractivo que obviamente estaba interesado por ella.

Alguien que

además, lo consideraba a él un rival, y sólo por esa razón, podía ser un encuentro bastante

incómodo.

—No creo que Mark pensara en una reunión de los tres cuando me llamó.

—Pues si quiere hablar contigo ahora mismo, eso es lo que va a tener.

—No le va a gustar.

—Me importa un comino lo que le guste. Alguien intenta matarte, y hasta que

averigüemos quién, no va a haber reuniones privadas con nadie.

—Podrías quedarte en la puerta con la pistola en la mano.

Algo en su voz le hizo volverse a mirarla. Aun estando de perfil, su sonrisa era

evidente, y John se sintió inmensamente aliviado.

Estaba rodeada de gente en la que antes confiaba y en la que ya no podía confiar.

Habían intentado atacarla en dos ocasiones, y estaba convencida de que era la misma

persona que había asesinado a su hermano. Pero en su interior, y daba prueba de ello su

sonrisa, quedaban reservas de fuerza y valor. Menos mal, porque iba a necesitarlas.

—¿Qué te hace pensar que iba a quedarme en la puerta? Yo había pensado en

sentarme frente a él, pistola en mano —bromeó.

—No puedo creer que Mark tenga algo que ver con todo esto. Chad y él eran como

hermanos. Además...

Se volvió a mirarlo, pero él no apartó la mirada de la carretera.

Sospechaba que el

esbozo de sonrisa de antes era mucho más abierto.

—Además, dice que está enamorado de ti —concluyó él—. Lo sé, y precisamente por eso, es más peligroso.

—¿Peligroso?

—Dinero y amor —le recordó—. Los motivos más viejos que hay en el mundo para cometer un asesinato.

Apenas llevaban cinco minutos en su casa cuando sonó el timbre. Mientras sacaba la pistola de la funda en que la había llevado toda la tarde, John miró al pasillo. Si Kelly había oído el timbre, decidió sabiamente no aparecer.

Confiaba en que siguiera así.

Cruzó la habitación y miró por la mirilla. El hombre que había al otro lado no era la

última persona que se esperaba que apareciera en su casa, pero casi.

Usando la mano izquierda, John descorrió el cerrojo y abrió la puerta. Con la derecha

seguía empuñando la pistola, aunque una vez identificada la visita, había subido el

percutor.

—Ethan —lo saludó, echándose hacia atrás para dejarlo entrar.

—¿Te asedian? —preguntó Snow al verlo con el arma en la mano.

—Podría decirse que sí —contestó mientras cerraba con llave.

—Griff me ha contado lo ocurrido. Y me imagino que debe haber más de lo que me

ha contado, porque ya sabes que cuando se cabrea, no da detalles.

—La verdad es que no hay mucho que decir. Le ha parecido que me he pasado de la

raya en la vigilancia del caso Lockett.

—Y tú piensas que no.

—Era una raya muy fina —sonrió con ironía.

—Siempre lo son. Yo también he traspasado unas cuantas en mi vida. A todos nos ha

pasado en un momento o en otro. Incluso a Griff, aunque seguro que

lo negaba. En fin,
que siento que te haya despedido. Deberías seguir con nosotros, y así
se lo he dicho a
Griff.

El voto de confianza de Snow no habría ablandado a Cabot, pero a John le
quitó un
poco de la amargura que había ido acumulando.

—Si esta fuera la primera vez que no estamos de acuerdo en algo...

Se encogió de hombros.

—Creo que no te he dado todavía las gracias por lo que hiciste por Elizabeth
y Rafe.

Si te sirve de consuelo, creo que habría hecho lo mismo estando en tu lugar.

—¿Ah, sí? Seguramente tú habrías salido mejor parado.

Snow se encogió de hombros.

—Los que hacemos trabajo de campo, tenemos que reaccionar. A Griff le
toca hacer
el trabajo sucio.

—Pues no pareció importarle mucho hacer éste.

—Le importó lo bastante como para hablarme de ello.

—¿Estás diciéndome que te envía él? —Snow tardó un poco en
contestar, lo que a

John le sirvió de respuesta—. Ya decía yo...

—Voy a encargarme del asunto Lockett, así que he pensado que debía
ponerme al

habla contigo y ver si habías descubierto algo que yo debiera saber.

Sabía que Cabot no iba a renunciar a algo así. Era demasiado
importante. Y el

responsable de Fénix no tenía modo de saber que no había dejado la
investigación. Ni la
vigilancia.

—No tengo problemas con eso, siempre y cuando el intercambio funcione en
los dos
sentidos.

Snow lo miró entornando sus ojos grises.

—¿Sigues trabajando en ello?

—Pero no para Fénix —intervino Kelly.

Estaba de pie en la entrada del vestíbulo, obviamente escuchando su conversación.

—Señorita Lockett...

La saludó, inclinando la cabeza y en tono divertido.

—¿Y usted es?

Por primera vez, John detectó la altivez que se esperaba de la heredera de la familia

Lockett.

—Soy Ethan Snow.

—Trabaja para Cabot.

—Incluso antes de que se formara Fénix —dijo John.

Ethan había sido uno de los miembros del equipo de la CÍA que Griff había creado y entrenado.

—Le dije a Cabot que no estaba interesada en sus servicios —explicó Kelly

—. Hay

un conflicto de intereses.

—¿Perdón?

—Ustedes piensan que mi hermano tenía tratos con terroristas. Yo no.

—El nombre de la organización que fundó su hermano, apareció en transmisiones

entre instituciones financieras conocidas por desviar fondos a grupos extremistas.

—¿Y esas instituciones financieras sólo manejan el dinero del terrorismo?

—No, claro que no.

—Entonces, creo que eso explicaría la mención de *El Legado*. Creo que no tenemos

nada más de qué hablar, señor Snow.

—¿Y de los dos ataques que ha sufrido contra su vida?

Habían hablado del asalto en el aparcamiento con Griff, pero no de lo que había

ocurrido la noche anterior. Podía obtenerse, eso sí, de los archivos de la policía. Ethan

había hecho sus deberes.

—Yo creo que han sido las mismas personas que asesinaron a mi hermano. Quizás

Chad había descubierto esa relación de la que me hablaba antes. Según los

movimientos registrados en su ordenador, en las últimas semanas pasó mucho tiempo examinando las cuentas del año pasado. Puede que fuese un procedimiento normal al estar a punto de decidir el reparto de fondos, pero también es posible que estuviera preocupado por algo.

—Cree que algo pudo hacerle sospechar.

—Es posible. Eso explicaría las horas que pasó examinando esos archivos.

—En realidad no sabía a donde iba a parar el dinero —sugirió Ethan—, y cuando lo averiguó...

—Lo mataron para que no pudiera evitarlo. Eso tiene más sentido que lo que decía el señor Cabot sobre que mi hermano estuviera financiando al terrorismo.

—Puesto que usted está convencida de que no era así, ¿nos proporcionaría los informes financieros de su organización?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque creo que sería preferible nuestra revisión a la del gobierno.

Era una amenaza declarada, y John sabía que no era en vano. Kelly no era cliente de

Fénix. Y aunque lo hubiera sido, para Griff y los demás la seguridad nacional era

preferente. Y si estaba en peligro no permitirían que la reputación de nadie, ni siquiera la

de un cliente, les impidiera hacer lo que debían.

Y él opinaba lo mismo. Había sido claro con Kelly en ese sentido desde el principio.

Si encontraba algo que pudiese indicar que su hermano era culpable de sufragar a

terroristas, informaría de ello a las autoridades para que pudiera cerrárseles el grifo.

—Alguien ha borrado parte del disco duro de su ordenador —dijo John—. Puedo

enseñarte la distribución que Lockett autorizó y la información de

cómo usaron esos fondos las distintas organizaciones. No he tenido tiempo de verificar que lo que él quería que se hiciera con el dinero de *El Legado*, fuese al final lo que de verdad se había hecho.

—¿Tiene alguna objeción, señorita Lockett?

—¿Serviría de algo que las tuviera?

—Sólo para retrasar lo inevitable —respondió Ethan—, porque alguien va a tener que estudiar esos expedientes. Si es Fénix y no encontramos nada que conecte la estructura de su hermano, o a las diferentes organizaciones que sufraga, con grupos extremistas, contribuirá enormemente a disipar cualquier sospecha que se pueda tener sobre él.

—Puedo pedirle al contable que le proporcione un informe completo de la situación de *El Legado*. No sé muy bien hasta qué punto eso podrá proporcionarle información del uso que se le da al dinero una vez distribuido. Eso estaba todo en el ordenador de mi hermano, y de alguna parte tengo hechas copias porque quería entender el procedimiento.

Él intentaba dar una serie de directrices a las organizaciones que ayudaba respecto a lo que debían hacer con el dinero que se les entregaba, pero no podía garantizar nada. Nadie podría.

—Siempre es posible que el dinero se reúna de un modo legítimo, pero que su uso no lo sea. No lo sabremos hasta que no examinemos los informes.

—Llamaré a Hugh y veré cuándo puede tenérselo preparado —dijo Kelly, rendida ante lo inevitable.

Aunque no le había pedido consejo, John se sintió aliviado de que hubiera tomado esa decisión. Confiaba más en Fénix y sus conexiones con la CÍA, que en

sus propias
posibilidades de haber averiguado algo. Así se quitaba de la espalda
parte de la presión
que soportaba para poder hacer mejor el trabajo que consideraba su
principal
responsabilidad: Proteger a Kelly Lockett de quienquiera que hubiese
intentado matarla en
dos ocasiones.

Capítulo 16

—No te ha sorprendido demasiado —dijo Kelly.
Había hablado ya con Hugh Donaldson mientras John inspeccionaba
puertas y
ventanas, y ahora lo estaba viendo preparar la cena para los dos en su
pequeña cocina.
—¿Que Fénix anduviera detrás de esto? —preguntó, alzando la vista de los
pimientos
que estaba troceando—. En absoluto. Lo que no esperaba era que el
hombre a quien le
hubieran asignado el trabajo se pusiera en contacto conmigo. Pero
conociendo a Ethan, ha
debido hacerlo por su cuenta.
—Te cae bien —dedujo.
—Le respeto. Bueno, los respeto a todos. Por eso quería formar parte
de lo que
hacían.
—Y de no ser por mí, seguirías trabajando con ellos.
Era un sentimiento de culpa que había ido creciendo desde el
comentario de Snow
sobre que John perteneciera a Fénix.
—¿Y de dónde te sacas que es culpa tuya?
—Si no hubiéramos... Si no nos hubiéramos acostado aquella noche,
aún seguirías
trabajando para ellos. —Seguía sintiéndose incómoda por la rapidez con
que habían
terminado haciendo el amor. No es que lamentase haber confiado en él. Ya

no. Era que se había complicado una relación que tanto para su seguridad como para la estabilidad laboral de él, debería haberse mantenido estrictamente profesional—. Porque ese fue el motivo para que Cabot te despidiera, ¿no? —Eso no le gustó, pero no fue el único motivo. Según él, después de intervenir en lo del aparcamiento, debería haber desaparecido y haberle pasado el caso a otro compañero. Como ya sabes, no hice ni lo uno ni lo otro. —¿Y por qué no? Si sabías que tu trabajo podía correr peligro... Hubo un instante de silencio. —Supongo que puedes deducirlo tú sola. —Precisamente porque nos habíamos acostado juntos. —Premio para la señorita —bromeó, al tiempo que echaba en la sartén ya caliente los pimientos que había estado troceando junto con cebolla y champiñón—. Fue decisión mía no decírselo a Griff. Y error mío también. No tuvo nada que ver contigo. —Eso es mucho decir. —Que no. Que no tuvo nada que ver contigo —insistió—. Pensé que no iba a enterarse, y no quería renunciar al caso.

—Pues tampoco era tan grave lo que ocurrió. —Ya, pero puede poner en peligro la investigación. —Pero no fue así. Ya no trabajas para Cabot y sigues rigiéndote por sus reglas. —El honor de los ladrones —sonrió. A Kelly se le encogió el corazón. Al verlo con Ethan Snow, se había dado cuenta de lo mucho que significaba para él pertenecer a Fénix. —Honor. Me han dicho que ese concepto está pasado de moda. —Es que yo soy un chico chapado a la antigua. —Ya. Caballero andante de las mujeres en peligro. Algo así le había dicho la noche que se conocieron.

Él se echó a reír.

—Podría ser. Las dos veces que me he metido en líos con Griff, ha sido por una mujer.

Una mujer. Otra mujer. Imaginárselo con otra mujer le contrajo el estómago.

Teniendo en cuenta lo poco que hacía que se conocían, y que había sido decisión suya mantener su relación en lo estrictamente profesional, sentir aquellos celos estaba fuera de lugar.

—¿Otra mujer en peligro? —le preguntó, intentando que su voz sonase neutra.

—El hombre del que estaba enamorada corría un grave peligro. Griff había prometido

que Fénix se mantendría al margen de la situación, limitándose a mantenerla a ella a salvo,

aunque para conseguirlo tuvieran que retenerla prisionera. Pero a ella no le importaba

estar o no a salvo. Lo único que quería era tener la oportunidad de ayudarlo.

—Y la dejaste ir —adivinó.

—Y le dejé mi coche y mi pistola —añadió, con un resto de satisfacción al contarle, a

pesar de lo que le había costado.

—No me extraña que Cabot se enfadara contigo —dijo, sonriendo al imaginarse al

director de Fénix tirándose de los pelos.

—Como decimos entre nosotros, Cabot no se enfada. Cabot se venga.

El aroma de las hortalizas había empezado a inundar la cocina. Añadió un chorro del

vino de la cena y sirvió dos copas. El primero en probar el merlot fue él, y luego alzó su

copa para invitarla a hacer lo mismo.

Kelly tomó la suya, pero no se la llevó a los labios, sino que se quedó mirando cómo

daba vueltas a la comida. Tenía unas manos morenas y muy fuertes, que aunque en aquel

momento estuvieran ocupándose de una tarea tradicionalmente femenina, no perdían ni un ápice de su hombría. Seguramente nada podría hacerle parecer menos masculino.

—¿Y cómo se vengó de ti?

La verdad es que no le importaba su relación con Cabot. Sólo quería que siguiera

hablando.

—Encargándome casos menores. Vigilancia. Sólo me confiaba cosas que no importaban.

—Como yo.

La pregunta sonó amarga, pero ¿por qué iba a molestarle la falta de interés inicial de

Cabot en aquel caso? Al fin y al cabo, no le hacía gracia la interferencia de Fénix. Quería

averiguarlo todo sola, para proteger la reputación de Chad y de la fundación.

—Tú no encajabas en esa categoría —contestó John—. Yo me había estado quejando

por los últimos encargos que me había hecho, así que Cabot se compadeció de mí y me

dio un caso de verdad. Al parecer no esperaba que lo siguiera hasta el fondo.

«*Lo que has hecho no puede llamarse vigilancia.*»

—Pero lo hiciste.

—El ataque del aparcamiento no tenía sentido. Y si a eso le sumas lo que Ethan había

averiguado...

Se encogió de hombros.

—Quizás cuando llegues al fondo de lo que está ocurriendo, Cabot reconsidere su decisión.

—Aunque lo hiciera, no podría soportar otro año de vigilancias.

Al parecer, aunque Cabot decidiera aceptarlo, su orgullo no le permitiría aceptar. Y

Kelly volvió a sentirse culpable.

—Podría haber algún puesto para ti en la fundación.

En cuanto hizo el ofrecimiento, supo que había cometido un error. Ya le había dicho

él antes, que no pretendía trabajar para ella. Al no estar ya Chad, cualquier trabajo en la

fundación sería al final trabajar para ella.

—¿Cómo qué? ¿Jefe de seguridad del aparcamiento?

Esperaba resentimiento pero sólo oyó buen humor.

—Ese puesto está todavía disponible —le respondió con el mismo tono

—, pero no

me refería a eso.

—Gracias, pero ya aparecerá algo.

Estaba claro que no quería seguir hablando del tema.

—No te he ofrecido el puesto por gratitud, si es eso lo que estás pensando.

—Olvídalo, Kelly.

—Es decir... Que pueden echarte a patadas de Fénix por mí, puedes arriesgar tu vida

por mí, negarte a cobrar por protegerme, pero a mí no se me permite ofrecerte un puesto

de trabajo.

—Exacto —contestó, y levantó la tapa de la cacerola para ver cómo iba el arroz.

—Entonces, ¿qué tal si te compenso de otra manera? —sugirió, alzando la cabeza, desafiante.

Tuvo la satisfacción de ver su mano dudar en el aire antes de volver a colocar la tapa

sobre el arroz.

—¿Cómo?

El corazón se le había empezado a acelerar, bien por haberse atrevido a hacerle ese

ofrecimiento, o porque él pudiera aceptarlo. O quizás por ambas cosas.

—Ya te dije que confiaba en ti lo suficiente para que fijases tú el precio.

Las rodillas se le volvieron de gelatina al ver lo que había en su mirada. Sabía que no

era una buena idea, teniendo en cuenta todo lo que estaba pasando, pero ya no podía

resistir más.

Todo lo que la había empujado a buscar a aquel hombre, un perfecto desconocido, la primera noche, volvía a estar presente. Atracción física inmediata, soledad, dolor por la muerte de su hermano, y la sensación de estar desbordada por las circunstancias. Y para completar la mezcla, una intensa química sexual entre ambos. Sabía la clase de hombre que era. Que se podía confiar en él. Que tenía integridad, valentía y honor.

También sabía la clase de amante que era. Hábil y considerado. Paciente y exigente.

Excitante.

Y sabía que la deseaba. Lo había dejado patente la noche anterior.

—¿Estás segura?

Le gustaba ir al grano, y no le parecía precisamente un defecto.

—De lo único que estoy segura es de que no tiene nada que ver con la gratitud.

La miró a los ojos un segundo más, apagó los fuegos de la cocina y dio el paso que

los separaba. Ella siguió con la mirada todos sus movimientos, y el calor dulce e intenso

del deseo fue creciendo dentro de su cuerpo.

Le quitó la copa de las manos y la dejó junto a la suya antes de inclinarse sobre ella y

besarla en la boca.

Con el roce de sus labios, todas las emociones de la noche en que hicieron el amor

volvieron de inmediato.

El beso se volvió más intenso y él la abrazó contra su cuerpo con una necesidad que

parecía tan grande como la de ella. Deslizó las manos por debajo del jersey de algodón

que llevaba. Cálidas y firmes, ligeramente encallecidas, sensualmente abrasivas sobre su

piel, llegaron hasta sus pechos y aplicaron una presión que fue casi

dolorosa. Kelly
contuvo la respiración e inmediatamente aflojó la presión.
Se separó un instante de su boca para quitarle el jersey y tirarlo sobre la
encimera. La
humedad de sus labios no tuvo tiempo de secarse.
Sin dejar de besarla, soltó los corchetes de su sujetador y en un
santiamén, estuvo

junto al jersey en la encimera. Sólo entonces se separó para mirarla.
La primera vez que hicieron el amor, la había desnudado en la
penumbra del
dormitorio, y su boca había explorado cada centímetro de su cuerpo, pero ella
no se había
sentido expuesta. Pero allí, bajo la brillante luz de la cocina, fue distinto.
Alzó la mano derecha y de un modo casi reverente, tocó su pezón. A
pesar de la
vergüenza que le producía su desnudez, el pezón se endureció. Y todavía más
cuando él lo
hizo girar entre sus dedos.
Kelly tuvo que cerrar los dedos ante la intensidad de la sensación.
—¿Te gusta?
No podía ni siquiera contestarle, así que asintió. La presión crecía por
segundos.
—Dímelo —le dijo con suavidad.
No estaba segura de ser capaz de hacerlo, así que abrió los ojos para mirarlo.
—Dímelo —insistió.
—Me gusta —susurró ella—. Me gusta que me toques.
Él asintió como si se tratara de un niño que hubiese aprendido una difícil
lección. Y
su cabeza comenzó a descender de nuevo.
Pero aquella vez sus labios se cerraron sobre la superficie dura y
oscura que había
creado con los dedos, y comenzó a succionar su pecho, mientras ella,
incapaz de nada
más, ponía las manos por detrás de su cabeza, sosteniéndolo así, pegado a
ella.
La sensación creada por su boca fue creciendo hasta llegar a ser casi

insoponible, en
el borde del precipicio entre el placer y el dolor. Justo cuando creía
que no iba a poder
soportarlo más, la succión cesó. Pasó la lengua por la areola de su
pecho y luego sopló
ligeramente la humedad que había dejado sobre su piel.
Ella contuvo la respiración y se estremeció de nuevo. Era como si hubiera
esperado
toda una eternidad para sentir sus caricias. Esperándolo a él. Deseándolo sin
saber lo que
deseaba. Ahora ya lo sabía.
—¿Y eso? —preguntó él—. ¿Te gusta también?
—Ya lo sabes —le susurró—. Ya sabes que sí.
—Lo sé —contestó y ella sintió que la rozaba su respiración—. Lo sé todo
sobre ti.
Sé todo lo que te gusta. Tú me lo has enseñado.
Ella asintió y él volvió a lamerla, provocando una descarga eléctrica de puro
placer.
—Aquí no —dijo.
Ella volvió a asentir, entregada a lo mucho que lo deseaba. Ni siquiera era
capaz de
recordar por qué se había negado a aquello la noche anterior. Los dos
eran adultos. Los
dos libres de ataduras. Unidos por circunstancias ajenas a su control.
Circunstancias que le
habían hecho depender de aquel hombre para su seguridad.
Aquello no tenía nada que ver con la gratitud, sino con el modo en
que sus manos

viajaban por su piel. El modo en que sus besos le robaban no sólo el
aliento, sino la
voluntad. Con el recuerdo de sentirse bajo el peso de un cuerpo resbaladizo
de sudor. De
unos músculos encontrándose con otros al penetrarla.
Mientras todas aquellas imágenes se sucedían en su cabeza, de pronto
sintió que se
separaban. Intentó seguirlo, y él se hizo a un lado y tiró de su brazo.

Pero ella no podía soportar estar separada de él ni siquiera el tiempo necesario para llegar al dormitorio.

—Al dormitorio —dijo él, empujándola suavemente por la cintura.

Tenía razón. Quería saborear cada detalle, y la atmósfera de la cocina no era la mejor para ello.

Empezaron a andar y en aquel instante, sonó su móvil. Su primer pensamiento fue

que debería haberse acordado de apagarlo. El segundo, que podía ser una llamada de

alguna de las personas con las que habían hablado aquella misma tarde. Y todos ellos

podían tener la información que necesitaban.

—Debería contestar...

—¿Por qué?

—Podría ser Catherine.

Era la única que había prometido llamar, aunque no le había dado la impresión de que

fuese a hacerlo aquel mismo día. A lo mejor estaban de suerte.

Sin esperar a ver lo que decía él, se fue hasta la mesa en la que habían dejado la

compra del supermercado y lo buscó en su interior. Había sonado ya tres veces; una más, y

saltaría el buzón. Rápidamente pulsó el botón.

—¿Diga?

—Menos mal que te pilló... —dijo Catherine—. Empezaba a pensar que estabas

demasiado ocupada con ese pedazo de hombre para contestar al teléfono.

—No, estoy aquí.

¡Qué estupidez!

—Bien. Tengo algo que decirte. Tráete a tu perro guardián.

—¿Ahora?

—Es demasiado bueno para esperar. Creo que os va a interesar mucho a los dos.

—¿Sobre lo que hemos estado hablando esta tarde?

—Claro.

—¿Sobre...?

Dejó la frase en el aire confiando en que Catherine la completara, pero no fue así.

—No me gusta contar secretos por teléfono. Y menos en un móvil. Acuérdate de todo

lo que le pasó a la princesa Diana, aunque dijeran que fue el MI5. Si quieres la

información que tengo, tienes que venir. Y si no...

Estaba claro que se moría por contarle lo que sabía, pero al parecer tenía que ser en

directo. Y siempre existía la posibilidad de que hubiera descubierto algo que mereciera de

verdad la pena.

—Estaremos ahí en media hora.

Kelly alzó la mirada y se encontró directamente con los ojos del hombre que hacía un

instante, estaba a punto de llevarla a su cama y hacerle el amor.

—Catherine —dijo sin necesidad después de colgar.

—Y quiere que vayamos.

—¿Te ha dicho de qué se trata?

—Sólo que tiene que ver con lo que hemos hablado esta tarde.

El suspiro de John fue muy hondo, y sin decir palabra, recogió el jersey y el sujetador

y se los puso en la mano.

—¿A qué esperamos?

Capítulo 17

—¿Estás segura de que es aquí donde quería que nos encontráramos?

Kelly se estaba preguntando lo mismo. Estaban en la entrada de la casa de Catherine

y no había luces por ninguna parte; ni dentro, ni fuera.

También podía haberlo hecho así para protegerlos. Si tan importante era lo que había

descubierto, sería mejor que nadie se enterara de su encuentro.

—Eso es lo que dijo. A lo mejor ha dado la noche libre al servicio porque

veníamos
nosotros.

—¿Qué te apuestas a que lo que ha descubierto no es tan importante como te ha dicho por teléfono? No sé cómo iba a enterarse de algo tan valioso en tan sólo unas cuantas horas.

—Catherine tiene conexiones muy importantes, no lo olvides.

—Ya.

El escepticismo de John era más saludable que la descarga de adrenalina que había sentido ella al oír la voz de Catherine. Él tenía razón. A Catherine le gustaba presumir de codearse con la gente más importante.

—¿Por qué no entramos ya y salimos de dudas?

—Yo iré delante —dijo John antes de que abriera la puerta—. Tú pégate a mí. Y lo digo en serio.

Kelly lo miró. Tenía los ojos clavados en la mansión y su perfil se recortaba nítidamente a la luz de la luna.

—No pensarás que...

—Lo que pienso es que no hay que correr riesgos. Tú no invitarías a alguien a tu casa para luego dejarla oscura como una tumba.

—A menos que haya pensado que nosotros preferiríamos que estuviera así.

—O a menos que esto sea un montaje. En cualquier caso, yo voy delante y tú me sigues. Pegada a mis talones. Que cada vez que yo eche mano atrás, te toque. Aunque ni la situación ni el tono fuesen sugerentes, su elección de palabras sí que lo fue.

John abrió la puerta del conductor y se bajó del coche. Miró a su alrededor.

Aparentemente lo que vio, o lo que no vio, le pareció normal.

Se dirigió al otro lado de la furgoneta y abrió su puerta. Cuando Kelly bajó, pegó la

puerta al marco pero sin cerrarla. Con la suya había hecho lo mismo.

Cuando echó a andar, se dio cuenta de que llevaba la pistola en la mano. Avanzaban pegados a las sombras de la casa. Kelly iba tan cerca que con tan sólo alargar el brazo habría tocado su espalda. Ni una sola vez se volvió para mirarla. Confiaba en que seguiría sus instrucciones. Cuando llegaron a la puerta, usó su brazo izquierdo para pegarla a la pared de la casa y escuchó un momento antes de tocar el timbre. Pero cuando estaba a punto de hacerlo sonar, dejó la mano suspendida en el aire. Kelly se inclinó hacia delante, intentando ver qué pasaba. Él se volvió a mirarla enarcando las cejas. Si ocurría algo dentro de la casa, llamar al timbre no sería muy inteligente. Catherine los esperaba y comprendería sus precauciones, de modo que Kelly asintió, dándole permiso para entrar sin llamar. Accionó despacio el pomo de bronce de la puerta y abrió. Ninguno de los dos se movió. Ella contenía la respiración, escuchando el silencio sobrenatural que reinaba dentro de la casa. El frescor del aire acondicionado salía hacia la noche húmeda de Georgetown. Con un gesto de la mano izquierda, le indicó que lo siguiera y entraron en la oscuridad. Kelly respiró hondo intentando serenarse, pero no lo consiguió. Tenía la misma sensación que la noche de la tormenta al oír romperse el cristal. Que algo no iba bien. Pero no sabrían qué era si no entraban, así que obligó a sus pies a moverse. Sus ojos tardaron un par de segundos en acostumbrarse a la oscuridad, y al hacerlo,

una figura surgió ante ella. Era John, que avanzaba despacio y sin dejar de apuntar. Apretó el paso para no separarse de él. Sus ojos se habían acostumbrado ya por completo a la oscuridad, y pudo distinguir los muebles de las habitaciones que iban dejando atrás.

A la izquierda estaba el salón, del tamaño de un salón de baile, donde Catherine

recibía a las visitas. A la derecha estaba el comedor, igual de grande. John ignoró ambas

estancias y continuó caminando hacia el fondo de la casa. ¿Querría llegar al saloncito en el

que los había recibido aquella mañana?

Habían llegado al final del vestíbulo. Ante ellos estaba la escalera curva que se

dividía en un descansillo central para ascender después en dos tramos al segundo piso.

John se detuvo al pie.

Sólo la primera parte de la escalera, hasta el primer descansillo, era visible.

Sabía que

el dormitorio de Catherine quedaba en el segundo piso a la derecha, pero no podía ver

nada. Todo estaba completamente en silencio.

John se encaminó hacia el cuarto en el que habían estado aquella mañana. Al parecer

había llegado a la misma conclusión que ella. Si Catherine los estaba aguardando, estaría

allí.

Si Catherine los estaba aguardando... ¡Qué tontería! Catherine los había llamado para

pedirles que fueran. ¿Por qué no iba a estar esperándolos?

No se dio cuenta de que John se había parado y chocó con su espalda. Él la sujetó así

y escucharon. Aquella vez oyó ruidos, indistintos e inidentificables, que venían de la

habitación hacia la que creía que se dirigía John.

Se volvió a mirarla llevándose un dedo a los labios. Luego le mostró la palma de la mano para pedirle que esperara. Ella asintió.

John avanzó y casi inmediatamente quedó oculto en la oscuridad. Con la espalda pegada a la pared, Kelly esperó, intentando percibir algún sonido que pudiera proporcionarle pistas de lo que ocurría. No lo consiguió. No sólo no pudo seguir el avance de John, sino que los débiles sonidos que les llegaban del salón parecían haber cesado.

Siguió esperando. No podría decir cuánto tiempo, porque aunque hubiera mirado el reloj, no habría podido ver las manecillas. Sólo sabía que había transcurrido mucho tiempo. Demasiado sin un solo sonido. Demasiado sin que ocurriera nada. Demasiado para estar explorando una habitación pequeña.

Dio un paso sin despegar la espalda de la pared. Y después otro. Estaba ya casi en la puerta. Un paso más y vería el interior. Ya se percibía un resplandor, un ventanal por el que entraba la luna para bañar la habitación.

Seguía sin oírse nada. Nada que indicara lo que podía estar ocurriendo más allá.

Haciendo acopio de valor, dio el último paso que la colocó ante el arco de la entrada.

El sofá de color crema fue lo primero que llamó su atención. Luego el resto de objetos de la habitación.

Objetos y no gente. ¿Dónde diablos estaba John?

Volvió la cabeza para mirar el lugar en el que le había dicho que esperase.

Comparado con aquella estancia, el vestíbulo se veía mucho más oscuro. No quería dar marcha atrás. Mejor seguir hacia delante y tener algo de luz que volver a la

más absoluta
oscuridad.

Tras echar un último vistazo al vestíbulo con la esperanza de ver aparecer a John dio el paso que la hizo atravesar el arco y entrar en la sala donde Catherine les había ofrecido un té aquella tarde.

El jardín que quedaba al otro lado de los ventanales estaba perdido en líneas de sombras más oscuras y más claras. No había movimiento. Al otro lado de la habitación, había una puerta que aquella tarde estaba cerrada y que en aquel momento aparecía abierta. Según recordaba, conducía a la cocina y a la zona de servicio. Puesto que John no había vuelto a salir por el arco y el jardín parecía vacío, dio unos pasos sobre la gruesa alfombra. Al acercarse al final del sofá tapizado en damasco, algo llamó su atención. Entre el sofá y la silla en la que Catherine se había sentado, algo largo y oscuro yacía tumbado en la alfombra.

¿John? No. Aquella forma era demasiado pequeña. Demasiado estrecha. Identificó de quién se trataba antes de que su mente quisiera aceptarlo. Catherine Suttle estaba tirada sobre su alfombra de lana, sus ojos azules abiertos y mirando el

medallón de escayola que adornaba el centro del techo.

Temblando, se acercó a la mujer que había sido su amiga y confidente desde que

llegó a Washington. Se arrodilló y rozó los dedos largos y patricios que descansaban

inertes sobre la seda de la bata que Catherine llevaba puesta. Los diamantes que los

adornaban brillaban aún a la luz de la luna.

No había signos de violencia. No había sangre. De no ser por sus ojos vidriados,

podría haber estado dormida.

¿Un infarto? ¿Un ataque cerebral?

A pesar de que ella misma había sido víctima de dos ataques, tardó un momento en

considerar la posibilidad de que alguien la hubiera asesinado. Cuando lo hizo, se dio

cuenta de que la mujer que le había pedido que fuera allí, la mujer que decía tener

información vital que darle, estaba muerta.

Y el hombre que había prometido protegerla, había desaparecido.

Aunque sólo se había detenido unos segundos junto al cuerpo de Catherine, la sombra

que había visto en un rincón del salón no estaba ya. El pasillo al que la había seguido

conducía a una estrecha escalera que bajaba a otro nivel.

Allí había descubierto un laberinto de estrechos pasajes y habitaciones pequeñas y sin

ventanas que obviamente debían ser las de la servidumbre, cientos de años atrás. Su

avance se había visto ralentizado al tener que ir examinándolas todas, lo que al final le

había hecho sentirse como una rata en un laberinto.

Cada segundo que pasaba buscando en la oscuridad, intentando encontrar a

quienquiera que estuviera en la casa cuando habían llegado, era consciente de que Kelly

estaba sola. En otra ocasión, la noche en que ella vio al intruso en la ducha, se había visto

obligado a tomar la misma decisión. Había decidido no ponerla en peligro para perseguir

al hombre del pasamontañas. Y como resultado de esa elección, otra mujer estaba muerta.

También cabía la posibilidad, de que a pesar de la rápida conclusión a la que había

llegado tras un breve examen del cuerpo, la mujer no estuviese muerta.

En ese caso,

necesitaría atención médica inmediata. Y cada segundo que pasara

buscando en aquel
laberinto podía ser crítico.
Frustrado porque el asesino hubiera vuelto a escapársele por los pelos,
comenzó a dar
marcha atrás, manteniendo bien empuñada la Glock por si el asesino había
encontrado un
lugar en el que ocultarse y esperaba precisamente su retirada.
A pesar de que tardó menos en volver que en bajar, con todo debía
llevar perdidos
cinco minutos, y al entrar en el salón, buscó inmediatamente con la mirada a
la mujer que
seguía inmóvil sobre la alfombra.
Se acercó a Catherine y aplicó los dedos a la carótida. Esperó, pero
no hubo
respuesta. El pulso estaba inmóvil.
Catherine Suttle se había equivocado. Aquellos bastardos, quienes
fueran, sí se
habían atrevido con ella.
Pasó una mano por sus párpados, finos como el papel, y los cerró. Parecía
más en paz

así. Como si durmiese a la luz de la luna.
Se levantó y pasó bajo el arco para ir en busca de Kelly. Teniendo en cuenta
el tiempo
que había pasado, esperaba encontrarla en el salón, pero al parecer,
había seguido sus
instrucciones.
Al llegar al vestíbulo, comparado con la luz del salón, parecía sumido
en la más
absoluta oscuridad. Tardó un momento en poder distinguir algo. Entonces se
dio cuenta de
que no había sido un problema de visión. El problema era que Kelly ya no
estaba donde la
había dejado.

Capítulo 18

La mano que le tapaba la boca, estaba cubierta por un guante fino de piel. Podía oler el inconfundible olor del cuero del que estaba hecho. Y podía oler también al hombre que la sujetaba. El olor acre de la transpiración inducida por la tensión bajo el olor a colonia o a loción del afeitado. Algo sutil y caro. A pesar del miedo, se dio cuenta de la importancia de ese hecho. La primera vez había contratado a alguien para que le hiciera el trabajo sucio. Aquellos críos del aparcamiento, olían a tabaco y a camisetas sucias. Aquel era el olor de Wall Street en un mal día. Pero no por ello era menos amedrentador. Trastornada al encontrar el cuerpo de Catherine, había dejado de prestar atención a lo que la rodeaba. Su primera intención había sido ir en busca de John, pero teniendo en cuenta el tamaño y la oscuridad que reinaba en la casa, se dio cuenta de que salir en su busca era darse de frente con la situación en la que, irónicamente, había terminado. En lugar de salir por la puerta del fondo, que era lo que sentía que debía hacer, había optado por volver al vestíbulo en el que John le había dicho que esperase. Había pensado salir al coche y llamar por el móvil a la policía, pero no había podido llegar tan lejos. El hombre que la sujetaba estaba escondido en las sombras y el golpe que le propinó en la cabeza no le hizo perder la consciencia. Al menos eso creía ella. Las rodillas, eso sí, habían cedido por la fuerza del golpe y había caído al suelo. Luego notó que le ponían un pañuelo húmedo bajo la nariz. El producto en el que estaba empapado le quemaba la nariz y le abotargó la cabeza, de modo que

aunque se dio
cuenta de que le ataban las muñecas, no pudo oponer resistencia.
La había levantado del suelo pasándole los brazos por las axilas, y antes de
que ella
pudiera ordenar sus pensamientos, le había tapado la boca y le había
colocado el frío y
duro cañón de una pistola bajo la mandíbula.
—Un solo ruido, y estás muerta —le susurró al oído.
La combinación del dolor, el miedo y los efectos de la sustancia del pañuelo
la hizo
dejarse guiar. En lo único que podía pensar era en por qué no le
disparaba ya. Tardó
mucho en entender que no podía hacerlo sin llamar la atención. Y aún tardó
más en darse
cuenta de por qué eso era importante.
John estaba vivo.
Sólo las lágrimas que aliviaron el escozor de los ojos la ayudaron a darse
cuenta de
que gran parte del miedo que sentía era temor ante la posibilidad de que John
pudiera no
seguir vivo. Porque si lo estaba, acudiría en su busca. Lo sabía con una
certeza que no le
dejaba lugar a dudas, ni siquiera en el rostro del terror. Lo mismo que se
había enfrentado

a aquellos adolescentes, John encontraría y neutralizaría la amenaza que era
aquel hombre
que la retenía en las sombras de debajo de la escalera.
Esperaron juntos, sus respiraciones suspendidas al intentar percibir
cualquier ruido
que hiciera la única otra alma que había en la casa. Kelly cerró los ojos y rezó
en silencio.
Al menos era capaz de pensar. El dolor que la había aturcido había pasado a
ser ya un
martilleo soportable, e incluso los efectos secundarios de ese líquido
empezaban a
disminuir. Y empezaba también a ver mejor.

Desde la oscuridad de debajo de la escalera, podía ver el vestíbulo que daba paso al salón. En cualquier momento...

De pronto, casi como en una revelación, se dio cuenta de que en cuanto John apareciera en su campo visual, el hombre que la retenía apartaría el cañón de su garganta y le dispararía. Entonces acabaría el trabajo matándola a ella.

No había razón para hacerlo de otro modo.

No había por qué negociar. Empezó a moverse para intentar liberarse de aquella mano

y avisar a John. Pero no consiguió nada. El hombre apretaba con firmeza, e incluso llegó a

taparle la nariz también para asustarla y obligarla a estarse quieta.

Pero la falta de aire sólo sirvió para reafirmarla en la idea de que aquella era su última

oportunidad. Tenía que hacer algún ruido, aunque fuese un gemido inarticulado. Al menos

John se imaginaría que algo no iba bien.

Comenzó a gemir sin dejar de mover la cabeza a un lado y a otro con la esperanza de

liberar sus labios y conseguir gritar, aunque fuese una fracción de segundo.

—Te juro que te mataré —le advirtió él—. Haz un solo ruido más y te vuelo la

cabeza. Eso le hará salir.

Para demostrar que hablaba en serio, apoyó el cañón de su arma en la sien.

Hablaba

en serio, porque en el silencio de la noche oyó un ruido junto al oído, como si hubiese

amartelado el arma.

Y entonces, casi simultáneamente, se oyeron pasos. Alguien avanzaba sobre el suelo

de mármol. Venía desde el salón.

Quizás Kelly había salido al coche. Al salir del apartamento, se había llevado el

móvil en el bolso, que se había quedado en el asiento del coche. Porque si había entrado

en el salón y había visto el cuerpo...
Nunca sabría decir qué le había hecho dudar.
El instinto, quizás. La experiencia. Algún sonido indiscernible o un
atisbo de
movimiento en lo más profundo de las sombras del vestíbulo.
Fuera lo que fuese, le salvó la vida. La bala se empotró en la pared,
exactamente
donde habría estado él de no haberse detenido. Antes de que su eco se
hubiera apagado, se
había refugiado ya al otro lado del arco.
Era imposible devolver el disparo al no saber dónde estaba Kelly.
—¿Kelly? —la llamó, esperando contra toda esperanza que pudiera
contestarle.

Pero lo que oyó fue el estallido de otro disparo que rozó el arco, arrancándole
parte de
la madera. Instintivamente se llevó la mano a los ojos para protegerse.
—Tírala —le ordenó una voz que provenía de su derecha.
Dirección equivocada. Voz equivocada. Sexo equivocado. Fue a darse la
vuelta, pero
la advertencia lo detuvo:
—Si tú mueres, no tendrá ninguna oportunidad y lo sabes. Tira el arma.
Por el rabillo del ojo pudo distinguir una forma oscura en la puerta del otro
lado de la
habitación. Entonces eran dos. Ambos armados. Teniendo en cuenta sus
posiciones,
podían mantenerlo inmóvil bajo el fuego cruzado.
Y quienquiera que hablase, tenía razón. Si le disparaban, no habría nada ni
nadie que
les impidiera matar a Kelly. Y esa había sido su intención desde el principio.
No tenía muchas más salidas. Si se giraba lo suficiente para dispararle
a la mujer,
quienquiera que estuviera al fondo del vestíbulo, le metería una bala en la
cabeza o en la
espalda, y no podía arriesgarse a eso. Más tarde quizás, pero no en aquel
momento.
Moviéndose despacio, se agachó y dejó la pistola en el suelo. Al

incorporarse de nuevo, alzó los brazos en un gesto tradicional de rendición. Tenía el estómago hecho un nudo, esperando el impacto de una bala.

—Aléjala con el pie hacia el vestíbulo —le ordenó la voz de mujer. Dudó una fracción de segundo, aún calibrando sus opciones. Luego empujó la Glock con la punta del pie y quedó perdida en la oscuridad.

—Venid —le gritó la mujer a su compinche—. Siéntate en el sofá —le ordenó a John al tiempo que se acercaba a él—. Y deja las manos donde pueda verlas. Entonces reconoció la voz. Bertha Reynolds había visto demasiadas películas.

—¡Qué bien! Todos juntos —dijo, mirando hacia la puerta. John apartó la vista del enorme cañón de la Walther que empuñaba y vio a Kelly aparecer bajo el arco. A pesar de la oscuridad, el que la retenía había vuelto a colocarse el pasamontañas. La combinación del arma apoyada en su sien y su siniestro aspecto le recordó a John, que a pesar de la edad de Bertha, dos personas habían muerto ya a sus manos.

—Al sofá —dijo el hombre. No era Daniels. Habría reconocido su voz y su acento sureño. El hombre empujó a Kelly hacia delante con tanta fuerza que cayó sobre el sofá. John la miró a los ojos y negó con la cabeza para hacerle comprender que no debía intentar nada. El recuerdo de su ataque desesperado utilizando como arma una sandalia le había vuelto a la cabeza. Claro que con las manos atadas a la espalda, poco podía hacer.

Casi como respuesta a ese pensamiento, Bertha ordenó:
—Desátala.

Entonces es que necesitaban que Kelly hiciera algo para lo que eran indispensables

sus manos. Fuera lo que fuese, por ese motivo seguía viva.
Que Kelly quedase con las manos libres parecía ofrecerles alguna ventaja, pero tenía que encontrar el modo de utilizarla.
—¿Por qué hacéis esto? —le preguntó ella al hombre del pasamontañas, mientras le aflojaba las tiras de tela con que le había sujetado las muñecas.
Una elección extraña, pero seguramente habían tenido que improvisar.
—Dinero, querida. Mucho dinero —contestó Bertha.
—*El Legado*.
—Sabremos darle mejor uso de lo que Chad o tú habríais podido imaginar. El hombre se guardó las ligaduras en el bolsillo antes de volver a empujar a Kelly hacia delante. Al quedar sentada a su lado, John detectó olor a cloroformo. Entonces no había sido un ataque improvisado. O quizás lo habían llevado para Catherine.
—No los pierdas de vista.
Bertha se movía lateralmente, sin dejar de apuntar a John. Junto a uno de los sillones de orejas que había frente al sofá, sacó un bolso de grandes dimensiones. Debía haber ido a visitar a Catherine abiertamente para después, con ayuda del hombre del pasamontañas, tomar a la mujer por sorpresa. Quizás había sido ella misma quien le había proporcionado la información que tanto había entusiasmado a Catherine. De ser así, había funcionado bien. Tenían a Catherine y los tenían a ellos dos.
Bertha sacó unos folios del bolso y sin quitarle la vista de encima a John, y por supuesto sin dejar de apuntarle, los colocó sobre la mesa baja del centro, delante de Kelly.
Se separó con la misma atención que había mantenido desde el principio. Desde luego no se la podía tachar de descuidada.
—Tienes que firmar en dos sitios. Los dos están marcados con una cruz. Es

casi como

la búsqueda de un tesoro —añadió en tono casi jovial—. Incluso la analogía es buena.

Era obvio que estaba entusiasmada. Quizás pudiera utilizar su estado de ánimo para

ganar algo de tiempo. En esas películas en blanco y negro en las que había aprendido

aquellos diálogos, el villano siempre hablaba demasiado.

—Con *El Legado* como tesoro —sugirió.

—Una organización bien establecida, legítima y con un perfil muy alto.

Una

organización que ya estaba repartiendo millones cada año, y que con la dirección

adecuada, puede generar muchos más.

—Y la dirección será la tuya, me imagino —añadió Kelly con sarcasmo—.

¿Es que

no pudiste convencer a Chad de que hiciera lo que tú querías?

—Por desgracia, tu hermano estaba convencido de que la decisión final debía ser sólo

suya. Y hacía preguntas inconvenientes. La misma tendencia que tienes tú, querida, y no

íbamos a empezar con ese juego otra vez.

—¿Quiénes? ¿*La Alianza*? —preguntó John—. ¿O te refieres a vosotros dos?

—Pura semántica —contestó Bertha—. Teníamos otros objetivos para el dinero que

Chad reunía tan incansablemente. Pero cuando empezó a ponerse correoso...

—Lo matasteis —concluyó Kelly con una voz cargada de odio.

—Por su puesto que no. Fue un error de pilotaje causado por una sobredosis de

medicación. ¿Es que no te han explicado todo eso? Por cierto, que si tienes alguna duda al

respecto, ese será el resultado final de la investigación.

—¿Cómo puedes saberlo? —intervino John.

—Porque hay gente muy poderosa envuelta en esto. Si Cabot sigue investigando,

puede que descubra que se ha metido en camisa de once varas.

—No lo subestimes.

Si algo les pasaba a ellos, le resultaba reconfortante pensar que Fénix ya andaba tras aquella pista. Y tras *La Alianza*.

—Subestimar a la gente es un error que no suelo cometer. Excepto en su caso, quizás.

Enhorabuena, querida. Estaba segura de que serías tal y como Chad te veía.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Alguien que no iba a saber qué hacer con el dinero de la familia o viviendo en

Washington. Pensamos que harías la aparición imprescindible tras la muerte de Chad y

que luego dejarías *El Legado* en manos del consejo.

—Pues siento haberos desilusionado.

—¡Ah, bueno! Todo saldrá bien al final. Creo que incluso es mejor así. Firmas la

cesión del control a los directores y así no tendremos que volver a preocuparnos por las

interferencias de nadie.

—Yo no contaría con eso —dijo John.

—¿Cabot? Sin Kelly y sus cheques, imagino que no tendrá ningún inconveniente en

olvidarse de todo esto.

—El interés de Fénix en *El Legado* comenzó mucho antes de que Kelly acudiese a

ellos.

La duda de Bertha le confirmó lo que quería saber. Que no tenía ni idea de que la

relación de Cabot con todo aquello precedía a la visita de Kelly a su oficina.

Al parecer,

La Alianza no era tan omnisciente como se creía.

Bertha miró a su cómplice, y John ya se había preparado para la acción cuando

rápidamente volvió a mirarlo. Aunque el instante en el que no le había mirado había sido

muy breve, se maldijo por no haberlo aprovechado. Bien podía no tener otro, porque si

Kelly firmaba aquel documento, estaría firmando su sentencia de muerte.
—Por ahora es suficiente —dijo Bertha—. Ya nos ocuparemos de Cabot cuando llegue el momento. Y créeme... Por buenas que sean sus conexiones, no tiene una sola oportunidad.

—Ya se lo diré. Seguro que le quita el sueño.
—Os creéis tan listos todos vosotros... Tenéis un trabajo fácil que hacer por este país, y ni siquiera sois capaces de hacerlo en condiciones. Tardó un segundo en emplazar sus palabras, y cuando lo hizo, le resultó tan fuera de contexto como el hecho de que fuese Bertha Reynolds quien les estuviera apuntando con un arma.
—Lo único que teníais que hacer era protegernos —continuó—, y no fuisteis capaces de hacerlo. Y luego nuestro querido ejército no fue capaz de localizar a los responsables. Su voz se había vuelto más áspera a medida que hablaba. Seguía apuntándoles, pero era palpable que su pensamiento estaba en lo que les estaba diciendo.
—Pues muy pronto no tendréis ya más opciones. El pueblo norteamericano se alzaré y exigirá que la tierra quede limpia de esos infieles. Y nosotros nos encargaremos de ello. Era una locura, pero estaba empezando a encontrar la relación de *La Alianza* con el terrorismo. No era de extrañar que nadie se hubiese figurado lo que estaba ocurriendo. Era de una lógica tan retorcida que desafiaba la razón.
—Jihad —dijo—. Y la estáis incitando vosotros.
—Jamás ha habido una guerra más santa en la historia de la humanidad. Y esta vez ganaremos nosotros.
—Pero primero tendréis que enseñarle a todo el mundo cuál es la amenaza

verdadera.

—La gente de esta ciudad no actúa. Sólo reacciona.

—Así que sufragáis un poco de terrorismo doméstico para causar la reacción que buscáis.

—Bertha.

Por primera vez habló el hombre del pasamontañas, y lo hizo en tono de advertencia.

—¿Hugh? ¡Hugh! ¿Eres tú?

Kelly no podía dar crédito. Desde luego, como responsable de finanzas de *El Legado*,

Donaldson estaba en la posición perfecta para llevar a cabo las fantasías de Bertha. Que el

director general de una gran empresa pudiera creerse toda aquella verborrea sobre la guerra era mucho más difícil de tragar.

No hubo respuesta a la pregunta de Kelly, aunque el hombre apartó la mirada de ellos

para fijarla un instante en la mujer que les apuntaba. John volvió a preguntarse si debería

aprovechar aquella mínima oportunidad para lanzar un ataque. Pero antes de que pudiera

entrar en acción, el arma de Donaldson volvía a apuntarle con firmeza.

—Y una vez que Kelly haya firmado la cesión, ¿qué haréis? —preguntó, intentando

desencadenar otro momento de flaqueza o de rabia—. La cuenta de cadáveres está

subiendo. Cada vez va a resultar más difícil de explicar. Primero Chad, después

Catherine... —deliberadamente miró a la mujer tirada en el suelo—.

Luego nosotros

dos... ¿No creéis que al final alguien terminará por darse cuenta?

—¿Por qué? Chad murió por un error de pilotaje. Un desgraciado coma diabético se

llevó la vida de Catherine, irónicamente la noche en que libraba el personal de servicio. Y

la pobre Kelly Lockett... —se lamentó con voz untuosa—. Aún destrozada por la muerte de su hermano, se quitó la vida. Era el escenario que se había imaginado al encontrar el cristal roto en la cocina de Chad. Incluso explicaba las ligaduras de tela. Era menos probable que dejaran marca que el forense pudiera encontrar al investigar un caso de suicidio. —Siento desilusionarte otra vez, Bertha —intervino Kelly—, pero no pienso firmar esos papeles. Debes estar loca si crees que voy a ponértelo fácil. Si de todos modos voy a morir... —¿Y por él? —preguntó, apuntando el vientre de John—. ¿Firmarías si él te lo rogase? ¿Y si empezásemos por volarle una rodilla? —Las manchas de sangre en la alfombra de Catherine serían difíciles de explicar — contestó John. A pesar de aquella salida, sintió que un frío húmedo la invadía por dentro. Kelly tenía razón: Bertha Reynolds estaba loca. Los dos debían estarlo si creían que podían salir indemnes de todo aquello. —Esta es la pistola de Catherine. Si es necesario, se la pondremos en la mano... Su frase se vio interrumpida por unos golpes. Alguien llamaba a la puerta.

Capítulo 19

Era la oportunidad que había estado esperando. John se lanzó hacia delante, intentando arrancarle el arma de la mano a Bertha antes de que se disparase. Tal y como esperaba, apretó el gatillo en cuanto se dio cuenta de lo que se le venía encima, pero consiguió desviar el cañón a tiempo, de modo que la bala impactó en

el cristal de una
ventana.

Por el impulso que llevaba, la tiró al suelo y el arma salió despedida sobre la alfombra. Mientras se ponía a horcajadas sobre ella intentando localizarla, Donaldson reaccionó por fin.

A pesar de la escasa luz, la puntería del contable resultó ser notable. De no haber estado peleando por alcanzar el arma, le habría acertado en la espalda. Pero a quien alcanzó fue a Bertha, que estaba atrapada bajo su peso. La oyó contener el aliento al recibir el impacto, y luego gimió al quedar inmóvil.

Para entonces ya había encontrado él la Walther. La amortilló al tiempo que rodaba sobre la espalda. La tercera bala hizo blanco en el suelo, a escasos centímetros de él.

Entonces, al alzar la cabeza, vio que Kelly se había levantado del sofá mientras él buscaba el arma de Bertha y que había agarrado el brazo de Donaldson intentando impedir que volviese a disparar. El contable intentó quitársela de encima, pero ella se agarró como si su misma vida dependiera de ello. Y así era.

En el forcejeo, John no se atrevía a disparar por temor a no acertar, pero de pronto Donaldson empujó a Kelly con tal violencia, que fue a caer sobre la mesa de al lado del sofá.

El brazo armado de Donaldson siguió su caída. Quizás creyera que puesto que John no le había devuelto el disparo, estaba incapacitado o bien no había localizado el arma de Bertha. Fue su último error.

John apretó el gatillo. Donaldson retrocedió unos cuantos pasos como lanzado hacia

atrás por el impacto de la bala, y cayó al suelo.
John estaba de pie antes de que cayera sobre la alfombra, y tras asegurarse de que Bertha ya no era un peligro, corrió junto a Kelly para ayudarla a levantarse pasándole un brazo por la cintura.
Le debían la vida a quienquiera que hubiese llamado a la puerta, pero aun a pesar de la reacción de sus captores ante la interrupción, no podían estar seguros de que la persona de al otro lado de la puerta fuese amiga.
John se detuvo bajo el arco y colocó a Kelly a su espalda antes de asomarse al vestíbulo en sombras. Un hombre armado, esperaba en el rectángulo del porche iluminado por la luna.

—¿John?

Era Ethan. Incluso tenía sentido que fuese él. Se estaba ocupando del caso, y las órdenes de Cabot desde un primer momento habían sido vigilar a Kelly Lockett.

Afortunadamente, Ethan las había seguido a pies juntillas.

—Ya ha pasado todo. Estamos bien.

—¿No hay que seguir con la limpieza?

—No de la clase a la que tú te refieres —contestó, pensando en las implicaciones políticas de todo aquello, así como en la carnicería que había en aquella habitación—.

Pero más de la otra de lo que ninguno de nosotros podemos imaginar en este momento.

—¿Intentaban meternos en una guerra santa? —preguntó Ethan, incrédulo. La policía había llegado y los técnicos estaban procesando la escena del crimen,

utilizando generadores de luz. A ellos tres les habían pedido que se quedaran en la casa

hasta que pudieran repasar todo lo ocurrido con los detectives. Aunque

Ethan había llamado a Cabot, el director de Fénix aún no había aparecido. Habían decidido esperar en la cocina de Catherine. Kelly había localizado unas cuantas velas y las habían encendido en torno a la barra a la que estaban sentados.

—Por ridículo que parezca, eso es lo que dijo Bertha Reynolds —le explicó John.

—Planeaban utilizar el dinero de *El Legado* para financiar actos de terrorismo y culpar de ello al mundo musulmán —añadió Kelly.

Y de no haber sido por John, podrían haberlo conseguido, ya que no les dolían prendas eliminando a quien se interpusiera en su camino. Chad. La pobre Catherine. Y no habrían dudado de matarla a ella si se hubiera negado a firmar aquellos documentos.

Desde luego su método de presión habría sido altamente eficaz. No habría sido capaz de presenciar cómo disparaban a John. El peor momento de su vida, a la misma altura que cuando le llegó la noticia de la muerte de su hermano, había sido el del disparo de Hugh mientras John intentaba arrebatarle el arma a Bertha. Si hubiera llegado a ocurrirle algo...

—Por eso se hablaba de *El Legado* en la comunicación que tú interceptaste. Kelly dejó a un lado sus sombríos pensamientos para concentrarse en aquella explicación.

—¿Y tú crees que todo eso está ligado con *La Alianza*? —preguntó Snow—. Me parece que va a ser un hueso duro de roer.

—Es una pena que ninguno de los dos haya sobrevivido para poder contestar unas cuantas preguntas.

—Lo que pudieran decir o dejar de decir no era prioritario en ese momento. John la miró, y el mensaje que leyó en sus ojos no dejaba lugar a dudas.

Donaldson

era una amenaza real contra ella, y no lo había dudado. Tenía que eliminarlo, aunque ello

significara que acababa con un importante testigo de la trama que se estaba desarrollando.

—No me acuerdo de si te he dado las gracias —le dijo John a Snow—. Cuando

llamaste a la puerta, bajaron la guardia el tiempo suficiente para que yo intentara hacerme con una de las armas.

—Me pareció que algo no iba bien. La casa estaba a oscuras, y vosotros llevabais dentro demasiado tiempo.

—Dejémoslo en que me alegro de que te dieran a ti esta vigilancia.

—Yo también se lo agradezco —dijo Kelly—, aunque creo que el señor Cabot podrá seguir adelante con su investigación a partir de ahora sin necesidad de tenerme vigilada.

—Lo tendré en cuenta.

Había hablado el director de Fénix, que acababa de entrar acompañado de uno de los

policías de uniforme. Sus ojos oscuros resultaban penetrantes incluso a la escasa luz de las

velas. Miró a John más tiempo que a Ethan, lo cual indujo a pensar a Kelly que quizás

estuviese considerando lo desacertado de su decisión de prescindir de aquel hombre.

—Me han dicho que ninguno de vosotros está herido.

—Gracias a John.

Él ladeó la cabeza.

—Tiene suerte de que trabaje para usted.

—No trabaja para mí, y no crea que no se lo he ofrecido.

—Si no hubiera sido por la llegada de Ethan... —empezó a decir John, pero Cabot lo interrumpió.

—La sociedad de la mutua admiración —bromeó—. En fin, que me

alegro de que
todos estéis bien.

—Excepto Reynolds y Donaldson —le recordó Ethan.

Al parecer, le había hecho un rápido resumen de lo ocurrido por teléfono.

—¿Pudiste con los dos? —le preguntó a John.

—Sólo le he disparado a Donaldson. Fue él quien le disparó a la
mujer intentando

darme a mí. Kelly le desvió el disparo.

Cabot enarcó las cejas.

—A lo mejor debería considerar la posibilidad de contratar a la señorita
Lockett...

—Estoy segura de que no sería buena idea para ninguno de los dos —
contestó ella—.

Me pasa como a John, que reacciono ante las situaciones. Creo que se
llama pensar por
uno mismo.

—En honor a la verdad, he de decir que el despido de John tenía otras causas,
aparte

de la de pensar por uno mismo.

Curiosamente la respuesta de Cabot parecía más divertida que otra cosa.

—Se refiere a la noche que pasó conmigo —espetó Kelly.

Cabot asintió. Seguía pareciendo divertido.

—¿Serviría de algo que le dijera que fui yo la instigadora?

—Espero de mis agentes que sean capaces de resistirse a la tentación,
señorita

Lockett. Aunque sea una tentación tan irresistible como usted.

Decía que no podía volver a Fénix, pero Ethan tenía razón.

Habiéndolo visto en

acción aquella noche, sabía que su lugar era aquella organización, haciendo el
trabajo que

había hecho para ella. Ayudando a los demás cuando no sabían enfrentarse al
peligro.

Intentando ocultar la sonrisa, Cabot se miró la punta de sus caros
zapatos. Cuando

volvió a levantar la cabeza, la había controlado ya.

—Parece ser que te ha salido una defensora —le dijo a John.

—No es una opinión imparcial —respondió él.

—No puedo serlo, después de que me has salvado la vida esta noche —contestó

Kelly antes de volverse hacia Griff—. Y es sólo la más reciente de las ocasiones en que lo ha hecho. Hay que ser un hombre de verdad para admitir una equivocación, señor Cabot.

—¿Ethan?

La pregunta parecía fuera de contexto, pero Snow la entendió.

—Yo he sido desde el principio de la opinión de que John debe estar en Fénix.

—Así que tu también dices que yo estaba equivocado.

—Tú tienes que mirar por el equipo, pero yo, como operativo, quiero a John guardándome las espaldas.

Ahora que parecía que había inclinado la balanza definitivamente en su favor, Kelly

estaba sintiendo una inexplicable tristeza. Había visto por sí misma la clase de peligros a

que se iba a enfrentar trabajando para Cabot, y no podía evitar pensar si no habría hecho

mejor metiéndose en sus asuntos. John podría haber encontrado algo que no fuera tan

peligroso. Incluso cabía la posibilidad de que hubiera conseguido convencerlo para que

trabajase en la fundación.

Claro que con todo eso, estaba dando por sentadas dos cosas... Que ella iba a seguir

al frente de *El Legado*, y que tenía esa clase de influencia sobre John, cuando ni siquiera

había sido capaz de convencerlo de que aceptase un sueldo por ocuparse de su protección.

—¿Estás de acuerdo? —le preguntó Cabot a John.

—No hay duda de que querría la misma clase de casos que me confiabas en un principio. Primero porque valoro tu confianza. Siempre la he valorado. Pero... Quiero

formar parte de lo que estás haciendo, y haré lo que sea necesario.

—Creo que ya lo has hecho.

Y le ofreció la mano, que John estrechó. Hubo una intensa corriente de emoción entre

ambos, pero que ninguno dejó que trascendiera al exterior.

—Me gustaría pedirle que reconsiderara lo de su vigilancia por el momento

—le dijo

Cabot a Kelly—. Hasta que sepamos si hay algún miembro más del consejo involucrado

en esto, me gustaría que alguien siguiera vigilándola. Para garantizar su protección, por

supuesto. John ha dicho que está dispuesto a hacer lo que sea, así que...

—Quiere asignarle mi caso.

—Al menos así recibirá una compensación por hacerlo.

Le tocó a Kelly ocultar la sonrisa, y les hizo esperar a los dos unos segundos.

John

parecía sorprendido de que no hubiese aceptado de inmediato.

—Ah... —exclamó, como si de pronto lo entendiera—. Económica, se refiere.

—Los incentivos que puedan acompañar a cualquier trabajo quedan fuera de mi

jurisdicción —respondió Cabot, que no se había perdido ni una sola implicación—.

Mientras, continuaremos con nuestra investigación de *La Alianza*. John es libre de ayudar

en ello si quiere, pero su primera responsabilidad será ocuparse de su seguridad. Piensa

quedarse por aquí, ¿verdad?

—Tengo un negocio en Connecticut —contestó, pensando en lo tranquila que era su

vida allí. Y lo solitaria—. Pero hasta que los asuntos de mi hermano estén arreglados, su

nombre haya quedado limpio, y me asegure de que *El Legado* está en buenas manos, no

me voy a marchar.

Cabot asintió.

—Entonces, entiendo que accedes a ocuparte de este caso, ¿no? —le preguntó a John.

—No podría desear otro mejor.

—¿Cansada? —le preguntó John, mientras usaba la llave de ella para abrir la puerta.

Cansada, no. Estaba exhausta. Desde que recibió la llamada diciendo que el avión de

Chad había desaparecido, no había conocido un momento de paz.

Excepto las pocas horas que había dormido en los brazos de aquel hombre.

Desde la

primera noche había sabido que era alguien en quien podía confiar. Su instinto no se había

equivocado, pero su intelecto había necesitado algo más de tiempo para reconocerlo.

—Cansada y aliviada —contestó, viendo cómo él insertaba el código de seguridad—.

Sé lo que dijo Cabot, pero no puedo creer que haya alguien más en el consejo metido en

todo esto. Sabemos que Catherine no lo estaba, y no me imagino a ninguno de los demás

en esa locura. Al fin y al cabo, todos han defendido vehementemente sus causas.

Y Bertha y Hugh también. Esa era parte de su tapadera. Lo mismo que quejarse por el

cambio en el reparto de los fondos.

—Griff y Ethan llegarán al fondo de todo ello —dijo John, siguiéndola al despacho

de Chad—. Si hay otros, encontrarán rastro de ellos. Créeme: Nadie hay mejor que Fénix

para localizar esa clase de pruebas. Mantienen lazos muy estrechos con Inteligencia. Y en

casos como éste, pedirán que les devuelvan los montones de favores que han hecho.

—Me resulta difícil de creer que el dinero que Chad recaudaba, fuese para matar

gente. Es todo lo contrario de por lo que él luchaba. Sólo quería hacer el bien.

—Al menos ya puedes estar tranquila de que no va a volver a suceder.

—He estado pensando precisamente en eso. Cuando llegué a Washington, no podía

esperar para dejar la dirección de *El Legado* en otras manos.

Necesitaba escapar de una responsabilidad que nunca había deseado.

Hizo una pausa.

—¿Y ahora?

—Ahora me he dado cuenta de lo fácilmente que se puede corromper una persona.

Cuánta gente estaría deseando utilizar el sueño de Chad y *El Legado* para sus propios

finés. Y no estoy segura de ser capaz de confiar de nuevo en que alguien vaya a

protegerlo.

—Aparte de ti.

No había sorpresa en su voz.

—Es que sé tan poco sobre llevar una organización como ésta...

—Sabes más de lo que sabías hace dos meses. Lo más duro ya ha pasado. A partir de

ahora, será más fácil.

—Siempre y cuando no haya nadie más que quiera matarme —bromeó.

—Siempre y cuando dejes que sea yo el que se preocupe por eso. Tú ya tienes

bastante con ocuparte de *El Legado*. Y de mi carrera.

Kelly sonrió.

—Ha sido muy fácil. Era obvio que Cabot se estaba arrepintiendo.

—Te las has arreglado muy bien para convencerlo.

—¿Y a ti?

—A mí ya me convenció la sandalia.

Ella se echó a reír.

—Menos mal que verdaderamente no necesitabas mi ayuda. Menudo aliado...

—Y esta noche —continuó muy serio—. Has impedido que Donaldson me hiriera.

No se me ocurre nadie mejor para guardarme las espaldas en una pelea.

Era una ridiculez y los dos lo sabían, pero eso no impidió que los ojos se le

llenaran
de lágrimas.

John alzó la mano para secárselas y ella, avergonzada, bajó la cabeza un poco.

Entonces él cambió el gesto y empujó suavemente y hacia arriba su barbilla. Sonreía. Había reconocimiento en su mirada. Y algo más. Algo que la atraía como el

calor del fuego en una noche de invierno.

Buscó sus brazos con la misma naturalidad como si llevara años haciéndolo.

Y así lo

sentía.

Y cuando sus labios se encontraron, tuvo de nuevo aquella sensación de estar

haciendo lo que debía. De ser aquel su lugar.

John la apretó contra su cuerpo, tanto que sintió la fuerza de su erección, lo que la

llenó de excitación.

No podía recordar por qué se había resistido. Aquella noche no iba a haber dudas. Era

entre sus brazos donde debía estar, y era como si su corazón lo hubiera sabido desde el principio.

—A la cama —sugirió con suavidad.

Y sin esperar a su respuesta, la tomó en brazos como había hecho la noche de la subasta.

No hubo inquietud, sino una alegría, una expectación, la sensación de volver a casa

después de un largo y arduo viaje.

Epílogo

En aquella ocasión, no hubo seducción. Se unieron en un frenesí de necesidad. Como

si enfrentarse a la muerte los hubiera hecho más conscientes de la maravilla de la vida.

Como si una compulsión primitiva los empujase hacia el acto que más podía afirmar la vida.

Tras unos minutos, Kelly ya no era consciente de lo que la rodeaba. O de lo que había ocurrido horas antes. Sólo sabía lo que él era capaz de hacerle sentir. Y de lo que sentía por él.

Había aparecido en su vida en un momento en el que carecía de estabilidad. Del caos de la pérdida, el miedo y el peligro, él había creado un refugio de seguridad en sus brazos.

Y por eso no importaba lo que le pidiera. Sabía que podía confiar en él. Con sus manos fue borrando la tensión, dejando en su lugar una percepción creciente

de sus propias necesidades, unas necesidades que sólo él podía satisfacer.

Cuando empezó

a moverse sobre ella, controlando su deseo para llevarla en volandas con él, la misma

respuesta que había experimentado la primera noche que hicieron el amor volvió a

provocarse en ella. Sus movimientos nutrían la llama que ardía dentro de su cuerpo. El

calor viajaba por sus terminaciones nerviosas, despertándolas a la función para la que

habían sido creadas.

Cuando el primer temblor comenzó dentro, se aferró con fuerza a sus hombros,

animándolo a continuar.

Para entonces, el cataclismo escapaba ya a su control. Su cuerpo se arqueó y tembló

ante las demandas del suyo. Sintió cuando llegó su clímax y le oyó gemir, y lo único que

pudo hacer fue agarrarse a él para cabalgar la cresta de la ola juntos.

Gradualmente el asalto a sus sentidos cesó. Su cabeza, que había sido incapaz de

formular un solo pensamiento, volvió a la racionalidad.

Deslizó la palma de la mano por su espalda cubierta de sudor y lo sintió estremecerse, quizás como respuesta a su caricia o como una última reacción a la intensidad del clímax que habían compartido. Se colocó junto a ella, y apoyado en un codo, la miró. Casi demasiado saciada para moverse, ella le pasó una mano por el pelo y él sonrió.

—Lloraste la primera vez que te hice el amor.

—¿Ah, sí? —le preguntó, poniendo la palma de la mano en su mejilla

—. No lo recuerdo.

—Creía que te había hecho daño. O que te arrepentías de que me hubiera quedado.

—No me arrepentía, pero la verdad es que... Tenía mis dudas.

—¿Y ahora?

—Ahora, no —sonrió, acariciándole el labio inferior—. Ahora ya no soy capaz de

pensar. Eso es lo que quería aquella noche.

Lo había olvidado hasta que él mencionó las lágrimas. Quería ser incapaz de pensar.

Olvidar el dolor. Y no estar sola.

Pero las emociones que los empujaron a hacer el amor por primera vez no tenían nada

que ver con aquel momento. Ni con el aislamiento, ni con la soledad. Sólo con ellos dos.

—¿Funcionó? —preguntó él, besándole el dedo.

—Hasta la mañana siguiente —confesó, sonriendo.

Pero él estaba muy serio.

—¿Qué ocurre? —le preguntó, intentando no dejarse llevar por la ansiedad.

Todo parecía haberse solucionado para ambos. No entendía por qué él no parecía

sentir su misma euforia.

—Me preguntaba qué habría ocurrido si no te hubieras encontrado con todo esto...

—¿A qué te refieres?

—A la responsabilidad de *El Legado*. Al asesinato de Chad. A mí.

—No estoy segura de seguirte.

—Si tu y yo nos hubiéramos conocido en otras circunstancias, ¿dónde estaríamos ahora?

Era una pregunta legítima. Una pregunta que ella no podía contestar. No buscaba una relación, y tal y como él había dicho, todo se había desencadenado por razones ajenas a ellos dos.

—No lo sé. ¿Importa?

—Supongo que depende de a donde vayamos a partir de ahora.

—¿Y adónde vamos? —preguntó con cuidado.

—Tú a lo mejor a Connecticut.

Días atrás era lo que más deseaba en el mundo, pero en aquel momento no tenía ningún atractivo para ella. Y el hombre que tenía a su lado era responsable en gran medida de aquel cambio.

—No voy a marcharme hasta que pueda estar segura de que la fundación está en buenas manos. La verdad es que... A lo mejor las mías no son tan malas. Me parece imposible estar diciendo algo así.

—¿Por qué? Es cierto.

—No estoy segura de que el consejo esté de acuerdo.

—Entonces es que son idiotas. Fuiste tú quien descubrió que algo no iba bien.

—Chad fue quien lo descubrió, pero no tuvo tanta suerte como yo.

—¿Suerte?

—No te tenía a ti. Creo que no podría hacerlo sin ti.

Sólo cuando hubo pronunciado aquellas palabras se dio cuenta de hasta qué punto eran un ruego, una petición de ayuda. Incluso de algo más. Un compromiso que quizás él no estaba dispuesto a asumir.

—No tendrás que hacerlo sola.

—Me da la impresión de que Cabot no va a estar dispuesto a hacer de esto un

caso

permanente.

—No hablaba de casos —contestó, besándola en la punta de la nariz.

—Entonces... ¿De qué estamos hablando?

—De nosotros —contestó suavemente.

El corazón le dejó de latir durante un instante y luego volvió a hacerlo con más

rapidez. Nosotros. ¿Sería tan prometedor como a ella le sonaba?

—¿Nosotros? —repitió.

—Sé que hay muchas cosas que considerar, pero a pesar de nuestras diferencias...

—¿Qué diferencias?

—Yo soy un tipo de filete con patatas, no lo olvides. Ni siquiera tengo esmoquin en el armario.

—Eso no es un requisito —contestó, sintiendo que la ansiedad comenzaba a desvanecerse.

Aquello iba a ser fácil. Sus preocupaciones no eran más que un montón de judías. Al

menos para ella.

—¿Ni siquiera para salir con Kelly Lockett?

—Ya tienes todo lo más importante. Lo único que tienes que hacer es...

«*Querermé*». Tenía la palabra en la punta de la lengua, pero no fue capaz de

pronunciarla. Él tardó un momento, pero insistió:

—¿Es?

Aquello tenía que ser cosa suya.

—Kelly...

Se negó a mirarlo a los ojos. Tenía la sensación de haber vuelto a quedar en ridículo.

La noche que se conocieron le invitó a su cama, y ahora...

—Me ha gustado lo que has dicho antes —le esquivó.

—¿Qué he dicho antes?

—Nosotros —dijo al fin, mirándolo a los ojos—. Me gusta ese concepto.

—El concepto, ¿eh? —repitió, divertido.

—¿Te estás riendo de mí?

—En absoluto. A mí también me gusta el concepto, pero es que no estoy seguro de

cómo encajaría en tu mundo.

—Mi mundo durante los últimos años ha sido llevar una posada en mitad de ninguna

parte. Éste... —miró la elegancia que los rodeaba—, era el mundo de Chad. Yo sólo lo

ocupo temporalmente.

—¿Y crees que hay sitio en este mundo para mí?

—Antes de que tú llegaras... —de pronto los ojos se le llenaron de lágrimas—. Antes

de que tú llegaras, era el lugar más oscuro y vacío en el que había estado.

—Eso es lo que me da miedo.

—¿Que quiera estar contigo por eso?

—¿Es así?

—No por gratitud, ni por soledad —le aclaró, besándolo en los labios—. Y no por las

demás cosas que te empeñas en imaginar. Quiero que estés aquí porque quiero que estés

conmigo. Y esperaba que eso fuera también lo que tú quieres.

Hubo un momento de incertidumbre en el que él no se movió. Luego, ante sus ojos,

dibujó una sonrisa.

—En parte. Ya trabajaremos en el resto a medida que vayamos avanzando.

—¿El resto?

—Lo de fueron felices y comieron perdices.

—¿Tú crees en eso?

—¿Tú no?

Hasta entonces, no. Pero es que nunca había conocido a alguien como él.

—Creo que ahora sí.

—Bien —dijo, como si con esa palabra quedase todo arreglado.

Y quizás fuera así. Quizás no necesitaran nada más. Sólo creer.

* * *



RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

Gayle Wilson

Esta escritora norteamericana ha sido dos veces ganadora del premio RITA, a la mejor novela romántica de suspense en 2000 y al mejor relato romántico en 2004. También ha sido nominada otras seis veces. Ha ganado el premio Daphne du Maurier a la excelencia en suspense y misterio y el premio Dorothy Parker a la mejor serie. Además sus libros han ganado más de 50 premios y nominaciones, el más reciente la Medalla Holt para el suspense romántico *The Inquisitor* en 2006. A pesar de todos estos galardones, Gayle nunca soñó con llegar a ser escritora romántica. Licenciada en educación secundaria y especialista en educación de superdotados, estaba demasiado ocupada siendo esposa, madre y profesora. Sin embargo, ella siempre fue una lectora compulsiva de novela romántica y adoraba escapar del estrés diario de la vida moderna evadiéndose en un buen libro. Como profesora de Inglés e Historia, era inevitable que su primer intento con la escritura fuera un romance histórico. Vendió su primer libro a Harlequin Historical, *The Heart's Desire* (1994), y fue finalista para el premio RITA. Desde entonces ha vendido más de 40 novelas y tres relatos, tanto de romance histórico ambientado en la regencia como de suspense romántico. Gayle ha residido durante muchos años en Alabama. Vive en

Hueytown con su marido, su perro, y demasiados gatos. Tiene un hijo que también es profesor de niños superdotados, una maravillosa nuera y una nieta muy querida.

Bajo vigilancia

Ser el guardaespaldas de una niña rica y mimada había resultado ser una misión

peligrosa

El trabajo del agente John Edmond estaba en peligro. Tenía sólo una oportunidad para demostrar que podía trabajar en equipo. Tenía que vigilar de incógnito a Kelly Lockett,

heredera de una fundación benéfica sospechosa de estar relacionada con el terrorismo. El

hermano de Kelly había muerto en un “accidente” y estaba claro que el asesino iba ahora

tras ella. Entre la inesperada atracción que había surgido entre los dos y la amenaza que se

cernía sobre Kelly, la operación era mucho más que una simple vigilancia. ¿Podrían

ambos descubrir la verdad antes de que se les acabara el tiempo?

Hermandad Phoenix

1. Rafe Sinclair's revenge / Corazones en fuga

2. Under surveillance / Bajo vigilancia

3. Sight unseen / Aguas turbulentas

4. Rules of engagement

5. Take no prisoners

* * *

Título original: *Under surveillance*

Traducido por: Ana Isabel Robleda Ramos

Editor original: Harlequin Intrigue, 12/2003

Editorial: Harlequín Ibérica, 06/2004

Colección: Intriga 8 / Reeditado en Intriga 66 (2009)

ISBN: 978-84-671-1790-5

Document Outline

- [Bajo vigilancia](#)
 - [Argumento](#)
 - [Personajes](#)
 - [Prólogo](#)
 - [Capítulo 1](#)
 - [Capítulo 2](#)
 - [Capítulo 3](#)
 - [Capítulo 4](#)
 - [Capítulo 5](#)
 - [Capítulo 6](#)
 - [Capítulo 7](#)
 - [Capítulo 8](#)
 - [Capítulo 9](#)
 - [Capítulo 10](#)
 - [Capítulo 11](#)
 - [Capítulo 12](#)
 - [Capítulo 13](#)
 - [Capítulo 14](#)
 - [Capítulo 15](#)
 - [Capítulo 16](#)
 - [Capítulo 17](#)
 - [Capítulo 18](#)
 - [Capítulo 19](#)
 - [Epílogo](#)
 - [RESEÑA BIBLIOGRÁFICA](#)
-